Apostolado de la Prensa

Vida

de

San Francisco de Asís

Apostolado
de la
Prensa

LIBRERIA
COLEGIO
BUENOS AIRES

APOSTOLADO DE LA PRENSA

VIDA

DE

SAN FRANCISCO DE ASÍS

POR

UN SOCIO DEL APOSTOLADO

MADRID

San Bernardo, número 7

1924

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

Tipografía Católica; San Bernardo, 7; teléf. 7-55-M.—Madrid.

Vida de San Francisco de Asís

I

Su nacimiento, infancia y juventud.

En Asís, ciudad de la Umbría, provincia italiana, habitaba en el último tercio del siglo XII un honrado mercader llamado Pedro Bernardón, casado con una virtuosa matrona de nombre Pía, ambos muy estimados de sus compatriotas, por sus costumbres morigeradas y afable trato.

De este matrimonio nació en 26 de Septiembre de 1181, según unos, o de 1182, según otros, el bienaventurado San Francisco de Asís. Antes de venir a este mundo ya fué objeto de un prodigio del cielo, pues hallándose su madre con los dolores precursores del parto y sin poder dar a luz, llegó a su casa cierto peregrino en demanda de una limosna, y dijo al criado que se la trajo que llevase a su ama a un establo, donde seguramente saldría de su mal paso con toda felicidad. Así sucedió, quedando todos admirados de tan maravilloso suceso. En memoria de tan extraordinario acontecimiento fué edificada en aquel mismo lugar una capilla con una pintura que representaba tan señalado milagro.

El niño nacido en circunstancias tan singulares recibió en el Bautismo el nombre de Juan, y en el sacramento de la Confirmación el de Fran-

cisco, por el que fué en adelante conocido, y que tanto había de glorificar con los hechos de su portentosa vida.

En aquel entretanto viajaba por Francia Pedro Bernardón, y a su vuelta supo, gozoso, que le había nacido un hijo.

La leyenda de los tres compañeros refiere que en memoria del hermoso reino de Francia dió a Juan el sobrenombre de Francisco, que es con el que

figura en la Historia. Otros pretenden que no se le dió entonces, sino más tarde, y por la facilidad con que aprendió la lengua francesa y la gracia con que la hablaba.

Cuando tuvo edad para ello emprendió los estudios propios de su condición social, y como su padre era mercader, le dedicó a esta profesión, conservando en esto la costumbre entonces establecida generalmente, ¡y ojalá subsistiera aún!, de que los hijos siguieran y heredaran los oficios de sus padres.

Hízolo así Francisco, y llegado a la mocedad se dió a las vanidades y entretenimientos del mundo, aunque el Señor, que ya le tenía marcado

para ser una de las lumbreras de su Iglesia, le preservó del cieno de los apetitos sensuales. Francisco, aunque no dejaba de atender al buen éxito de sus operaciones mercantiles, no se contaminó de la avaricia, tan común en los que viven en el tráfago de los negocios de dinero; antes al contrario, siempre fué compasivo para las miserias del prójimo, y llevó su largueza a formar el propósito de dar siempre limosna a todo el que se la pidiera por amor de Dios.

Esta loable costumbre fué solamente interrumpida en cierta ocasión en que, embebido en un negocio urgente, no atendió a la súplica de un menesteroso; pero inmediatamente advirtió su omisión, y dejando todo lo que tenía entre manos corrió tras el pobre y le socorrió, cambiando su simple propósito en voto, que cumplió rigurosamente hasta el día de su muerte.

Sus distracciones de mozo bien acomodado de bienes de fortuna no lograron hacer la más leve mella en su fe vivísima de cristiano, y jamás oyó pronunciar el santo nombre de Dios sin experimentar en el corazón un júbilo espiritual intenso y maravilloso.

Era en su trato muy apacible y paciente, y su generosidad daba claramente indicios de lo que, andando el tiempo, había de ser su ardiente caridad.

Esto le hacía muy apreciable para sus convecinos, y muy singularmente para cierto hombre de Asís, muy señalado por su simplicidad, el cual, cada vez que se encontraba a Francisco se quitaba la capa y la tendía en el suelo para que el joven mercader pasara sobre ella, diciendo que Francisco era digno de toda reverencia y que pronto haría cosas grandes y sería muy honrado de todos los cristianos.

Nada parecía entonces, sin embargo, justificar lo que, andando el tiempo, se conoció ser gran

profecía. Francisco andaba muy engolfado en sus negocios temporales, y muy distraído en sus diversiones de buen mozo. En esta situación recibió el primer llamamiento de la gracia, en forma de una tribulación, medio que el Señor emplea con frecuencia para atraer a Sí a las almas embelesadas con las vanidades mundanas.

Y fué que habiéndose suscitado una violenta discordia entre las ciudades de Perusa y de Asís, hasta el punto de venir a las manos ambos bandos, Francisco fué hecho prisionero por los perusinos, con otros compañeros suyos, y sepultado en la cárcel, donde pasó grandes trabajos, en los que demostró gran entereza de ánimo y mucha conformidad con la voluntad de Dios, alentando durante su cautiverio a sus compañeros de desgracia y dándoles esperanzas de pronta libertad, que al fin se vieron cumplidas.

A este primer aviso siguió otro más decisivo. Francisco recibiólo en la forma de una dolencia corporal larga y penosa, en la que, a medida que iban enflaqueciendo sus fuerzas físicas, iba cobrando mayor vigor su espíritu, disponiéndole a la unión con Dios.

Sanó, al cabo, y así que tuvo alientos para ello, salió a la calle galanamente vestido, como mozo deseoso de agradar; mas encontrándose en su camino a cierto caballero de buen linaje, pero venido muy a menos en lo tocante a bienes de fortuna, lo cual le hacía andar bastante mal vestido, tal compasión le inspiró, que cambió con él sus ropas, honrando a la vez al noble caballero para que se presentase ante las gentes con el decoro que correspondía a su clase, y realizando la obra de misericordia de vestir al desnudo, remediando así la penuria de aquel su desgraciado prójimo.

No dejó Dios sin recompensa aquella obra de caridad. A la noche siguiente reforzó sus llamamientos al alma de Francisco, mostrándole en

sueños un hermoso palacio, todo él lleno de armas rematadas con la santa Cruz, dándole con ello a entender el Señor que la liberalidad con que había socorrido a un noble caballero por amor y reverencia al Rey de los cielos merecía y le permitía esperar un señalado premio.

Lleno de admiración preguntó Francisco en su sueño para quién eran las cuantiosas riquezas que en aquel grandioso palacio se acumulaban, y le fué contestado que para él y sus soldados estaban reservadas.

En esto se despertó, y como todavía no se hallaba su alma adiestrada en la ciencia de conocer el significado espiritual de las cosas, y sí sólo su sentido literal, entendió que el Señor le llamaba a la profesión de las armas. En esta persuasión determinó pasar a la Pulla para alistarse bajo las banderas del conde Gualterio de Brena, pensando que, sirviendo a las órdenes de tan renombrado capitán, no tardaría en cubrirse de la gloria militar con que soñaba desde que tuvo la visión de que queda hecho mérito.

Con estas disposiciones emprendió gozoso la marcha; pero apenas hubo llegado a la ciudad de Spoleto, término de su primera jornada, Dios visitóle en sueños nuevamente, hablándole de esta suerte:

—Francisco, ¿quién podrá recompensar mejor tus servicios: el amo o el criado, el rico o el menesteroso?

—El amo y el rico, ciertamente — respondió Francisco.

—¿Por qué, entonces—repuso la voz misteriosa—, dejas al Señor por un criado suyo, y a Dios riquísimo por un hombre menesteroso?

—Señor: ¿qué queréis de mí? — exclamó entonces Francisco, lleno de turbación y de sobresalto.

—Vuelve a tu tierra—le dijo el Señor—, por-

que la visión que has tenido encierra un significado espiritual y anuncia efectos que no por humana, sino por divina disposición han de cumplirse en ti.

Levantóse al día siguiente Francisco lleno de turbación y tomó el camino de vuelta de Asís, decidido a cumplir la voluntad de Dios cuando su divina Majestad tuviese a bien manifestársela.

Desde aquel momento, dando de mano a sus antiguas distracciones de mozo, comenzó a despegarse de los negocios terrenales y a entregarse a la oración para impetrar del Señor que le hiciera conocer sus designios, para ponerlos sin dilación por obra.

En estas ansias de su espíritu paseaba cierto día a caballo por la fértil llanura que se extiende por los alrededores de Asís, cuando pasó junto a él un mendigo leproso, cuya repentina aparición le hizo experimentar un movimiento de horror y de repugnancia.

Pronto se repuso, y recordando que se había propuesto ajustar sus obras a las máximas de la perfección cristiana, quiso vencerse a sí mismo, para hacerse digno soldado de Cristo.

Bajándose, pues, del caballo, fuése hacia el pobre, y tomándole una de las manos que éste alargaba para pedir, besóla, dejando en ella al mismo tiempo una limosna.

Hecho esto volvió a montar a caballo, y al volver la vista para mirar de nuevo al leproso, por más que escudriñó todo el terreno que sus ojos descubrían, no le vió por parte alguna, hecho verdaderamente asombroso que le llenó de turbación.

Pronto sucedió a ésta un júbilo intenso que le hizo prorrumpir en alabanzas al Señor, y en el acto formó la resolución de no dejar pasar un día sin realizar alguna obra grande de espiritual perfección.

Estos anhelos le impulsaban frecuentemente a

buscar la soledad, en la que podía dar expansión a los diferentes afectos que invadían su ánimo y sondear los más recónditos senos de su corazón, para sacar de ellos las resoluciones mejor encaminadas a hacerse digno del amor de Dios.

Cierto día, mientras oraba en un lugar solitario de las afueras de Asís, se le apareció Jesucristo nuestro Señor en la cruz, y con este regalado favor quedó tan derretido en el amor divino, que desde aquel punto, siempre que se acordaba de la Pasión de Cristo derramaba abundante llanto, que no era dueño de reprimir.

Y vióse también de repente mudado en hombre nuevo vestido del espíritu de pobreza, caridad y devoción, de tal manera que el que antes no podía mirar a un pobre leproso sin experimentar una gran repugnancia, les cobró desde entonces tanto amor, que se iba a los hospitales y les besaba las manos y el rostro, sirviéndolos como al mismo Jesucristo, con gran reverencia y humildad.

Buscaba también a los pobres para socorrerlos, dándoles no solamente abundante limosna, sino sus propios vestidos, quedándose muchas veces sin otras ropas que aquellas de que no podía prescindir por decoro, dando preferencia en sus obras de misericordia a los sacerdotes desvalidos, en los que veía la más perfecta imagen de Jesucristo en la tierra.

Poseído de fervor, determinó visitar en Roma las tumbas de los apóstoles San Pedro y San Pablo, peregrinación que no excusaba en aquellos tiempos ningún cristiano que estuviera en disposición de hacerlo.

Como al salir cierto día de una de las basílicas de la Ciudad Eterna viera apiñada a sus puertas a una gran muchedumbre de pobres, sintió en su corazón un extraordinario movimiento de piedad; y llamando aparte al mendigo de aspecto más miserable por sus harapos, dióle sus propios vesti-

dos, cubriéndose él con los rotos andrajos del pobre, y mezclándose con los otros mendigos, pasó todo el día con ellos, sin tomar otro alimento que el que recibió de limosna.

II

Sus progresos en el camino de la perfección. Pruebas que sufrió.

No tuvo Francisco en los primeros pasos de su vida espiritual otro maestro que Nuestro Señor Jesucristo. La inagotable bondad de Jesús le colmaba, para alentarle, de los más dulces regalos de su gracia cuando, según costumbre, se entregaba nuestro bienaventurado a la oración en algún lugar solitario.

Para ello se encaminó cierto día a la iglesia de San Damián, situada en las afueras de Asís, y casi derruída a causa de la acción del tiempo y de la incuria de los hombres. Apenas se arrodilló a los pies de una imagen de Cristo crucificado, para dar comienzo a sus plegarias, oyó una voz que le dijo distintamente:

—Francisco, repara mi casa, que amenaza ruina.

Pasmado quedó Francisco al oír estas palabras; pero pronto se repuso de la impresión que le causaron, y conociendo que encerraban un mandato del cielo, propuso dedicarse con toda solicitud a la restauración de aquel templo.

No cayó Francisco en la cuenta de que otra iglesia era la que se le ordenaba reparar en aquel mandato divino, según él mismo declaró más tarde a sus religiosos, cuando llegó a ser maestro en la vida espiritual.

Firme en su propósito, tomó de nuevo el camino de la ciudad, y apenas llegó a su casa tomó varias piezas de paño, con las que se fué a la ciu-

dad de Folignano, donde las vendió a buen precio, juntamente con el caballo que montaba. Hecho esto regresó contento a su pueblo, creyendo tener ya entre sus manos lo necesario para emprender su obra.

Sin pérdida de tiempo avistóse con el virtuoso sacerdote a cuyo cargo estaba la iglesia de San Damián, y, haciéndole entrega del dinero que llevaba, le pidió permiso para vivir a su lado algunos días. Accedió sin reparo el humilde sacerdote a ello, pero no a recibir el dinero, por razones de delicadeza y por temor a lo que pudieran decir los padres de Francisco.

Este, que ya consideraba las riquezas como menos que nada y como basura, arrojó entonces por una ventana el dinero que llevaba, y se quedó a vivir con el siervo de Dios, arrostrando el enojo de su padre, que desatándose en ira con gran violencia al tener noticia de la determinación de su hijo, voló al lugar de su retiro, para hacerle volver de grado o por fuerza a su casa.

Noticioso de ello Francisco, pensó que lo mejor que podía hacer era dar tiempo a que se pasara el enojo paterno, y a este fin se ocultó en una recóndita caverna, donde permaneció varios días pidiendo a Dios que aplacase la ira del autor de sus días y le diera a él las fuerzas y medios suficientes para la obra que le había inspirado.

No tardó Dios en consolarle, trocando su zozobra en tranquilidad de ánimo, y su miedo en alentada confianza, que le hizo avergonzarse de su fuga y le determinó a salir de su escondite.

Volvióse, pues, a Asís, cuyos vecinos, al verle tan demacrado y cubierto de andrajos, tuviéronle por loco y le llenaron de afrentas, arrojándole lodo y mofándose de él de todas suertes.

La gritería que promovían los que en son de rechifla perseguían a Francisco llegó a oídos de su padre, que acudió al lugar del tumulto, y en vez

de compadecerse del aspecto de su hijo, lleno de furor le arrastró hasta su casa, donde le maltrató despiadadamente, primero de palabra y después de obra, amarrándole, por último, con una fuerte cadena.

Salió Francisco de esta prueba con ánimo más levantado y más ferviente, y más decidido que nunca a seguir el camino por donde Dios le llamaba. Comenzó a poner en práctica estos propósitos cuando su madre, aprovechándose de una ausencia de su marido, le quitó los hierros que le sujetaban y le puso en libertad, de la que usó nuestro bienaventurado para volverse a su amado retiro de San Damián.

Cuando regresó su padre del viaje que había emprendido llenóse de loco furor al cerciorarse de la nueva desaparición de su hijo, haciendo de ello responsable a su infeliz mujer, a la que colmó de denuestos y muy duras reconvenciones, dirigiéndose luego al lugar donde estaba retirado Francisco, con el fin de reducirle a que volviera a su casa, no ya por la violencia, sino por la persuasión y buenas razones.

Tampoco Francisco se hallaba en las mismas disposiciones que la vez pasada, pues en lugar de huír de la vista de su padre le salió al encuentro, y con voz reposada, como de quien tiene plena conciencia de sus actos, le dió claramente a entender su resolución de seguir a Cristo, aunque tuviera que padecer toda clase de tormentos para conseguirlo.

Perdida la esperanza de reducir al hijo, el padre pensó en recoger el dinero que aquél llevó a San Damián, y habiéndolo hallado fácilmente en el sitio donde lo arrojó nuestro bienaventurado, volvióse más tranquilo a su casa, pero maquinando los medios de sujetar a más duras pruebas al hijo de quien no esperaba ya sacar partido alguno.

Entre otras cosas, ideó citarle ante el Obispo,

para que, en manos de éste hiciera renuncia de todos los bienes que pudieran corresponderle de la herencia paterna, obligándose, además, a devolver lo que aún conservase en su poder como producto de sus negocios comerciales.

A todo se avino el generoso mancebo, y a tal punto llevó su desprendimiento, que, puesto ante el Prelado, y después de hacer la renuncia que su padre le pedía, desnudóse apresuradamente de los

vestidos que llevaba, y lleno de alegría se los entregó también, diciéndole estas palabras:

—Hasta aquí te llamé padre en la tierra; pero desde hoy diré con más seguridad: Padre nuestro, que estás en los cielos.

El Obispo, ante quien esta escena pasaba, hondamente conmovido por las pruebas de piedad y desprendimiento que acababa de dar Francisco, se levantó del sitial que ocupaba, y cubriendo la desnudez del joven con su propio manto, le abrazó tiernamente y mandó a sus familiares que llevasen ropas con que sustituír a las que Francisco había entregado a su padre.

Con la precipitación del caso sólo se halló un raído sayo de labrador, perteneciente a uno de los criados del Obispo. La misma pobreza de tan grotesco vestido fué causa de que nuestro bienaventurado joven se apresurase a ponérselo, no sin descubrir al quedar desnudo un áspero cilicio que pegado a las carnes llevaba, lo cual aumentó la estimación que todos los presentes habían cobrado a Francisco por su generoso desprendimiento ante las exigencias codiciosas de su padre.

Antes de vestir aquel sayo grosero se apresuró a estampar en él con yeso una gran cruz, queriendo dar a entender su propósito de semejarse a Cristo caminando al Calvario, medio desnudo y desamparado de todo favor humano, quedando él también pobre de todas las cosas perecederas, aunque rico de las espirituales e inmortales.

Libre ya de todas las trabas que le sujetaban al mundo, salió de la ciudad de Asís para buscar un lugar solitario donde poder oír la voz de Dios sin ningún rumor terreno que le estorbase.

Con estos pensamientos se fué internando en una intrincada selva, en la que se vió acometido por una partida de bandoleros, que le obligaron a decir quién era.

—Soy—respondió Francisco—pregonero del gran Rey.

Los ladrones entonces, furiosamente irritados con esta respuesta, le golpearon bárbaramente, hasta dejarle casi exánime, tendido en un hoyo lleno de nieve, diciéndole al marcharse:

—Quédate ahí, villano, pregonero de Dios.

Cuando los forajidos desaparecieron levantóse Francisco como pudo, maltrecho pero lleno de júbilo por haber conseguido padecer algo por Cristo, y sobreponiéndose a sus dolores corpóreos prosiguió su camino cantando alabanzas al Señor.

Poco después pasó por cierto monasterio, don-

de pidió una limosna, y como sólo le juzgaron por su miserable porte, al dársela le trataron de vago e importuno mendigo, afrenta que sufrió con gran mansedumbre, y paso tras paso prosiguió su penosa peregrinación hasta que llegó a la ciudad de Gubio.

Allí fué reconocido y acogido por un antiguo amigo, que le hizo vestir otro sayo más nuevo

que el raído que llevaba, aunque no menos pobre y humilde.

Ya en Gubio comenzó el extraordinario mancebo a ejercitarse en los oficios de la caridad más sublime para con sus prójimos, dedicándose al cuidado de los leprosos, consolándolos en su aflicción y prestándoles con amor verdaderamente maternal los servicios más penosos y que más repugnancia podían inspirar a quien no estuviera, como Francisco, lleno del amor de Jesucristo, cuya imagen veía en cada uno de aquellos desventurados.

Lavábales los pies, les vendaba las llagas, limpiando la hedionda escama que las cubría, y estampando en ellas sus labios sin horror ni asco, llenando de admiración a los mismos enfermos, y

éstos y otros actos de abnegación llenaron el nombre de nuestro bienaventurado de los resplandores de la fama.

Entre sus actos más heroicos, seguidos de milagrosas curas, se cuenta el de cierto caballero muy principal de Spoleto, atacado de un cáncer que le cogía la boca y parte de una mejilla. Los progresos del mal eran rápidos y refractarios a todo humano remedio.

El enfermo se hallaba ya convencido de su próxima muerte, cuando al regresar de una peregrinación a los sepulcros de los apóstoles San Pedro y San Pablo encontróse con Francisco, cuyas virtudes le eran conocidas, y para demostrar su reverencia quiso besar las huellas que dejaban sus plantas.

Observado esto por nuestro bienaventurado, no solamente se apresuró a estorbarlo, sino que a su vez besó la boca del que humildemente se inclinaba para besarle a él los pies, y en el acto mismo desapareció del rostro del caballero la tremenda llaga que le cubría, sin que sea fácil declarar qué fué más asombroso: si el acto de humilde abnegación de Francisco, o el milagro que obró el Santo.

Aguijoneado por el deseo de restaurar la iglesia de San Damián, cumpliendo con el mandato que de Cristo recibió en el sueño de que más arriba hemos hecho mérito, volvióse a la ciudad de Asís con la firme resolución de repararla, aunque para ello tuviera que pedir limosna de puerta en puerta.

Y así lo hizo, desechando toda falsa vergüenza y tendiendo la mano como menesteroso a los mismos a los que poco antes se la había abierto como pródigo. No contento con esto quiso cooperar materialmente a la obra de reparación del templo, llevando sobre sus hombros, enflaquecidos por el ayuno y otras mortificaciones, las piedras necesarias para la reedificación.

Pronto vió colmados sus deseos; pero lejos de descansar de las fatigas pasadas en aquella empresa, tomó inmediatamente a su cargo la restauración de una capilla dedicada al apóstol San Pedro, y situada a mayor distancia que la de San Damián.

Concluyó felizmente la nueva obra por los mismos procedimientos que había empleado en la primera, y no satisfecha todavía su piedad, e impulsado por el tierno amor que profesaba a la Santísima Virgen María, reedificó una capilla que, dedicada a la excelsa Señora, había existido antes en un campo denominado *Porciúncula*, y que a la sazón estaba casi destruída.

Había sido consagrada a Santa María de los Ángeles, y según tradición universalmente admitida, fueron muchas las apariciones de las milicias celestiales que allí se verificaron, con acompañamiento de armoniosas y regaladas músicas, que llegaban a los oídos de los habitantes de las cercanías.

Todo lo cual enardeció el fervor de nuestro insigne penitente, haciéndole poner en aquella obra de reparación todo el esfuerzo de su incansable celo, y no hubo otro lugar que tanto regalara su espíritu ni donde más experimentara los efectos de los divinos consuelos.

Y con razón podía mirar aquella obra con predilección especialísima, porque en dicho lugar fué iluminado por el Espíritu Santo para fundar la Orden de Frailes Menores, que muy pronto había de ser una de las más fuertes columnas de nuestra santa Madre la Iglesia, como verá el lector en el capítulo siguiente.

III

Funda la Orden de Frailes Menores. Es aprobada su primera Regla.

LARGAS y fervorosas eran las plegarias que diariamente elevaba al cielo Francisco en la iglesia restaurada de Santa María de los Ángeles para que el Señor se dignara mostrarle el camino que había de seguir para mejor servirle. Dios nuestro Señor, que ya veía maduro a su siervo para cumplir la misión que le había destinado, no tardó en acceder a sus súplicas.

Hallábase cierto día en que se celebraba la fiesta de los santos Apóstoles asistiendo devotamente al santo sacrificio de la Misa.

Fijóse su atención muy especialmente en estas palabras del Evangelio de San Mateo, que corresponden al pasaje en que se relata la instrucción que dió el divino Maestro a sus discípulos al enviarles a predicar la buena nueva: «No llevéis oro, ni plata, ni cobre en vuestras bolsas; ni alforja para el camino, ni dos túnicas de vestir, ni zapatos ni bordón.»

Nada más a propósito que este pasaje del Evangelio para inflamar en el amor a la santa pobreza el corazón generoso de Francisco, que, lleno de júbilo, no cesaba de exclamar:

—Ya tengo lo que buscaba; ya conozco aquello por lo que mis entrañas suspiraban con tantas ansias.

Y uniendo la acción a las palabras quitóse el calzado, arrojó el bordón de caminante que llevaba, esparció por la tierra cuanto dinero tenía, e hizo voto de no tener nunca más que un sayal por vestido, para conformarse, sin discrepar ni un ápice, con el divino consejo.

Desde aquel momento no tuvo el santo varón

otro pensamiento que el de la perfección evangélica, ni otro deseo que comunicarla a todos y excitarles a la penitencia, y estaban sus palabras tan llenas de virtud del Espíritu Santo, que llegaban a lo íntimo del alma de los que le escuchaban, llenándoles de ternura y compunción.

Entregado por completo a la predicación evangélica, distinguióse por sus indicaciones a la paz. «El Señor os dé su paz», decía al comenzar todos sus sermones, cumpliéndose en él el vaticinio de los profetas al pronosticar que un día sería anunciada a los hombres la paz y se harían amigos de ella muchos que al vivir separados de Cristo estaban alejados de la vida.

Grande fué la admiración que despertó esta doctrina en una época en que la apelación a la guerra era la razón corriente entre naciones y aun entre pueblos de un mismo reino. Muchos, sin embargo, resolvieron cambiar, y otros, más hondamente conmovidos, determinaron imitar a Francisco en su nueva vida, renunciando como él a todos los bienes de este mundo para regenerarse con los ejercicios de la más austera penitencia.

Fué el primero de los que siguieron a nuestro bienaventurado el venerable varón Fray Bernardo, que, asegurado de la profunda virtud de Francisco, se le acercó pidiéndole consejo acerca del modo de llevar a buen término sus planes.

Respondióle el siervo de Dios que tales consejos sólo al Señor habían de pedirse.

Con este fin se dirigieron ambos al día siguiente de madrugada a la iglesia de San Nicolás, y después de una prolongada oración, Francisco abrió tres veces el libro de los santos Evangelios, pidiendo a Dios en cada una que saliesen las palabras convenientes para darles a conocer sus elevados designios sobre los propósitos de Bernardo.

La primera vez salieron estas palabras: «Si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes y dalo a los pobres»; la segunda, estas otras: «Nada llevéis para el camino», y, por último, éstas, todavía más significativas: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.»

—Esta—dijo entonces Francisco—quiere Dios que sea nuestra regla y la de cuantos deseen juntarse a nosotros. Ve, pues, si quieres ser perfecto, y ejecuta lo que has oído.

Pronto otros cinco varones, imitando a Bernardo, se unieron a Francisco, que así reunió a sus seis primeros hijos, entre los que se contaba el santo Fray Egidio, lleno en grado sumo del espíritu de Dios y digno de la celebridad y memoria que tuvo, pues como se lo había profetizado nuestro bienaventurado, después de haberse hecho insigne por la práctica de las más sublimes virtudes, siendo en lo demás hombre sencillo y sin letras, se elevó sobre las más altas cumbres de la mística contemplación, como de ello dió testimonio el gran San Buenaventura, por haberlo presenciado.

Los siervos de Dios que con Egidio y Bernardo formaron el núcleo primitivo de la Orden Franciscana fueron Pedro Catanio, Sabatino, Morico y Juan de Capella, y la vida que llevaban pareció extraña a muchos, entre ellos a un sacerdote de Asís muy virtuoso, pero no conforme en su fuero interno con el proceder de Francisco y sus compañeros.

A dicho sacerdote, por lo mismo que sus juicios procedían de buena intención y no movidos por pasión alguna, fué precisamente a quien el Señor quiso iluminar de un modo extraordinario acerca de la obra que estaba llamado a realizar San Francisco.

Para ello le hizo ver en sueños, corriendo por los alrededores de Asís, un enorme dragón, de

proporciones y ferocidad tales, que hacía temer un inevitable exterminio, así de la ciudad como en toda la comarca. Pero apareciendo Francisco a las puertas de la ciudad, salió de sus labios inmensa y luminosa cruz, que por su cumbre hendía los cielos, y por sus brazos se extendía hasta romper el horizonte y llegar a los extremos del mundo, a cuya vista el inicuo y horrendo dragón, espantado, velozmente desapareció.

Tres veces tuvo en sueños la misma indescifrable visión, siempre despreciada, hasta que en la tercera comenzó a pensar que podía ser una amonestación divina.

Resolvióse, temeroso de mayor castigo, a contarlo todo a Francisco y a sus nuevos discípulos, de cuyo trato se prendó y enamoró, de suerte que, pasados pocos días, dando al mundo un postrer adiós, abrazó el camino estrecho de Cristo, conforme lo establecía y practicaba Francisco. Su vida en la Orden fué claro e ilustre testimonio de la visión que había tenido en el mundo.

No se deslumbró nuestro bienaventurado con el relato de esta visión, ni menos se le pasó por las mientes atribuirla a sus propios méritos; pero sí, dando gracias a Dios por su bondad, quedó con ella fortalecido y alentado para luchar sin flaquezas ni pusilanimidades contra la saña del Infierno, prosiguiendo con buen ánimo su obra de pregonar y enaltecer en todas partes la gloria de la cruz de Cristo.

Como poco después sintiera que al dolor que le producía el recuerdo de sus años de mocedad, gastados en las vanidades del mundo, sucedía en su ánimo una paz suavísima y un inefable gozo, conoció que le habían sido perdonados sus pecados, y en el éxtasis que siguió a este venturoso descubrimiento le dió el Señor a conocer clara y distintamente las cosas que en él y por sus Hijos habían de realizarse.

Vuelto en sí de este arrobamiento, fué a buscar a sus religiosos, que estaban en oración, y les dijo:

—Alentaos y alegraos en el Señor, y no os entristezca el ser pocos, ni os abata vuestra simplicidad o la mía, porque me ha revelado Dios que nos hará crecer de tal manera, que seremos gran muchedumbre, y que por bendición de su gracia, copiosa y múltiple, viviremos dilatándonos sobre la redondez de la tierra.

Habiendo llegado a siete el número de los hijos espirituales del siervo de Dios, reuníalos éste con frecuencia y les hablaba del reino de los cielos, del menosprecio del mundo, de la abnegación de la propia voluntad, del castigo de la propia carne, y viendo ya más numerosa su familia religiosa, les expuso su pensamiento de enviarlos a las cuatro partes del mundo. ¡Oh admirable candor y viva ansiedad de la gracia! La estéril y pobrecilla simplicidad del santo Padre había concebido y alumbrado sólo siete hijos, y ya ardía en deseos de abrazar a la universalidad misma de los fieles, y llamándola a la contrición y a la penitencia, engendrarla para Cristo Dios.

—Id—les decía—, anunciad paz a los hombres, y convidadles a penitencia, para remisión de sus pecados. Pero vosotros sed en las tribulaciones sufridos, en la predicación modestos, en las costumbres graves, en la oración asiduos, en las penalidades esforzados y en los beneficios humildes y muy agradecidos, porque por corona de tales virtudes os está preparado el reino eterno.

Al oír esto los religiosos se postraron humildemente en tierra a los pies del gran siervo de Cristo, y llenos de santo júbilo recibieron el mandato de la santa obediencia.

En virtud de ésta, y predicando con el ejemplo, tomó consigo a uno de sus religiosos para dirigirse a una de las cuatro partes entonces conoci-

das del mundo, distribuyendo a los otros seis, de dos en dos, por las tres restantes, en forma de cruz.

No tardó, sin embargo, mucho tiempo en echar de menos la presencia de sus hijos espirituales; y como ignoraba dónde se hallaban, su ansiedad llegó a ser tan grande, que pidió al Señor los reuniera aunque sólo fuera por poco tiempo.

La divina Providencia accedió a este ruego de un modo prodigioso, pues sin saber unos de los otros, ni haberse podido, por consiguiente, concertar para ello, se hallaron juntos con gran asombro y gozo de todos, que se aumentó considerablemente con la adquisición para su naciente Orden de cuatro nobles caballeros, llamados, respectivamente, Juan de San Constancio, Bárbaro, Bernardo de Vida y Angel Tancredo de Reate.

Este y otros aumentos en la familia espiritual de Francisco determinaron a éste a trazarles un plan de vida, y con palabras sencillas escribió una norma de vivir basada fundamentalmente en la fiel observancia del Evangelio, a la que añadió para lo accesorio unas pocas y breves leyes, todo lo cual resolvió someter a la aprobación del Pontífice.

Con este fin, y acompañado de sus religiosos, se encaminó a Roma. Durante el viaje tuvo que soportar el desaliento de algunos de sus hijos, a quienes acometió el temor de que su rudeza e insignificancia fuese obstáculo insuperable para el logro de sus loables propósitos.

Dios acudió en este trance a su fidelísimo siervo, a quien hizo conocer en una visión que tuvo que la Sede Apostólica acogería benignamente su petición; y con esta seguridad pudo disipar el recelo de sus compañeros y alentarlos de tal suerte, que sin más vacilaciones ni zozobras prosiguieron animosamente su camino.

Llegados a Roma, y después de postrarse hu-

mildemente ante los sepulcros de los gloriosos apóstoles San Pedro y San Pablo, pidió el humilde Francisco audiencia al soberano Pontífice Inocencio III. Recibióle este insigne Papa en la

estancia denominada *Speculum*, y lo inesperado de la petición, el aspecto de la persona que le hablaba, y quizá también los arduos negocios que a la sazón embargaban su ánimo, le indujeron a desconfiar de aquel mendigo y a juzgar temerarios sus deseos e importuna y arriesgada su empresa.

Dura y amarga prueba fué aquella repulsa para el siervo de Dios, pero la recibió humildemente, dejando el asunto en manos del Señor, que no tardó en recompensar su resignación y paciencia. Aquella misma noche vió en sueños el Pontífice nacer casi a flor de sus pies una palmera, que en un instante creció prodigiosamente hasta convertirse en árbol frondoso y gigantesco.

Preocupado con este sueño dióse a pensar al día siguiente en lo que podría significar, y una voz interior le dijo que la palmera era aquel pobre y raído penitente a quien el día anterior había rechazado. Dominado por esta persuasión hizo que buscasen a Francisco, y cuando le tuvo otra vez en su presencia fué examinándole con atención, y no tardó en descubrir en él una singular pureza de alma, sencillez e inocencia maravillosas, firmeza y constancia en sus propósitos y una llama tan ardiente de santos deseos, que concibió hacia aquel humilde siervo de Dios tal veneración y estima, que le hizo ver lo loable de sus proyectos, inclinándole a otorgarle benignamente cuanto le pedía.

Con estas disposiciones puso este negocio a consulta del Sacro Colegio de Cardenales, y a muchos de éstos les pareció la empresa superior a las fuerzas humanas, y de tal peso parecían sus razones, que si no lograron mudar la opinión del Pontífice, le movieron a diferir por algún tiempo la concesión definitiva de la gracia en principio otorgada.

En este punto las cosas, levantóse Juan, obispo de Sabina, muy respetado y venerado, por su santidad, de todos los Cardenales, y lleno del divino Espíritu, habló de esta suerte al Papa y a los demás miembros del Sacro Colegio:

—Si por nueva y por austera en extremo desecháis la súplica que este pobre os hace, como quiera que se reduce a pedir que le sea sancionada una norma de vida ya aprobada por el santo

Evangelio, hemos de mirar que no hagamos juntamente un agravio manifiesto a este mismo Evangelio. Porque si alguien asegura que en la estricta observancia de la perfección evangélica, o en el voto de atenerse a ella, se contiene algo nuevo o irracional o imposible de cumplir, queda convicto de haber blasfemado contra el mismo Cristo, autor del Evangelio.

Estas palabras afianzaron al Pontífice en sus buenos deseos, y volviéndose a nuestro Santo, le dijo:

—Ruega, hijo mío, Francisco, a Cristo para que por ti nos dé a conocer su voluntad y nos cerciore de sus divinas disposiciones, a fin de que más seguramente podamos acceder a tus piadosos deseos.

Hízolo así el humilde siervo del Señor, y la virtud de sus ruegos, subiendo hasta el trono del Altísimo, mereció conseguir el conocer con entera seguridad lo que había de responder al cariñoso requerimiento del Pontífice para que éste, deponiendo todo temor, se penetrara de la verdad y fuerza de la obra divina,

Provisto de esta seguridad volvió a ver al Papa, y le dijo:

—Hubo un rey que siendo muy rico quiso tomar por esposa a una doncella muy pobre, pero muy hermosa, con la cual tuvo un hijo en todo tan parecido a él, que fué recibido en palacio y sentado siempre en una misma mesa con el rey su padre. No haya, pues, temor, Padre Santo—prosiguió el bendito penitente—, que puedan jamás perecer de hambre porque son nacidos de madre pobre los hijos y herederos del Rey eterno, que por virtud del Espíritu Santo llevan desde la cuna la imagen de su padre Cristo-Rey, y que por afición y amor a la modesta y menospreciada doncella, la santa pobreza, en esta pobre Religión han de nacer y formarse. Si a sus imitadores y devotos empeña

su palabra aquel Rey de los cielos de darles en herencia el reino eterno, con más razón es de creer que no les faltará en las cosas temporales, que reparte con larga mano así a los buenos como a los malos.

Esta parábola y su interpretación escuchó conmovido el Vicario de Cristo, y admirando la luz y la fortaleza que en Francisco resplandecían, no pudo menos de reconocer que Cristo estaba en él y hablaba por su boca. Y al momento rayos de una interior lumbre asentaron con firme y claro conocimiento en su ánimo que ese pobre que tenía a su vista era el varón insigne que Dios había escogido para grandes cosas, según podía entenderlo de un misterioso sueño que había tenido.

El sueño lo refirió el Papa de esta suerte:

—Vi en sueños inclinarse, desplomándose, la basílica de Letrán, y que un hombrecillo andrajoso, ruin y despreciado, corría a apoyar con sus hombros los muros, ya medio caídos, y con solas sus fuerzas sostenerlos, levantarlos y evitar la inminente ruina. Ahora en verdad comprendo—añadió—que este pobre ha de ser quien sustente con sus obras y palabras la Iglesia de Dios.

Quedó conquistada por completo la voluntad del Pontífice en favor del humilde servidor de Cristo.

Después de pedir nuevas luces al Señor por medio de la oración, otorgó lo que San Francisco le pedía, y confirmó su regla, mandándole que predicase penitencia, y haciendo tonsurar a todos los religiosos legos que con él habían ido a Roma, para que libremente sembrasen la palabra de Dios.

Esta confirmación la hizo el Pontífice de palabra, y San Francisco y sus compañeros hicieron profesión solemne en manos del Papa el año 1209, prometiendo la vida y regla evangélica, siendo instituído nuestro humildísimo Santo por el mismo Papa, Ministro general de la Orden.

IV

Crecimiento prodigioso de la Orden Franciscana.—Nueva confirmación de su Regla.

APROBADA su Orden por el Papa Inocencio III, volviéronse a la ciudad de Asís San Francisco y sus compañeros, sufriendo en el viaje muchas penalidades y fatigas, hasta el punto de llegarles a faltar qué comer, y sin remedio humano para satisfacer tan indispensable necesidad. Dios misericordioso proveyó a ella por vía milagrosa, pues cuando más apretados se hallaban por el hambre se presentó a ellos inopinadamente un hombre que les dió pan, y desapareció de su vista sin llegar a ser conocido.

Antes de llegar a Asís se suscitó entre los compañeros del Santo la duda de si sería mejor retirarse a algún lugar apartado para entregarse a la vida contemplativa, o si deberían seguir viviendo entre los demás hombres. Sometido el asunto al juicio de la oración, le fué revelado a San Francisco que Dios quería su religión para que ganase las almas que el demonio le quería quitar.

Obedientes todos a este mandato, se recogieron en una pobre y desmantelada casa, situada en las cercanías de Asís, comiendo pan de lágrimas y viviendo con admirable pobreza y santidad, y haciendo una oración más mental que vocal, porque aún no tenían libros para cantar las horas canónicas.

Enseñábales San Francisco a ver y alabar al Señor en todas y por todas sus criaturas, y a honrar con particular reverencia a los sacerdotes, y a creer firmemente, y a morir por la fe que enseñaba la Iglesia romana, y cuando veían alguna iglesia o cruz, desde lejos se postraban y oraban, como el Santo les había enseñado.

Cierto día, viviendo aún en aquella pobre casa, bajó San Francisco, según su costumbre de todos los sábados, a la ciudad de Asís, para predicar al siguiente día por la mañana en la catedral, y, como también acostumbraba a hacerlo, se recogió por la noche en una apartada cabaña que los canónigos le habían cedido para que se entregase a la oración cuantas veces bajaba a la ciudad con objeto de alimentar a los fieles con el pan espiritual de la divina palabra.

En estas ocasiones, aunque separado corporalmente de los suyos, jamás lo estaba espiritualmente, elevando por ellos al Señor las más ardientes y tiernas súplicas. Ellos, a su vez, pasaban la noche mitad en oración y mitad entregados al indispensable descanso, relevándose según las horas.

Aquella noche, los que velaban vieron venir hacia ellos un carro como de fuego, despidiendo vivísimos resplandores, y sobre él, y en el medio, colocado un hermoso globo de luz, parecido a un Sol resplandeciente, que hacía más clara la noche que el día más espléndido.

El carro dió tres vueltas a la casa, con gran espanto de aquellos religiosos, los cuales recibieron no menos claridad en sus almas que en sus ojos, y entendieron que aunque su padre San Francisco estaba ausente con el cuerpo, estaba presente con el espíritu, y que él era a quien en aquel carro de fuego les mostraba Dios como a otro Elías.

Cuando el Santo regresó de su expedición le refirieron los religiosos cuanto habían visto en aquella portentosa aparición, y el siervo de Dios, lleno a la vez de confusión y de amor, aprovechó la ocasión que se le ofrecía para levantar sus almas a mayor confianza en el éxito de la obra en que estaban empeñados.

Puso en sus palabras tan admirables y sublimes

conceptos, que no quedó duda a sus hijos espirituales de que el Espíritu de Dios había descendido copiosamente sobre Francisco, y que siguiendo su vida y doctrina tenían la seguridad de ir por el camino de la perfección.

Poco después de este prodigio tan señalado trasladóse con sus doce religiosos a la ermita de Nuestra Señora de los Angeles, o de la *Porciúncula*, que le cedieron los monjes de San Benito, y aunque el nuevo albergue no era menos humilde que el que acababan de dejar, era más capaz e indicaba la divina disposición de que allí donde había nacido la Orden de Menores creciera y se extendiese por todo el mundo.

De esta nueva morada salía nuestro bienaventurado a predicar por los lugares y pueblos circunvecinos, mirándole los oyentes más como a varón bajado del cielo que como a hombre nacido en la tierra, siendo muchos los que se convirtieron, con extraordinario fervor, para formar parte

del instituto que creó el Santo bajo el título de «Los Hermanos de la Penitencia».

Movió también a gran número de doncellas a guardar castidad perpetua, y de ellas fué la primera planta e hija espiritual de San Francisco la santa virgen Clara, madre de las religiosas llamadas «Las Señoras Pobres», y clarísimo espejo de toda pureza y santidad.

Otros, no sólo heridos de un sentimiento de viva devoción, sino aspirando a llegar a las cimas de la perfección recomendada por Cristo, renunciaban al mundo y a sus pompas, y seguían las huellas de Francisco, y todos, creciendo de día en día en las virtudes más heroicas, llevaron la fama de su nombre más allá de todas las fronteras, y muchos fueron los que, haciendo de la santa pobreza su única provisión para sus viajes, estaban prontos a cualquier mandato, fuertes y aptos para el trabajo y para ponerse en camino a la menor señal de obediencia, desembarazados y animosos.

Como nada poseían en la tierra, no les atormentaba amor de lucro ni temor de pérdidas; en todas partes seguros, nunca desvelados por sobresaltos ni envueltos en embargadora preocupación, ni ennegrecidos con turbaciones ni menoscabados por cuidados, esperaban sin ansia ni pavor el día de mañana y albergue cierto para la noche.

En algunos lugares fueron afrentados como ruines pordioseros y estólidos; pero el celo y la caridad evangélica les habían hecho sufridos, de suerte que preferían los lugares donde los habían escarnecido o maltratado, que no donde, conocida su mucha santidad, pudiesen envanecerse de ser objeto de estima y favor mundanos.

Las mismas privaciones corporales reputaban sobreabundante riqueza, teniendo en cuenta el consejo del Espíritu Santo por boca del Sabio: «En lo poco y en lo mucho ten contentamiento.»

Habiendo algunos de los religiosos penetrado en tierras dominadas por infieles, un sarraceno, compadeciéndose de su pobreza, les ofreció una crecida limosna para su manutención.

Ellos la rehusaron resueltamente, causando esto tal extrañeza y admiración en el ánimo del infiel, harto conocedor de la carencia de recursos en que estaban, que hubo de preguntarles la razón de no aceptarlo, y al decirle los religiosos que por amor de Dios se habían hecho pobres y prometido no llevar jamás dinero, puso en ellos afición tan extremada, que se ofreció a proporcionarles todo cuanto necesitasen en lo venidero, mientras le quedase en casa un resto cualquiera de su riqueza.

Hallábase en un hospital cercano a la ciudad de Asís un religioso de la Orden de los Crucíferos llamado Morico, que, desahuciado ya por los médicos, envió un recado a San Francisco pidiéndole que rogase a Dios por su salud.

Hizo el Santo oración, y luego tomó un poco de pan y lo desmenuzó en un poco de aceite del que había en la lámpara delante del altar de Nuestra Señora, y mezclándolo se lo envió con unos frailes, diciendo:

—Llevad esta medicina a nuestro Hermano Morico, con la cual sanará y será valeroso soldado de nuestra milicia.

No tardó en cumplirse el vaticinio, porque apenas gustó el remedio se levantó sano y bueno, y el vigor súbito de su cuerpo comunicóse con no menos fuerza al alma, y ambos creciendo a la par de día en día, entró muy poco después en la nueva Orden, y en ella perseveró sano y robusto, hecho modelo de muchas y muy altas virtudes, singularmente de muy austera penitencia, ya en el vestir, no llevando sino un solo y raidísimo hábito, y por debajo, junto a la carne, una acerada loriga, ya en el comer, apenas sustentándose más que de hier-

bas, legumbres y frutas, y no probando por muchos años ni pan ni vino.

Engrandeciéndose sumamente el precio y lustre de las singulares virtudes de los humildes y pequeñuelos de Cristo, el olor de la buena fama que esparcieron por todas partes enamoraba y llevaba tras sí a las gentes, y forzaba a muchos, aun de los más distantes puntos del mundo, a entrar en deseos de ver y tratar a Francisco.

Por estos motivos deseaba conocer al egregio servidor de Cristo y abominador de las pompas y vanidades mundanas un célebre e insigne trovador, maestro tan eminente en la gaya ciencia, que por haberla esclarecido con nuevas y peregrinas formas quiso coronarle con gran pompa el emperador Federico II en público torneo, y que en todas partes se le conociese por el *Rey de los versos*.

Llegó caminando con estos propósitos a un castillo, que era el de San Severino, y allí providencialmente encontró al Santo predicando en un monasterio. Y el trovador, que ignoraba quién era el que predicaba, púsose a escuchar devota y atentamente el sermón, mientras Dios, que acechaba aquella alma, abrió largamente su mano para trocarla y hacerla su despojo.

Enviando sobre ella rayos de soberanas luces, gracia y conocimiento del Espíritu Santo, dejóle ver el cuerpo del Santo, mientras éste predicaba de la cruz de Cristo, como guarecido por dos luminosísimas espadas en forma de cruz: una que bajaba desde la cabeza a los pies, y la otra que comenzaba en una de las manos, y extendiéndose llegaba hasta el extremo de la otra, de manera que cubriéndole todo el cuerpo, y llenando de luz todo su rostro, el pecho, los brazos y las manos, parecía todo él la misma luz y la misma espada.

No conocía ni había visto jamás al Santo; pero por este prodigio ya no dudó el trovador de que

hubiese hallado al bienaventurado que buscaba, y en quien únicamente podían verificarse tan insólitas maravillas.

Y penetrado todo él de copiosa luz del cielo, sintiendo dilatársele por extraña fuerza las entrañas, y en lo hondo del corazón voces nunca per-

cibidas, que eran el habla misteriosa de la gracia, comenzó a vislumbrar y entender cosas que nunca antes había siquiera imaginado, y a experimentar unos vivos y fuertes impulsos como nunca los había discernido.

Tanto aumentaron y cundieron por su interior estas avenidas del Espíritu Santo, mayormente a medida que fué tratando y conversando con el

siervo de Cristo, cuyas palabras le atravesaban, le herían y compungían como agudísima espada, que torciendo el rostro al mundo y desdeñando las vanidades y glorias que en copa de oro le brindaban, pidió al Fundador que le admitiera entre los suyos, y en sus manos hizo profesión de jamás apartarse de su compañía; y porque del seno mismo de un mundo disipado y turbulento pasaba al sosiego y a la dulce quietud de la vida religiosa, austera y pobre, el Santo impuso al trovador el nombre de Fray Pacífico.

Este, andando el tiempo, hizo grandes y muy notables progresos en la escuela de la santidad, y antes de ser trasladado a Francia con el cargo de Provincial, Dios le dejó ver por dos veces la señal *Thau*, formada en grandes caracteres sobre la frente de San Francisco, cubriéndola con tan vivos y tan nítidos fulgores de subidos y ricos matices, que a todo el rostro del Santo comunicaba un parecido singular y una hermosura superior a cuanto pueda decirse.

A medida que transcurrían los años aumentaba en todas partes el número de los llamados divinamente a engrosar las filas de la nueva milicia, hasta que el Santo comprendió ser ya hora de lanzar al mundo sus fuerzas, y necesario dilatar y dividir más los campos, para hacer libres y fecundos tantos ardores represados.

Con este objeto, y a fin de mejor ajustarse a la medida de los dones divinos distribuídos en cada uno, y a la suficiencia, bondad y posibilidad recibidas cuando señalare a cada religioso lugar y oficio *en la tierra de aflicción*, convocó a todos a Capítulo general en Santa María de los Angeles.

Vióse entonces un extraño prodigio, en comprobación de cuán tiernamente velaba por ellos la divina Providencia. Con ser tal el número de los religiosos congregados, que pasaban algunos

días de cinco mil, y carecer del todo de las cosas de este mundo, por favor y clemencia especialísima del cielo nunca faltó el necesario sustento, y en todos abundaba la salud del cuerpo, y aun rebosaba más la alegría del espíritu.

Como el número de los religiosos franciscanos crecía de día en día, pensó que sería conveniente obtener del Papa Honorio la definitiva y perpetua sanción de la Regla aprobada por el Pontífice Inocencio, y a punto estaba de dar los pasos para ello cuando tuvo la siguiente visión:

Parecióle como si hubiese hecho con sus propias manos un gran acopio de menudas migas de pan para saciar el hambre de sus religiosos, que casi desfallecidos le rodeaban, y no acertaba a dárselas, temeroso de que, siendo tan pequeñísimas, se le fuesen entre los dedos.

En esto oyó una voz que le decía: «Francisco, haz con estas migas hostias, y de este modo no se desparramarán, y tus frailes podrán ser remediados en su necesidad.» Hízolo así, y vió que todos aquellos que recibían indebidamente la parte de pan que les correspondía, quedaban en el acto cubiertos de lepra.

Cuando al día siguiente vió a sus religiosos les contó la visión que había tenido, y les manifestó cuán grande era su aflicción por no haber podido todavía interpretarla; mas a la noche inmediata, estando otra vez en oración, volvió a oír la voz misteriosa, que le habló de esta suerte:

«Francisco, las migas que viste en la visión de la noche pasada son las palabras del santo Evangelio; la hostia es la regla con que aquellas migas compusiste, y la lepra es el pecado.»

Estas palabras, al resolver las dudas de nuestro bienaventurado, le determinaron, antes de presentarla al Pontífice, a revisar y reducir a una forma breve y metódica la Regla que para sus religiosos había escrito de antiguo en forma difusa

y extensa, con palabras y sentencias tomadas del santo Evangelio.

En tan culminante negocio quiso asegurarse la divina asistencia, y siguiendo una interior inspiración, buscó la soledad en un monte, adonde se retiró con dos de sus compañeros, Fray León y Fray Bonicio, y entregados todos a constantes ayunos, austeridades y oración, hacía escribir la Regla a medida que se la inspiraba y sugería el Espíritu Santo.

Vuelto, finalmente, a los suyos, entregó la Regla de nuevo escrita a su Vicario Fray Elías, para que fuese observada; pero asegurando éste muy pocos días después habérsele extraviado, otra vez se retiró el Santo a la soledad, y escribió una segunda tan conforme a la anterior como si una y otra vez hubiese sido dictada, palabra por palabra, por el mismo Dios.

Presentada al predicho Papa Honorio en el octavo año de su pontificado, mereció su aprobación, y ya sosegado el espíritu de nuestro Santo en lo referente a este punto, dedicóse de lleno a cumplir los fines para que había sido instituída su santa Orden.

V

La segunda Orden.—Santa Clara.

Del corazón inflamado del seráfico Padre había brotado lozana y floreciente la Orden de Religiosos Menores, cuyo fin primario y principal era la evangelización del mundo. No cabe duda que el siglo XIII se vió seriamente amenazado por mil encontradas rebeliones. Las frecuentes revueltas y desatados vientos de fronda que lo agitaron patentizan y ponen de manifiesto la necesidad en que se hallaba de que la sublime doctrina de Cristo

volviese a iluminar a aquella sociedad con los resplandores inefables de su luz.

La soberbia, la ambición, el amor desmedido y afán insaciable de riquezas y placeres, en una palabra, todo aquel cúmulo de pasiones desordenadas que sintetiza San Juan en tres formidables concupiscencias que tienen sujeta y esclavizada la tierra toda, habían paganizado por completo el corazón de aquella sociedad envilecida.

Precisaba, pues, un brazo de gigante que, tomándola de la mano, la guiase de nuevo por los senderos de Dios. Pues bien: este brazo, o, mejor, esta palanca colosal que hizo dar al siglo XIII una vuelta completa, devolviéndolo al que se llama y es en realidad Rey inmortal de los siglos todos, fué esta pléyades numerosísima de apóstoles denodados que se apellidó Orden primera Franciscana.

Mas el grande Apóstol San Pablo, Vaso de elección y Doctor de las gentes, nos avisa en una de sus magistrales e inspiradas epístolas de que la evangelización de la palabra de Dios, con todo y ser un misterio nobilísimo y elevado, se hace infructuosa y resulta estéril si el Señor con su diestra omnipotente no le da incremento y virtud. Para pedir, pues, a Dios la conversión del mundo, para detener y desarmar su brazo vengador, y, en fin, para alcanzar del cielo los múltiples y diversos bienes que el Soberano Dispensador ha vinculado a la oración al decirnos: «Pedid y recibiréis», «buscad y hallaréis», «llamad y se os abrirá», brotó la segunda rama del árbol seráfico, o sea la segunda familia religiosa debida al celo de Francisco compuesta de almas completamente abismadas en el piélago sin fondo y sin orillas de la contemplación.

Una tierna doncella, natural de Asís, fué el instrumento de que Dios se valió para cimentar sólidamente el bellísimo edificio de la segunda Or-

den. Llamábase Clara, y vió por primera vez la luz de este mundo a principios del mes de Julio de 1194. Había oído alguna vez la fogosa y ardiente predicación del seráfico Padre, y poniéndose rendida e incondicionalmente bajo su dirección, hizo en poco tiempo tales progresos en la virtud, que, dando a la temprana edad de diez y ocho años un irrevocable adiós al mundo y a sus locas vanidades, se despojó de sus brillantes galas, vistiendo el tosco y pobre sayal franciscano.

El mismo San Francisco cortó su hermosa y dorada cabellera, él le ciñó la nudosa cuerda, y la constituyó, a pesar de la viva y tenaz resistencia que opuso la humildad de la Santa, cabeza y madre de Dueñas Pobres, que éste fué el nombre que les impuso el seráfico Fundador.

Inés, la tierna y candorosa hermana de Santa Clara, se presentó cierto día en el monasterio, y postrándose humildemente a los pies de la abadesa, le dijo:

—Hermana mía, también yo quiero consagrarme al servicio de Dios en esta santa Casa.

—Dulce hermana mía—le contestó Clara, abrazándola—, bendigo a Dios de todo corazón porque se ha realizado el deseo más vivo de mi alma.

Los parientes que estas dos criaturas sublimes habían dejado en el siglo procuraron por todos los medios aun los más inicuos e infames, el retorno de las dos hermanas a casa de sus padres; pero aquel Señor cuya providencia rige y gobierna todas las cosas y todo lo tiene ordenado para la salvación de sus escogidos, embotó los tiros con que la carne y la sangre pretendían derribarlas y hacerlas desistir de su santo propósito.

Quedó, pues, fundada la segunda Orden de Penitencia, que se llamó con el tiempo de Clarisas; San Francisco escribió para ellas una Regla

calcada sobre la de los Religiosos Menores, añadiendo algunas constituciones particulares.

Tranquilos y sosegados transcurrían los días de aquellas fervorosas siervas de Dios, cuando en 1239 veinte mil sarracenos a sueldo de Federico II invadieron el valle de Spoleto. Imposible es contar las atrocidades que cometieron aquellos bárbaros, inflamados por la esperanza del saqueo y el odio al nombre cristiano.

Como las tiernas e indefensas palomas corren a ocultarse bajo las alas de su madre, así, dice un autor, corrieron las atemorizadas religiosas a ampararse de su prelada, la cual, tomando una de esas resoluciones supremas que sólo la fe puede y sabe inspirar, cogió con sus propias manos el sagrado copón en que se encerraba el preciosísimo Cuerpo del Salvador, y saliendo con él a lo alto de las murallas del monasterio pronunció estas palabras de la Escritura: «No entregues, Señor, a las bestias feroces las almas que confiesan tu santo Nombre.» Tan eficaz y poderosa fué la oración de Clara, que los sarracenos, cegados por misterioso resplandor, acobardados y llenos de espanto, huyeron precipitadamente.

Después de haber gobernado la Orden de las Dueñas Pobres por espacio de cuarenta y un años, pasó Santa Clara al descanso eterno. Su muerte, ocurrida la noche del 10 de Agosto de 1253, se vió dulcificada con la presencia de Jesús y de su Santísima Madre, siendo una de las más hermosas y admirables que registra la Iglesia. Hacía ya veintisiete años que el Serafín de Asís había también volado al cielo.

VI

Origen y fundación de la Orden Tercera. Luquesio y Bonadona.

Ya hemos tenido ocasión de notar que la palabra elocuentísima y virtudes sublimes del seráfico Padre atraían irresistiblemente a las muchedumbres. Su paso por los pueblos y ciudades se parecía a una jamás interrumpida marcha triunfal. El amor y santo entusiasmo de las gentes le seguía a todas partes; y el número de los que deseaban cobijarse bajo las encendidas alas de aquel Serafín y hallar en los claustros franciscanos puerto y asilo seguro contra las tempestades y furiosos embates del mundo, crecía de día en día.

Los monasterios de la primera y segunda Orden, multiplicados en corto espacio de tiempo de un modo a todas luces prodigioso, eran insuficientes para contener a tantos y tantos como todos los días llamaban a sus puertas. Por otra parte, Francisco no podía dejar de conmoverse y derretirse de compasión ante espectáculo tan tierno, edificante y consolador.

Aquel corazón, más grande que el mundo, no podía dejar de dilatarse con amor y aun abrir de par en par sus puertas para recibir a tantos otros corazones que latían al mismo compás y estaban enardecidos por los mismos fuegos y alentados por los mismos ideales. Mas ¿cómo realizar tan justas, tan nobles y santas aspiraciones? Si Francisco abre las puertas del claustro a toda aquella electrizada muchedumbre, pueblos y ciudades van a quedar despoblados y desiertos, y las naciones latinas y casi Europa entera convertida en un vasto monasterio.

La solución de este problema quiso darla el cielo por sí mismo.

—Dios nuestro Señor me ha inspirado—decía el seráfico Patriarca a las entusiasmadas multitudes que le seguían—, Dios me ha inspirado para vosotros un modo y género de vida mediante el cual, sin abandonar el siglo, sin desamparar vuestras familias haciendas y quehaceres, podréis ser a modo de religiosos. Yo compondré, con el auxilio divino, una Regla que calme vuestros temores, os ayude a evitar los peligros del mundo y asegure vuestra salvación eterna.

Esta Regla se llamó Regla de la Orden Tercera, y los individuos que la profesaron recibieron el nombre de Terceros o Terciarios.

Fundó San Francisco su Tercera Orden el año de gracia de 1221, siendo aprobada este mismo año, *vívae vocis oráculo*, por el Sumo Pontífice Honorio III, y precediendo, por tanto, en el orden cronológico a todas las demás Terceras Ordenes que existen en la Iglesia universal. Se engañaría grandemente quien pensase que la Venerable Orden Tercera de San Francisco es una simple congregación, o cofradía, como tantas otras.

La santidad del Papa Benedicto XIII declaró todo lo contrario, por estas palabras: «Siguiendo las huellas de nuestros predecesores, que han aprobado, confirmado y hecho los mayores elogios de este género de vida, establecemos y declaramos que la Orden Tercera ha sido siempre, y continúa siendo, santa, meritoria y conforme a la perfección cristiana; y, además, que verdaderamente, y en todo rigor de la palabra, es una Orden religiosa propiamente tal, puesto que tiene Regla aprobada por la Santa Sede, noviciado, profesión y hábito de materia y formas determinadas.»

En cuanto a las obligaciones que contrae el terciario en virtud de su carácter de tal, pueden en nuestros días reducirse a las siguientes: 1.ª Traer

siempre vestido el santo hábito, o sea el sagrado escapulario y la cuerda. 2.ª Rezar todos los días el Oficio Parvo de Nuestra Señora, o, en su defecto, doce Padrenuestros. 3.ª Ayunar, si puede buenamente, en las vigilias de la Inmaculada Con-

cepción y del Seráfico Padre. 4.ª Recibir mensualmente los Santos Sacramentos de Penitencia y Eucaristía, y sobre todo esforzándose en cumplir exacta y perfectamente los mandamientos de Dios, de la Iglesia y las obligaciones de su respectivo estado.

Luquesio y Bonadona fueron, digámoslo así, los heraldos o portaestandartes de este ejército de

héroes y santos que ha embalsamado la tierra con el olor de sus virtudes y la ha admirado con sus heroicos, remembrables hechos. El Seráfico Patriarca quiso vestirles por sí mismo el santo hábito y ceñirles el nudoso cordón, y al contacto de aquella librea de santidad los dos esposos se sintieron enteramente transformados. Luquesio se había dejado dominar durante varios años por el vicio de la avaricia; mas tocado de la gracia de lo alto y mudado en otro hombre, veíasele, con general edificación, socorrer a los necesitados, cuidar a los enfermos y ejercitarse en toda clase de obras misericordiosas y caritativas.

En cierta ocasión en que llevaba a cuestas un pobre enfermo encontróse con un joven libertino, que le dijo en tono de burla:

—¿Qué demonio llevas a cuestas?

—No es al demonio a quien llevo—replicó Luquesio—, sino a Jesús, quien dijo: «Todo lo que hagáis con alguno de mis pequeñuelos hermanos, conmigo lo haréis.»

Contestación sublime que nos pone de manifiesto hasta qué punto había triunfado la gracia de aquel natural antes tan egoísta.

Su esposa Bonadona, dominada por el amor de los perecederos bienes de este mundo tanto o más que su consorte, llegó un día a faltarle al respeto, llamándole «hombre sin juicio», pues la liberalidad de Luquesio, ya trocado y convertido por la gracia del Señor, la irritaba en grado sumo. «Luquesio entonces la obligó a abrir la artesa donde se guardaba el pan, y hallándola más colmada que antes, pesó a Bonadona su dureza y comenzó a emular en beneficencia al esposo.» Tales fueron los dos primeros miembros de la Orden Tercera; después de ellos, ¿quién podrá contar la innumerable y espléndida hueste que ha seguido sus huellas? ¡Oh Padre Seráfico!, ¿quién podrá contar el número de tus hijos? *Generatio-*

nem ejus quis enarrabit? A Francisco pueden aplicarse aquellas memorables palabras que Dios dirigió a Abraham: «Levanta tus ojos al cielo, cuenta las estrellas si puedes: tu descendencia igualará su número.» En efecto: figuran en la Tercera Orden Papas como Pío IX, León XIII y Pío X; obispos como San Carlos Borromeo y San Francisco de Sales; escritores como Cervantes, Calderón, Lope de Vega y monseñor de Segur; artistas como Rafael, Miguel Angel y Bartolomé Esteban Murillo; poetas como Dante y el Petrarca; genios como Colón; reyes y emperadores como San Fernando, San Luís, Carlos V, Felipe II y Felipe III; héroes como Juan de Brienna y Rodolfo de Habsburgo; fundadores como Francisco de Paula, Vicente de Paúl e Ignacio de Loyola; sacerdotes como el Beato Vianney, o cura de Ars; purpurados como el Cardenal Berulle y el Cardenal Trejo; hombres de gobierno como García Moreno, y, finalmente, mártires y santos como el Beato Raymundo Lulio y San Roque de Montpellier.

Esa es la Tercera Orden franciscana. Nube esplendente que brilla a nuestros ojos con todos los reflejos y matices de la Gloria; madre fecunda de santos, de sabios, de héroes, de artistas, de genios, de todo lo grande, de todo lo noble, de todo lo elevado.

VII

Vida austera de San Francisco.—Medios de que se valía para su aprovechamiento espiritual.

PENETRADO San Francisco de que el ejemplo es la mejor predicación, puso todo su empeño en abrazarse a la cruz de Cristo para imprimirla en su carne, teniendo a raya los apetitos sensuales con tal dureza y rigor, que apenas si daba a la naturaleza el preciso sustento. Y como sabía, y él mismo acostumbraba a decirlo, que es

cosa difícil reparar la necesidad del cuerpo sin dar gusto a los sentidos, mientras estuvo sano raras veces tomó manjares cocidos, y si los admitía los sazonaba con ceniza, o les ponía agua en abundancia, hasta tornarlos insípidos.

El vino lo rechazaba en absoluto, y hasta del agua se privaba, sufriendo los tormentos de la sed tanto como puede resistirlos la naturaleza humana. Discurría incesantemente nuevas trazas para aumentar la punzante acción de esta abstinencia y adiestrarse más cada día en su ejercicio; y bien que sobre la cumbre de toda perfección tuviese ya asentada la mano, todavía, como quien es nuevo en las cosas de virtud, se desvivía por ensayar y ejecutar en su carne desusados y no imaginados castigos, con que quedaran ceñidos y postrados los apetitos y sentidos corporales.

Fuera de casa, obediente a la palabra del santo Evangelio, se ajustaba en todo a los usos de quienes le daban hospedaje en cuanto a la calidad de los manjares; pero una vez en el monasterio, volvía a la rígida severidad de la abstinencia.

Consigo mismo austero, humano con el prójimo, en todas las cosas respetuosamente fiel al Evangelio, era en la abstinencia y en el comer perpetuamente dechado e incentivo de piedad.

El desnudo suelo era de ordinario el único lecho que recibía su extenuado cuerpo, y su dormir, las más de las veces sentado, arrimada sobre una piedra o sobre un leño la cabeza, y cubierto con una pobre túnica: de esta suerte servía a Dios *en frío y en desnudez*.

Preguntándole en cierta ocasión cómo podía con tan raído y tenue vestido defenderse del rigor del duro y helado Invierno, respondió enfervorizado:

—Nada es más fácil que sobrellevar el frío exterior, por rígido que sea, si por dentro arde y calienta la llama de ansia viva de la Patria suprema.

Abominaba la molicie en el vestir, y con duras y ásperas telas procuraba limar la delicadeza del tacto, considerando que así mereció Juan el Precursor los altos encomios del divino Maestro. Y si alguna blandura y delicadeza experimentó alguna vez en paños nuevos, cosíalos por dentro con hilos recios, rematándolos con nudos, porque, según decía, no en casas de pobrecillos, sino en moradas de príncipes, sientan bien suaves y ligeras hopalandas.

Sobre este mismo extremo solía también decir con frecuencia que la experiencia le había enseñado que si de la aspereza huye aterrorizado el demonio, en cambio embiste con bríos a gente muelle y dormida en delicias; y para confirmar sus palabras citaba el siguiente ejemplo, sacado de su propia vida:

Cierta noche en que, molestado por agudísimos dolores en la vista y en la cabeza, se determinó a descansar sobre una almohada de pluma, no pudo estar sosegado ni un solo instante, ni fijar su pensamiento en las cosas divinas, turbado porfiadamente por el demonio.

Llegada la mañana, arrojó de su celda la almohada y quedó en paz y ahuyentó al enemigo; mas un religioso que recogió la almohada, a los pocos pasos que dió con ella cayó al suelo sin sentido, hasta que nuestro bienaventurado se lo hizo recobrar con la virtud de su palabra.

Sumido en profunda meditación en un bosque apartado y solitario, lindante con Chiusi, estaba cierta noche, cuando el sempiterno enemigo le llamó por tres veces: «¡Francisco, Francisco, Francisco!» Volvióse Francisco para preguntarle qué pretendía, y él enseguida añadió: «No hay pecador en el mundo de quien Dios no se apiade si, puesto remedio a la vida de pecado, vuelve a El; pero no es posible halle jamás misericordia quien se quita la vida con acerba penitencia.» Una inte-

rior lumbre hizo comprender al Santo que aquella voz era la voz de la odiosa serpiente, que se crecía para seducirle e inspirarle cansancio en la dificultosa senda emprendida.

La certeza de esta revelación la comprobó notoriamente el siguiente suceso. Porque al punto mismo, de la boca de aquel *cuyo aliento enciende los carbones* partieron sobre Francisco llamas ardientes de impureza, cuyo tacto apenas sintió este amador insigne de la castidad, desnudándose de su hábito, descargó con la cuerda cruelísimos azotes sobre sus espaldas, mientras decía:

—Ea, hermano jumento, esa desnudez en que ahora estás cuadra con tus inclinaciones y gustos; contigo dicen muy bien los azotes. El hábito es ornamento y atavío de la Religión, señera de santidad, ¿por qué, pues, había de ser abrigo de libidinosas inclinaciones? Si otra vida codicias, libre eres.

Rindióse la mano de macerar su carne, no el ardor del espíritu, sediento aún de vengar el conato de rebeldía de aquélla, y entrándose en una gruta arrojóse al suelo cubierto de espesas y heladas capas de nieve, y formando precipitadamente con ambas manos siete gruesas pellas de nieve, dícese a sí mismo, estrechándola con convulsiva dureza contra su pecho.

—He ahí familia a medida de tus gustos: la mayor sea tu esposa, las otras cuatro serán dos hijos y dos hijas; las otras dos restantes, escudero y sirvienta a tu servicio y mandato. No demores en vestirlos, que parecen ateridos de frío. Pero si cuidas de tanto deudo desnudo y quejumbroso te parece carga enojosa y de pesadumbre insoportable, vuelve, vuelve sobre ti y no codicies servir y placer más que a Dios.

El tentador, vencido, huyó; el Santo, los lomos ceñidos de victoria, entróse nuevamente en su celda; y mientras tal pesada y dura venganza ejecu-

taba en su cuerpo, amorteciase tan por completo en su espíritu toda carnal concupiscencia, que en su pecho no revivió en adelante ni turbación ni movimiento de ningún apetito desordenado.

Un religioso, entregado modestamente a la oración en aquella hora, percibió, a los tibios resplandores de la Luna, los extraños e inexplicables actos del Beato Padre; lo cual advertido por el Santo, le llamó, le refirió con todos sus pormenores la molesta tentación sufrida, y le impuso precepto de nunca, viviendo él, divulgar nada de cuanto acababa de oír, o había presenciado.

En su trato con las mujeres tomaba toda clase de precauciones. Excepto el informar breves instantes y guiar sus almas en el negocio de la eterna salvación, y eso en forma y modo convenientes a la honestidad y por ser cosa que incumbe al sagrado ministerio, tenía por frívolos los coloquios con las personas de otro sexo.

—¿Qué razón hay—decía—que pueda obligar al religioso a tratar con mujeres, fuera de cuando ellas religiosamente piden, o lavar sus almas en el sacramento de la Penitencia, o lumbre o fortaleza para mejorar la vida? Con la demasiada seguridad menos se teme al enemigo, y en manos del demonio un cabello que él pueda asir, presto pasa a ser una viga.

Inculcaba a sus religiosos que huyeran del ocio como de una sentina de malos pensamientos, y solía comparar su cuerpo con un jumento, y este nombre le daba, al que siempre debe tenerse rendido con trabajosa y pesada carga, y humillado y sujeto con duros golpes, y con groseros pastos mantenido.

A los que veía ociosos y vagos, regalándose con el fruto de los sudores de los demás, quería que les apodaran *Fray mosca*, porque, como las moscas, ni sus manos producen obras buenas, ni las de otras dejan medrar, antes las dañan y des-

truyen, y ellos se hacen viles y abominables. Decía a veces:—Quiero que mis religiosos trabajen y vivan ocupados, para que con la ociosidad no se derramen por las cosas ilícitas, o el corazón, o la lengua.

Levantaba también el ánimo de sus religiosos al amor del evangélico silencio, es decir, que mantuviesen cuidadosamente cerrados sus labios a toda palabra ociosa, *de la cual*, según doctrina sagrada, *se habrá de dar cuenta el día del Juicio*. Si alguno notaba ocioso y palabrero, le reprendía acremente, y encomiaba con vivas frases la prudente y modesta taciturnidad, representándola como la puerta y la inequívoca señal de un corazón puro, y como virtud de sumo precio, por cuanto *en poder de la lengua*, según divino testimonio, *están la vida y la muerte*, más por lo que dice que por lo que gusta.

Aunque no desperdiciaba ocasión de inculcar en sus religiosos el amor a la vida austera, llevaba a mal, y públicamente desaprobaba, la nimia y exigente severidad, a la que resplandores nacidos de piadosas entrañas no hermosean, ni la sal de la discreción sazona, y de ésta dió él mismo un hermoso ejemplo en el caso que pasamos a referir:

Cierta noche llegaron a sus oídos los lamentos y voces que daba en sueños uno de sus religiosos, a quien una extrema y desaconsejada abstinencia había reducido a tal necesidad, que desfallecia de hambre, poniéndose en trance de perder para siempre la salud. Entrando en su celda, llamóle nuestro Santo y convidóle a comer alguna cosa, haciéndolo él mismo primero, a fin de que la novedad del caso no fuera para el religioso causa de cortedad y turbación.

De este modo logró que comiera con tranquilidad y confianza, admirando en su interior la compasión de su superior y la delicadísima caridad

con que había atendido al remedio de su cuerpo y a la espiritual edificación de su alma.

Al día siguiente reunió el Santo a todos sus religiosos, y veladamente contó el suceso de la noche anterior, que le dió ocasión para inculcar a sus hijos un profundo sentimiento de moderación y freno en sus deseos, aun los más sublimes y excelentes.

—Guardad como ejemplo—les dijo—, no el bocado ofrecido, sino la caridad, que es de todas las cosas señora.

Exhortóles a poner por encima de las demás virtudes la discreción, no la que inspira la carne, sino la encomendada por Cristo, cuya santísima vida fué clarísimo y eminente ejemplar de toda perfección.

Enseñóles también la compunción, más que con las palabras, con el ejemplo, pues aun habiendo alcanzado toda hermosura y limpieza en el corazón y en el cuerpo, no daba paz a los ojos corporales, enviando por ellos lluvias de lágrimas para acicalar la virtud y la claridad de los ojos del espíritu, sin reparar en el daño que a su vista corporal tenían que causar tan continuos y copiosos llantos.

Venida al cabo la enfermedad prevista, le ordenó el médico que pusiera término a sus lágrimas, si alguna voluntad le quedaba de no quedarse completamente ciego. Contestó Francisco que al beneficio de la vista corporal, de suyo tan estimable, anteponía la gracia de poder dar libre curso a sus lágrimas, que aquilatan, esmaltan y refrigeran el alma, aguzando la vista de ésta para ver y contemplar a Dios.

Sometióse, sin embargo, a todos los remedios que el médico le prescribió, porque en ellos hallaba nuevos dolores que ofrecer a Dios, y llamado el cirujano para que le aplicase un cauterio, mientras se enrojecían a la lumbre los instrumen-

tos que habían de quemar su carne, el Santo habló al fuego de esta manera:

—Hermano fuego—le dijo:—más que en otra criatura alguna ha puesto en ti la mano del Criador tales grados de hermosura y de virtud, y tal fuente de resplandores, que de todas las cosas eres dechado y emulación perdurable; guarda ahora, te ruego, tus rayos espantables, y haz gala conmigo de cortesía y trato amable. Al sumo Dador, que tan envidiable te hizo, envío ahora mis humildes súplicas, para que, templando El, benigno conmigo, la punzante voracidad de tu calor, tú ejecutes tan suavemente en mi tus rigores, que experimentando el precio de sus benéficos efectos, no me rinda la fuerza de su ardor.

Dichas estas palabras hizo sobre los hierros, ya hechos ascua, la señal de la cruz, sufriendo con la mayor entereza de ánimo la cruel operación, como él mismo dió testimonio de ello con estas palabras:

—Alabemos al Señor, porque no he sentido el ardor del fuego, ni en la carne he probado el más ligero dolor.

Y volviéndose al médico, le dijo:

—Si estimáis que la carne no está en su punto todavía, echad mano otra vez de vuestro hierro.

Espantado quedó el cirujano ante tan extraordinaria presencia de espíritu, y teniéndola por milagro, exclamó:

—Confieso haber visto maravillas hoy.

Las criaturas estaban pendientes a todas horas de la voz de Francisco; pero, además, la misma Providencia del Criador se inclinaba benignísima y cedía a sus deseos. Cierto día en que postrado en extremo su cuerpo por un cúmulo de enfermedades penosas y agudas anheló alegrar y levantar su acongojado espíritu deleitando el oído con acentos músicos, cosa poco menos que imposible, dado lo angustioso y molesto del lugar, y sin

esperanza alguna de hallar para ello conveniente medio humano, Dios se sirvió del ministerio de los ángeles para acomodarse a los gustos de su leal y fidelísimo siervo.

Estaba desvelado una noche en profunda consideración de los divinos misterios, y a sus oídos

llegaron, regalándolos suavísimamente, raudales de notas armoniosísimas y de melodías de peregrina dulzura que partían de un arpa invisible.

Nadie veía nada, pero el oído seguía por los deleitosos acentos el ir y venir del tañedor. Poco a poco su espíritu fué sumergiéndose en aquellos raudales de mágica armonía; sus sentidos, acallándose, adormeciéndose, transponiéndose; su alma se avivó y ardió en nuevos incendios de amor, hasta quedar toda engolfada en Dios.

Después contó a los religiosos que le pareció haber oído emanaciones de los conciertos celestes; y refirió la gracia recibida, que no le era tampoco posible ocultar puesto que por ciertas señales externas sus compañeros venían en conocimiento de los frecuentes e inefables consuelos con que la mano próvida y amorosa del Señor visitaba a este su amigo.

VIII

De la humildad y obediencia de San Francisco, y extraordinarios favores que por ello recibió del Señor.

A la extrema austeridad de su vida unió San Francisco una profundísima humildad, teniéndose por el más vil de los pecadores y deseando ser vituperado de los hombres.

Cuando la gente le alababa y le llamaba santo, mandaba él a uno de sus religiosos que le llenase de baldones, y cuando predicaba muchas veces decía sus faltas en el sermón para que le menospreciasen.

Una vez aconteció que dolencias propias y ruegos de sus religiosos le obligaron a mitigar en algo los rigores del ayuno, y mejorado poco después y deseando resarcir por algún otro medio la penitencia excusada a su carne, propúsose buscarla en el desprecio, pensando en su interior: «No es conveniente que el pueblo me tenga por muy abstinente mientras yo me regalo a escondidas con exquisitos manjares.»

Inflamado por este espíritu de humildad, convocó a sus compañeros, y acompañado de ellos, sin darles cuenta de sus designios, se encaminó a la plaza mayor de Asís, y haciendo salir a las gentes de sus casas, y seguido ya de gran multitud, en-

tróse en la Iglesia. Allí hizo que sus religiosos le desnudasen de su hábito y de toda la ropa interior de medio cuerpo arriba, y que atado con una

San Francisco de Asís lava los pies al Hermano Massé.

cuerda por el cuello le llevasen hasta un pilar, en que era antigua costumbre colocar a los sentenciados; y subido sobre él, ni de sus fiebres, ni por la debilidad del cuerpo, ni por el crudo frío del

tiempo encogido el espíritu, predicó con ardor vehementísimo a aquella atónita multitud, rogándoles al terminar con palabras encarecidas, que ni le tuviesen por varón austero ni por sincero y fiel cumplidor de las cosas divinas, sino que más bien le menospreciaran como a hombre glotón, carnal y regalado.

Pero los presentes, todavía más admirados de lo que veían y oían que de su misma gran austeridad, que les era bien conocida, recorrían después las calles pregonando con las lágrimas, tanto como con las palabras, que la humildad del siervo de Dios era heroica. y más para ser admirada que para ser imitada. Y aunque de estos hechos más bien parezca que debamos decir, como Dios lo dijo de su profeta, que son para signo y portento, sin embargo, son dechado y estímulo de humildad suprema, y persuaden al seguidor de Cristo a despreciar los rumores de las alabanzas transitorias, a refrenar las insolencias de la hinchada jactancia y a castigar los ardides de codiciosos anhelos por engañar con apariencias de bien.

Como consecuencia indeclinable de su profunda humildad, era extraordinario su espíritu de obediencia, y antes buscaba ser en todo el último, que brillar entre los primeros. Prefería obedecer a mandar, y como esto último se veía obligado a hacerlo por su carácter de Fundador y Ministro general de la familia franciscana, no sosegó hasta lograr que le fuese aceptada la renuncia del gobierno general de la Orden, y que le fuese nombrado un Guardián, para vivir sometido a él en todo.

Tenía a sus ojos tal aprecio y virtud la santa obediencia, que para él, quien a su yugo rinde la cerviz no pasa instante sin gananciar copiosamente; y ponía de manifiesto lo sincero de su sentir, prometiendo y guardando escrupulosamente

obediencia a cualquier religioso que le acompañase.

A sus compañeros dijo en cierta ocasión:—Entre muchas gracias con que la divina piedad se ha dignado favorecerme, he de contar la de tener tan inclinado y gustoso el ánimo a obedecer, que con la misma prontitud acatara a un novicio de una hora, si me fuese dado por Guardián, que al más antiguo y prudente de los religiosos. El súbdito no ha de considerar al hombre en el prelado, sino a Aquél por cuyo amor ha cautivado su voluntad. Que al cabo cuanto es más despreciable aquel a quien se obedece, es mayormente meritoria la obediencia.

Preguntábanle cierto día a quién podría juzgarse como verdadero obediente, y el Santo, poniendo por vía de ejemplo la condición de un cadáver, les decía:—Tomad un cuerpo ya exánime, y ponedle como y donde os plazca. No os resiste porque le movéis; no murmura del lugar en que le dejáis; no se lamenta si le abandonáis. Si sobre un tronco le levantáis, no se engríe, ni sus ojos se van a más alto, sino que busca el suelo. Si le cubrís con púpura, dos veces palidece. Así —añadió—es el verdadero obediente, el cual, si le mudan, no despega los labios; en los lugares que se le dan no cuida de cómo son; no se desvive por mudanzas, y en los más altos empleos guarda aún la antigua humildad. Mientras más le encumbran, él siente de sí más bajamente.

Su amor a las santas virtudes de la humildad y la obediencia le valieron grandes favores del cielo, y mientras más procuraba Francisco empequeñecerse y abatirse, más le engrandecía y encumbraba el Señor.

Así se lo manifestó el mismo Dios en una celestial visión a cierto religioso, insigne en toda virtud que acompañaba a nuestro Santo.

Con él entró en cierta ocasión en una iglesia

solitaria para entregarse a la oración, y puesto ya en ella, tales afectos de fervor le enajenaron, que quedó sumido en éxtasis profundo, y en él vió los cielos abiertos, con las sillas de los bienaventurados muy resplandecientes, y más alta que ellas otra silla de esplendorosa magnificencia, pero vacía, a la que todos los Santos contemplaban con cierta reverencia.

Pasmado de esto el religioso, quiso saber a quién estaba destinado tan hermoso sitial, y a sus oídos llegó el sonido de una voz misteriosa, diciendo:

—Tan alta sede fué de uno de los ángeles rebeldes; ahora está destinada al humilde Francisco.

Vuelto ya en sí el religioso, salieron poco después de la iglesia, prosiguiendo su camino. En lo largo del viaje era costumbre del Santo conversar a ratos sobre las cosas divinas.

El compañero, a quien traía absorto el recuerdo de la visión, asióse a una de estas ocasiones para dirigirle esta pregunta:

—Padre, ¿en qué concepto os tenéis?

El humilde servidor de Cristo dijo:

—Téngome por el mayor pecador del mundo.

Mas el hermano añadió:

—Paréceme que con recta y firme convicción no podíais pensar así, y menos decirlo.

—¡Ah!—replicó el Santo—. Que si al más criminal de los hombres hubiese Dios dispensado tales mercedes e inundado con las piedades que a mí, habría sido con Dios más agradecido.

Tales palabras, nacidas de tan sincera y profunda humildad, acreditaron en el concepto del religioso la verdad de la visión, siendo sentencia evangélica que a las alturas de gloria de que es despedido el soberbio, es encumbrado el verdadero humilde.

Pasaba por Imola en una de sus excursiones, y

determinó presentarse al Obispo pidiendo humildemente el beneplácito para convocar al pueblo y anunciarle la divina palabra. El Obispo respondió con dureza:

—Basta, hermano, que yo predique a mi pueblo.

Bajó la cabeza el humilde servidor de Cristo, y se retiró; pero no habría transcurrido una hora, cuando quiso llegarse otra vez a su presencia, lo cual llevó a mal el Prelado, preguntándole, harto imperiosa y turbada la voz, cuál fuese el motivo de ser así importuno.

El Santo, con humildad así en el corazón como en los labios, contestó:

—¡Ah, señor! Si al hijo cierra el padre una puerta, ¿qué ha de hacer sino entrar por otra?

Quebró la impaciente actitud del Obispo tan manifiesta humildad, y con rostro alegre le tendió sus brazos para estrecharle contra su pecho fuertemente, exclamando:

—Desde hoy tú y los tuyos podréis perpetuamente, cuantas veces queráis, predicar a mi pueblo, porque lo ha merecido tu humildad.

Tanto como era el amor que tenía a la humildad y a la obediencia, era el odio que profesaba al orgullo, origen de todos los males, y a la rebeldía, su pésimo retoño; mas la severidad con que castigaba a sus hijos que en ambos pecados caían, se transformaba en maternal indulgencia así que les veía arrepentidos y penitentes.

Cierto día presentáronle a un religioso que por haber faltado a la debida obediencia era merecedor del correspondiente castigo; mas como San Francisco conociera por ciertas señales que el culpado estaba sinceramente arrepentido de su falta, movióse su corazón a piedad, y determinó perdonarle, no sin juntar a la indulgencia un ejemplo para que el fácil perdón no fuese causa de nuevas rebeldías.

Para ello ordenó que la capucha del religioso

desobediente fuese arrojada al fuego, enseñando a todos de este modo el celo con que quería extirpar la desobediencia y los arranques de la propia voluntad, y al cabo de un rato mandó que fuese sacada la capucha del fuego para devolvérsela al arrepentido fraile.

La orden fué inmediatamente cumplida, y contra lo que se podía esperar de la naturaleza de las cosas, vieron todos los religiosos que presenciaron el estupendo caso, salir de entre las llamas la capucha del religioso sin el más leve deterioro.

Con lo cual probó Dios con un solo milagro cuánta era la virtud de las palabras de nuestro Santo, y cómo sabe premiar la humildad y la obediencia, virtudes que tan bien sientan a un religioso.

IX

Del amor de San Francisco a la pobreza, y caudal que hizo de la penuria.

TANTO como a la humildad y a la obediencia amaba San Francisco a la pobreza, a la que llamaba reina de las virtudes, por haber sido tan amada del Rey del cielo y de su Santísima Madre. Teníala por fundamento de su Orden, y decía que Dios le había enseñado que la entrada en la Religión debe comenzar por la pobreza, y algunas veces mandó derribar casas ya hechas, por parecerle el edificio muy suntuoso y contrario a la pobreza evangélica.

Diciéndole una vez el vicario de Santa María de la *Porciúncula* que era tanta la pobreza de aquella casa que no tenían qué dar a los frailes que de camino se hospedaban en ella, y que sería bueno guardar algo de la hacienda de los novicios que entraban en la Orden, para tener algún recurso en caso de necesidad, le respondió el Santo:

—Hermano carísimo, en ningún caso cumple

hacer contra la Regla; y menos inconveniente es que cuando haya necesidad quitéis los ornamentos del altar de la Virgen gloriosa, para remediarla, que intentar cosa contra el voto de la pobreza, y la misma Virgen lo tendrá por bien.

Caminando cierto día con otro de sus religiosos, vieron una bolsa que parecía llena de dinero, y el compañero dijo al Santo que sería bien alzarla del suelo para dar aquellos dineros a los pobres; y aunque al principio San Francisco no vino en ello, viendo luego la inquietud de su compañero, hizo oración y mandó que alzase la bolsa, y echando mano de ella salió una serpiente, que luego con la misma bolsa desapareció.

Otra vez, y también en un camino, se le aparecieron tres doncellas pobres y muy semejantes en la estatura, rostro y edad, que eran la pobreza, la castidad y la obediencia, y a modo de salutación, le dijeron:

—En buena hora venga la señora pobreza.

Y acto continuo desaparecieron.

Cuando veía a otro más pobremente vestido que él, se reprendía a sí mismo y se animaba a mayor pobreza, pareciéndole gran mengua para él que alguien le aventajase en ser pobre. Y sucedió en cierta ocasión, que, estando cubierto con una capa por sentirse enfermo, encontró en la calle a un pobre y le dió la capa; y porque su compañero trató de detenerle, le dijo;

—Yo me tendría por ladrón delante de Dios si no diese esta capa al más pobre.

Cuando le daban algo solía pedir licencia para darlo a su vez a otro más pobre; si encontraba a alguno, y si tropezaba en su camino con algún pobre que llevase carga, ayudábale a llevarla.

Gustaba más de la limosna que él pedía de puerta en puerta que de aquellas que le daban sin haberlas pedido, y si le convidaban a comer personas graves, iba primero a pedir, como los po-

bres, de puerta en puerta. Cuando mandaba a sus frailes a la postulación, solía decirles:

—Id, que para eso ha enviado Dios a los frai-

San Francisco ofrece al Señor los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, representados por tres bolas.

les Menores al mundo, para que sus escogidos les den limosna y cumplan con la misericordia de que el Juez les ha de pedir cuenta el día del Juicio.

Cierto día de Pascua florida, estando fuera de

poblado, y tan lejos de él que no pudo ir a pedir limosna, deseando imitar al Señor cuando en figura de peregrino fué convidado de los dos discípulos que iban a Emmaus, pidió limosna a sus propios frailes, que con él estaban; ellos se la dieron, y el bienaventurado Padre la recibió con gran humildad y alegría.

Hallándose enfermo en cierto lugar algo distante de Asís, fueron a buscarle para conducirle a ella varios hombres de dicha ciudad, y como no encontraran en el camino cosa que comer, aunque estaban dispuestos a comprarla con su dinero, se lo dijeron a San Francisco, y éste les ordenó que pidieran por amor de Dios lo que no habían podido lograr por el dinero. Hiciéronlo así, y pronto volvieron cargados de cuanto necesitaban para sí y para el Santo.

Otra vez fué un hombre a pedirle que le diese el hábito de novicio, y nuestro bienaventurado le respondió que para ello era necesario que el solicitante repartiera su hacienda entre los pobres.

El postulante se la dió a sus parientes, que eran ricos y no tenían de ella necesidad.

Súpolo el Santo, y no le quiso admitir en la Orden, diciendo que el que no sabía dar su hacienda a Dios, menos sabría darle su persona.

Habiendo caído enfermo de alguna gravedad en una ermita de las cercanías de Bieti, acudió un médico de la ciudad a prestarle sus auxilios, y lo hizo con piadosa solicitud. El siervo de Dios, de índole generosa y noble, los aceptó, experimentando aflicción y congoja indecibles al verse en la imposibilidad de remunerar los desvelos de su bienhechor; mas Dios, cuya magnanimidad es infinita, no permitió que el médico se quedase, aun en este mundo, sin la recompensa de su desinteresada acción, y la premió largamente en nombre de nuestro bienaventurado del modo siguiente:

En una casa que entonces acababa de construír

con los ahorros de muchos años de trabajo en su carrera, se presentó una tan ancha y tan alta grieta, alcanzando desde el suelo hasta el techo, que aun aplicada toda la industria del arte humano no parecía posible evitar la entera ruina. El médico tenía ya muy probada la gran virtud y merecimientos del siervo de Dios.

Pidió con tan devoto afecto como encarecimiento a los religiosos compañeros del Santo que le consintiesen llevarse un objeto cualquiera que él hubiese tocado ó usado; y tanto rogó e instó, que finalmente le dieron unos cabellos de Fray Francisco.

El corrió lleno de confianza a ponerlos en el hueco abierto del muro. A la mañana siguiente halló cerrada la hendidura, sin que quedara el más pequeño vestigio y ni aun le fuese posible extraer las reliquias.

Por esta manera al que con tanta solicitud y diligencia había curado la quebrantada y ruinosa salud del bendito Padre, Dios premiaba salvándole la casa de cierta y segura ruina.

X

De la gran piedad de San Francisco, y del dominio que ejercía sobre los mismos seres irracionales.

La piedad, que para todo aprovecha, según dijo San Pablo a Timoteo, era en San Francisco como una segunda naturaleza. Tan penetradas tenía de ella todas las potencias de su alma, y tan embebidos todos los sentidos de su cuerpo.

Este dón le encumbraba por *devoción* al trato familiar con Dios, transformándole en Cristo con encendidos amores de *compasión*, y dándole con

afectos de benigna *condescendencia*, ternura y entrañas de padre para sus prójimos.

Ardía su alma en inextinguible sed de conversión de pecadores, y quedaba como bañado de suavísimas fragancias cada vez que llegaba a sus oídos que había trocado y robado para la virtud los corazones de las gentes el olor de la buena fama de sus religiosos esparcidos por el mundo.

Los triunfos apostólicos de éstos inundaban su alma de gozo, y no hallaban bendición ni alabanza que no enviara colmadamente sobre aquellos que con obras y palabras ganaban pecadores al amor de Cristo, y nada, en cambio, traspasaba su alma con dardos de acerbo dolor como que alguien ultrajara, o lo intentase con sus obras, a la santa Religión.

—De Ti, ¡oh Dios, tres veces santo!—exclamaba indignado—, de Ti y de toda la corte celestial, y de mí, pequeñuelo tuyo, sean malditos los que con perversos ejemplos afean, confunden y destruyen cuanto por los santos religiosos de mi Orden, Tú plantas y edificas, y no cesas de plantar y edificar.

Las imperfecciones o descuidos de los suyos le causaban tanta pesadumbre y tristeza, que el sufrirlos parecía superior a sus fuerzas, y sólo lo soportaba merced al auxilio de la divina clemencia, que le enviaba abundantes consuelos.

En cierta ocasión, todo turbado y afligido por malos ejemplos que había oído referir de uno de su Orden, elevó al Señor una tan tierna oración por sus Hijos, que Dios se dignó alentarle con estas palabras:

—¿Por qué te turbas, pobre hombrecillo? ¿Cómo así te entristeces y abates? ¿Hete puesto Yo acaso por pastor sobre mi Religión de tal suerte que no sea Yo su principal patrono? He hecho de ti un hombre sencillo a fin de que cuanto Yo en ti y por ti obrase, no a ti ni a virtud o destreza humana

sino a la virtud y gracia de arriba sea atribuído. Yo soy quien llamo, y mío es, por tanto, el prosperar y apacentar; en el vacío que unos dejen; levantaré otros para llenarlo, y si fuere preciso haré que nazcan, pues tengo voluntad de que esta Religión, como quiera que otros la conturben o sea combatida, salva permanezca sobre los siglos.

Por esta íntima ley de su espíritu detestaba y execraba con aborrecimiento profundo el vicio de la detracción, enemigo que emponzoña y enturbia las aguas de la piedad y de la gracia en su mismo manantial, y a la que él denominaba la más cruel mordedura de serpiente, y peste atrocísima y sobre toda ponderación abominable; porque el detractor se ceba deleitosamente en la sangre de las almas que ha muerto con la espada de su lengua.

Oyó un día a un religioso denigrar la fama de otro, y vuelto a su Vicario general, le dijo:

—¡Ea, ea! Cumple ahora mismo con tu oficio; busca diligentemente si es o no culpable el religioso de quien así oyes hablar; si ha pecado, atiende a reparar el escándalo; si es inocente, haz que sirva a todos de escarmiento el acusador con duro castigo.

Toda clase de tribulaciones y congojas ajenas hallaban franco el paso a sus entrañas, y resonaban en ellas con ecos de tierna misericordia. No había pena o miseria que no taladrase su pecho, ni que dejara de remediarla en todo lo posible por amor a Cristo.

En él eran ingénitos el amor y la mansedumbre; pero la gracia dobló y realzó en este punto la obra de la Naturaleza. A la vista de un desvalido se le partía el corazón, y si no podía socorrerle, le consolaba con palabras de amor.

A cierto religioso que había rechazado a un pobre importuno con alguna aspereza le ordenó pos-

trarse a sus pies, reconocer su culpa y pedirle perdón y el favor de sus oraciones.

Hízolo pronta y humildemente el religioso, y el santo Padre añadió estas dulcísimas palabras:

—¡Oh, hermano! El pobre que ves a tus ojos es espejo en que se muestran Dios y su pobre Madre benditísima. Asimismo, mira en los enfermos aquellas pavorosas dolencias y tormentos que por nosotros se dignó padecer.

Tal era también la dulce ley de su espíritu en este cristianísimo y ejemplar varón, de ver siempre en los pobres y en los enfermos una viva imagen de Cristo. En hallándolos por su camino no se contentaba con repartir con ellos lo superfluo o sobrante que pudiese llevar consigo, sino que hasta lo más estrictamente necesario, por ventura entonces mismo recibido, les cedía; y aun estimaba que sólo ofreciéndolo cumplía con la inexcusable restitución de una cosa que por derecho era suya.

Levantando la consideración al primero y supremo origen de todas las cosas, subían abundantemente las aguas de la piedad en su alma hasta anegarla de dulzura y enternecimiento por todas las cosas creadas, llamándolas *hermana* o *hermano*, porque en todas ellas descubría las huellas luminosas de la misma mano que le había dado a él el sér y favorecido con dones excelentes.

Las criaturas irracionales que por una semejanza natural nos recuerdan la piadosa mansedumbre de Cristo y son sus símbolos en la Sagrada Escritura, cautivaban, sobre todo, su corazón. Así, qor ejemplo, el balar de un cordero conmovíale hondamente, ya moviéndole a dulcísima tristeza, ya a encendida caridad, y si veía que los llevaban al matadero, se le representaba a aquel Cordero mansísimo que para redimir a los pecadores sufrió ser clavado en una cruz; y era tal su

dolor, que las gentes, compadecidas de él, se los regalaban o los volvían al redil.

En cierta ocasión, y hallándose hospedado en el monasterio de Verecundo, cerca de Gubbio, un feroz jabalí, cogido en los bosques vecinos, dió

muerte a un corderillo recién nacido, y al saberlo el Santo, comenzó a lamentarse de esta manera:

—¡Oh, hermano corderillo, inocente y dulce animalillo, imagen tan enternecedora de Cristo! ¡Desaparezca pronto esa bestia impía que a ti te dió muerte y a mí tal dolor! ¡Haz, Señor, que nadie, ni hombre ni bestia, coma de ella!

Y así se cumplió al pie de la letra, pues pocos días después contrajo el jabalí una rara enferme-

dad que le pudrió todo el cuerpo, y arrojado éste a un muladar después de muerto, nadie, ni hombre ni bestia, se determinó a probar su corrompida carne.

A esta piedad que San Francisco sentía hacia los seres irracionales, correspondían éstos con un afecto cariñoso al Santo, que causaba la admiración de todos. En cierta ocasión, y hallándose en la casa de Santa María de los Angeles, regaláronle una ovejita recién nacida, que nuestro bienaventurado aceptó agradecido por la sencillez e inocencia de que son viva representación esa clase de animales.

Con paciencia inimitable enseñó el siervo de Dios a la ovejita a estar atenta y recogida durante los divinos oficios, a no causar a los religiosos ninguna molestia, a saltar y correr en las horas de recreo y a permanecer silenciosa en las de silencio y recogimiento; el animalillo, como si entendiese claramente la razón y fuerza de estas enseñanzas, las ponía por obra con el mayor esmero.

Pues si oía que los religiosos cantaban en el coro, ella entraba al punto en la iglesia, y doblados los brazuelos, echábase, como humillada, en el suelo, y permanecía en esta postura largo rato, sólo enviando alguna que otra vez muy suaves y apenas perceptibles balidos al altar de la Virgen María, como si en alabarla quisiese alternar con los religiosos, demostrando cuán atenta estaba a lo que se hacía.

Y otras veces penetraba en el templo durante la solemnidad de los oficios, y al llegar el sacerdote a la elevación doblaba y encogía todo el cuerpo muy apegada al suelo, como si por aquella criatura irracional el Sumo Hacedor diese a muchos en rostro con su indiferencia y les convidase a todo respeto y veneración para con el augusto misterio de Cristo sacramentado.

Porque le despertaban vivamente en el alma el recuerdo del divino mansísimo Cordero, gustaba por extremo tener siempre consigo algún cor-

derillo. Uno que por obsequio, y saberse esta devoción, le había sido ofrecido durante su estancia en Roma, lo dejó, al abandonar la ciudad, a una noble dama llamada Jacoba de Siete Solios, y el corderillo, instruído y formado en materias espi-

rituales en la excelente escuela de San Francisco, hacíase el inseparable compañero de la piadosa matrona cuantas veces iba ésta a la iglesia.

Si alguna vez, vencida Jacoba del sueño, no despertaba a la hora acostumbrada, el corderillo daba topetadas en la cama y fuertes balidos, hasta que la veía levantada, y entonces la animaba con toda clase de demostraciones a que no dilatase la hora de ir a la iglesia a saludar al Señor.

Hallándose en Grecci presentaron al siervo de Dios un lebratillo, y él lo puso en el suelo para que recobrara su libertad; pero como Francisco le llamase, de un salto se le fué al regazo.

Acogióle y acarició el Santo con piadoso afecto y con compasiva ternura como de madre, largo rato. Habiéndole, por fin, amonestado de que no se dejara prender otra vez, porque tras de la libertad le iba el perder la vida para cebo del gusto humano, le soltó.

Pero el animal había ya experimentado el amoroso calor del Santo, y como si por un secreto instinto adivinara y percibiera esas tiernas y compasivas entrañas que hacían de él amparo y corazón de todas las criaturas, aun irracionales, cuantas veces probaron a darle libertad otras tantas volvió a los brazos del siervo de Dios; hasta que por orden suya le buscaron más seguro abrigo en apartadas soledades.

Otro caso a éste parecido aconteciólе en Perusa con un conejillo que le ofrecieron, el cual, pugnando desesperadamente por escapar de las manos del cazador, en cambio se entregó festivo y alegre en las manos del Santo, de donde sólo por mandato suyo lograron desprenderle.

En cierta ocasión, al bordear las orillas del lago de Rieti, un pescador le regaló un ave acuática, acabada de coger. Aceptóla el Santo; pero doliéndose enseguida de verla cautiva, abrió las manos y la dejó en libertad; mas el ave tan blando había

encontrado el lecho de la mano de San Francisco, que ni aun empleando la fuerza fué posible ahuyentarla de allí.

Ante tamaño prodigio experimentó el siervo de Dios tan suave y viva emoción, que, levantados al cielo los ojos, quedó mudo y arrobado en altísima meditación, de la que no volvió en sí hasta pasada una hora, para convidar a la dócil ave a remontar su vuelo en alabanza y bendición de Dios, y que llevase a sus compañeras nuevos motivos de gratitud hacia el Supremo Hacedor.

Durante la navegación del Santo por el susodicho lago sucedió algo parecido con un pez de extraordinarias dimensiones. El siervo de Dios lo dejó en el agua para devolverlo a la vida con la libertad; pero un raro y secreto instinto le mantuvo en la superficie, siguiendo con saltos y aleteos a la nave en que iba Francisco, con extraornario asombro y regocijo de cuantos en ella estaban; y hasta que el Santo le hubo dicho muy amables y muy blandas palabras, como si fuese criatura racional, y le hubo bendecido, el pez no se sumergió.

El espíritu del Santo se derramaba por la Naturaleza ufanosamente; ni uno solo de sus misterios, ni uno de los rayos de su vida le pasaba inadvertido. Paseando un día sobre las lagunas de Venecia, que comunicaban a su alma ansias de recogimiento y de pensamientos eternos, observó que una multitud de pájaros revoloteaba, ya sobre las copas, ya sobre las ramas de los árboles, con alegre algazara y llenando el aire con sus trinos. Una nube de alegría corrió por su rostro, y vuelto al compañero, le dijo:

—¡Oh, cómo alaban al Criador nuestras hermanitas las aves! ¡Cuánto alborozo del cielo! Bañémonos en él; quedémonos aquí en medio de ellas, y a la par con ellas, cantemos nosotros al Señor las alabanzas de nuestro rezo canónico.

Pero el sonoro y bullicioso gorjeo de las avecillas, siendo en tanta muchedumbre, ahogaba las

San Francisco en la cueva del lobo de Gubbio.

voces alternas de los religiosos, por lo cual el Santo hubo de hablarles así:

—¡Oh hermanas avecillas, dejad un poco vuestro canto, mientras nosotros decimos nuestro oficio divino!

Y en el acto, como si fueran criaturas inteligen-

tes, dejaron de cantar, y calladas permanecieron todo el tiempo que emplearon los religiosos en rezar su Breviario. Acabado el rezo, dió el Santo a las aves la bendición, y con ella la licencia para que siguieran alegrando el aire con sus gorjeos, y así lo hicieron.

Hallándose en Sena, enfermo y muy decaído de fuerzas, le envió un noble caballero de la ciudad un hermoso faisán vivo, y así que vió y oyó al siervo de Dios, le quedó por extremo aficionado y amigo, hasta tal punto, que era necesario usar de gran maña cada vez que habían de separarle de nuestro Francisco.

Inútil fué que lo llevaran al huerto del convento y al bosque vecino, devolviéndole la libertad, porque cuantas veces lo hicieron se volvió con raudo vuelo adonde estaba el Santo, lo mismo que si éste le hubiese criado y educado constantemente. Por último, no queriendo darle muerte, lo regalaron a un devoto amigo de los religiosos; pero como si no pudiera el ave soportar la separación de Francisco, negóse a tomar alimento, y viéndole a punto de morir, lo volvieron al convento, donde dió muestras ostensibles de alegría y se puso a comer ávidamente.

Al subir por primera vez al monte Alvernia para pasar allí la Cuaresma de San Miguel, encontró apiñados junto a la choza que le habían preparado muchos pájaros de todas especies, que, cruzando con rapidez el espacio, y gorjeando sin cesar, parecían celebrar su llegada y convidarle a que se quedara.

Ante tan alegre espectáculo se conmovió profundamente el alma delicadísima de Francisco, quien dijo a su compañero:

—Ved, hermano; bien se ve que es voluntad divina que moremos aquí algún tiempo, pues de nuestra presencia reciben tanto gozo y satisfacción nuestras hermanitas las avecillas.

Y así lo hicieron, permaneciendo algún tiempo en aquellos lugares, con frecuencia recreados por el canto de los pájaros y el perfume de las flores. Aconteció que un halcón que allí había, y cuyo nido no distaba mucho de la choza del Santo, se encariñó con él grandemente. Cada noche, en la hora en que acostumbraba el Santo a levantarse para alabar a Dios, el halcón se acercaba a las rendijas de su ventana y cantaba para despertarle con el sonido de sus gorjeos. Hasta qué punto esto alegraba y enfervorizaba al siervo de Dios, es excusado ponderarlo, pues la frecuencia con que de este beneficio divino habló más tarde, harto lo manifiesta.

Si al siervo de Dios le molestaba más que de costumbre alguno de sus muchos padecimientos, dejábale el halcón reposar y señalaba más tardías las vigilias; como si le hubiese instruído el Criador, esperaba a que saliese la aurora para despertar al Santo con la piadosa campana de sus trinos. En tan insignes prodigios es imposible no ver oculto algún alto misterio. Así es, en verdad. Porque ¿quién no descubre en esas bandadas de pájaros que salen a su encuentro y hacen al cielo testigo de su alegría, en ese halcón que ejerce con el Santo oficios angélicos, algo de aquella sublime obra con que Dios había de sellar tan extrañamente su santificación en Francisco, a éste, por seráfica aparición, engrandecer y transportar hasta ser en la tierra un vivo traslado de Cristo?

Mucho más pudiéramos decir de la extrema piedad de San Francisco, sin más que reproducir algo de lo que dice su biógrafo San Buenaventura, a quien acuden todos cuantos desean conocer los pormenores de la santa vida de nuestro bienaventurado; pero bástenos declarar, siguiendo a tan insigne escritor sagrado, que era tal la suavidad y la ternura de su carácter, que se despojaban de su crueldad las bestias más feroces, como suce-

dió, entre otras, con el lobo de la cueva de Gubbio; se amansaban las más indómitas y salvajes, y las de suyo mansas quedaban prendidas en los lazos de su amor, transformada su brutal naturaleza, para rendirlas a la obediencia del hombre caído.

XI

De la caridad de San Francisco.—Indulgencia de la Porciúncula.—Su ardiente deseo de padecer el martirio.

No hay quien pueda ponderar el ardor de la llama de la caridad que inflamaba el corazón de San Francisco, para quien la sola palabra amor era la más regalada música y le enardecía y transportaba haciendo vibrar las cuerdas de su pecho, poniéndoselas en contínua conmoción.

Acostumbraba a decir que era nobilísima prodigalidad, consentida a la criatura, ofrecer a Dios el amor en tributo por sus largas mercedes, y que no acertaba a comprender la necedad de aquellos que, desestimando tan excelente facultad, anteponían a ella, y sobre ella realzaban, el valor del dinero; con ser sólo el inestimable precio de la divina caridad en sumo grado sobreabundante para enriquecernos con el reino de los cielos, y ser, además, cosa tan manifiesta que amor de quien tan extremadamente ama obliga a dar prendas de parecido amor.

Mas para que todas las cosas fuesen para su alma otros tantos despertadores del amor de Dios, *en todas las criaturas contemplaba alegremente las manos del Señor, y en ellas se gozaba;* y por los rayos de ese extático júbilo trascendía y se encumbraba hasta la vivífica razón y causa suprema de lo creado. En las cosas hermosas miraba al que es clara fuente de toda universal hermosu-

ra; por las huellas de su paso por la creación, y por los destellos de su lumbre vibrante en el espacio, deleitábase en correr tras el Amado; y haciendo de todas las cosas escalera, ascendía y volaba pasando de caridad en caridad y de amor en amor hasta quedar en brazos de Aquél que, según el *Cantar de los Cantares*, es todo El codiciable.

Amaba a la Madre de Nuestro Señor Jesucristo con regalada ternura, considerando que por Ella ha venido a ser nuestro hermano el Señor de la majestad y gozado el hombre de la divina misericordia, y en la Virgen María, después de Dios, puso toda su confianza. Lazo de unión intenso le unía con los ángeles, espíritus abrasados del fuego del mirífico amor, para elevarse a Dios e inflamar las almas de los escogidos, y por devoción a ellos ayunaba desde la Asunción por espacio de cuarenta días, así como en honor de la Madre de Dios ayunaba desde la fiesta de los Santos apóstoles Pedro y Pablo hasta la fiesta de la Asunción, siendo entre los moradores de la Corte celestial el que acudía con más frecuencia a su memoria el arcángel San Miguel, a quien está encomendado el oficio de presentar a Dios las almas.

Excitaban también sus sentimientos de amor todos los bienaventurados, pero muy especialmente los Apóstoles, y entre ellos San Pedro y San Pablo, por la ardiente caridad en que sobresalen, y en honor de ellos ayunaba otros cuarenta días.

El ardor excesivo de su caridad remontábale con tal ímpetu hacia lo divino, que rebosaba y se extendía por venas de afectuosa ternura sobre todos sus semejantes en naturaleza o en gracia, y no se estimaba por verdadero amigo de Cristo si no vivía totalmente entregado a buscar y procurar la salvación.

El serafín humano San Francisco se abrasaba, se derretía y se consumía en amor de Dios y del prójimo. Había casi perdido la vista de tanto llo-

rar por la Pasión de Jesús, exclamando día y noche: «¡El Amor no es amado!» Cada vez que miraba a Jesús crucificado, decía: «¿Por qué, Jesús mío, estáis Vos en la Cruz, y no yo?» Otras veces se desahogaba repitiendo millares de veces:

«¡Dios mío, quién sois Vos y quién soy yo!» Casi siempre tenía en su corazón y en sus labios estas palabras: «¡Dios mío, y todas las cosas!» *Deus meus et omnia!*

Estando en estos deliquios, apareciósele un ángel del cielo y le ordenó que pasase a la iglesia de Porciúncula, porque le estaban esperando le

sús y su Madre María Santísima. Apenas llegó Francisco a Nuestra Señora de los Angeles, le dijo Jesús:

—Francisco: ya que son tan ardientes tus anhelos de la conversión de las almas, pídeme lo que deseas.

Postrado Francisco en tierra, y confuso por el temor reverencial, le dijo:

—Altísimo Señor: por los méritos de vuestra preciosísima sangre os pido que todos los fieles que entraren en esta iglesia contritos y confesados, ganen indulgencia plenaria y remisión de todas sus culpas, quedando libres de todas las penas y reducidos al feliz estado en que los puso la primera gracia que recibieron en el Bautismo. Y para alcanzar esta gracia, pongo de medianera a vuestra Madre María Santísima.

Dicho y hecho: mediante la intercesión de la Reina de los Angeles concedió Jesús a Francisco todo cuanto había pedido, con la condición de que esta gracia fuese confirmada por el Sumo Pontífice. Este le dijo que en la Iglesia no había costumbre de tan amplias indulgencias, y Francisco respondió:

—Yo no pido nada; Jesús y María me han mandado a Vos, y no os hago más que recordar lo que me han dicho.

Entonces el Sumo Pontífice le replicó:

—Y ¿para cuántos años pides esta indulgencia?

Y San Francisco le respondió:

—Santísimo Padre: yo no pido años, sino almas; almas os pido, almas para el cielo y nada más.

Por fin el Sumo Pontífice, por más que los Cardenales se oponían al principio a ello, conociendo que así era la voluntad de Dios, le concedió todo cuanto había pedido.

Para señalar el día 2 de Agosto para esta indulgencia, el Señor convirtió en un hermoso rosal

la zarza en que se había revolcado San Francisco de Asís, y aun hoy se ve esta zarza, que, en lugar de espinas, produce rosas, y las hojas con manchas de sangre, en memoria de la sangre que San Francisco había derramado en ella. El Señor confirmó con varios milagros la Indulgencia de Porciúncula, y en su promulgación los siete Obispos que habían asistido a Asís, se propusieron publicarla sólo por diez años; pero Dios movió, contra la voluntad de los mismos Obispos, su lengua, y todos ellos fueron sucesivamente repitiendo: *perpetuamente...*

Los Sumos Pontífices extendieron esta indulgencia a todas las iglesias de religiosos y religiosas de la Orden de San Francisco, y la hicieron aplicable a las benditas ánimas del Purgatorio.

Inflamábase su corazón al pensar que sólo por ellas se dignó dejarse enclavar en un madero el Unigénito del Eterno Padre, y de ahí sus amorosas quejas, sus perpetuos cuidados y el sonido de sus ardientes suspiros al orar; de ahí sus ternísimos gemidos, sus dulces razonamientos y sus recias congojas, que publicaba haciendo testigos a los montes y a los valles, a las fuentes y a los prados, a los árboles y a las flores de ellos. De ahí aun la vehemencia de su pasión arrebatadora en el predicar; de ahí también en dar ejemplo su vigilancia extrema.

Cuando le reprendían por su gran austeridad, contestaba que era para él suave y dulcísimo saber que se extremaba a fin de servir a otros de estímulo y ejemplo, y, repitiendo las palabras de San Pablo a los corintios, añadía:

—Si yo hablase lenguas humanas y angélicas y no tengo caridad, vengo a ser como metal que resuena o como címbalo que retañe.

En las vehemencias de su caridad se abrasaba el siervo de Dios con el triunfo de los santos mártires, en quienes ni la llama del amor divino

fué nunca amortiguada, ni la fortaleza desmayó alguna vez.

Incesantemente suspiraba, estrechado por aquella *subida caridad que echa fuera el temor*, por ser en la llama del martirio sacrificado para Dios como hostia viva, de suerte que, devolviendo a Cristo muerte por muerte, en todos también avivara el celeste y divinal amor.

Y es así que, apenas cumplidos seis años de su total consagración a Dios, llevado del deseo del martirio, determinó pasar a la Siria para predicar la fe cristiana y penitencia a los sarracenos de aquellas regiones; pero vientos contrarios embistiendo la nave, la arrojaron hacia la Exclavonia, y vióse obligado, con pesar suyo, a desembarcar; y allá permaneció por algún espacio, hasta que, perdida toda esperanza de hallar en un tiempo próximo nueva embarcación para Siria, se resignó a aprovechar el paso de unos mercaderes que hacían rumbo a Ancona.

Tampoco esto fué sin providencial designio de lo Alto, para que una vez más resplandecieran la virtud y el poder portentosos que acompañaban al Santo. Porque ni él contaba con medios para satisfacer las exigencias del patrón del barco, ni éste consentía en admitirle sino mediante el pago inmediato del importe del pasaje.

El Santo entonces, después de encomendarlo a Dios, acudió a una singular estratagema, que fué introducirse con su compañero ocultamente en la nave.

Sin duda fué divino el consejo que a ello le impulsó, porque antes de dejar el puerto llegó al barco un desconocido, a quien, piadosamente pensando, envió Dios, llevando todo lo necesario para una larga travesía, y entrególo, no sin llamar primeramente aparte a uno de los mercaderes, muy temeroso de Dios, a quien dijo:

Ocultos están en la nave aquellos dos pobres

religiosos; toma cuanto he traído y empléalo para su sustento en horas y forma que lo hayan menester.

Dióse la nave a la vela, y con vientos prósperos corrió hasta perder la tierra de vista; pero una vez ya en alta mar cambiaron de repente los vientos, y en muchos días no pudo adelantar una milla, dando lugar a que, consumidas las provisiones que llevaban a bordo, comenzaron a sentirse en la tripulación los efectos del hambre con sus consiguientes molestias, excepción hecha de Francisco y su compañero, cuyas provisiones no sólo estaban intáctas, sino multiplicadas con prodigiosa abundancia por la Divina Providencia.

Como era tan extremada la aflicción, Francisco entendió que la caridad le obligaba a descubrirse, y presentándose a los demás excusó su presencia en el buque, y ofreció y repartió con ellos lo sobrante de sus provisiones. La palabra del Santo fué para todos un rayo de esperanza y de alegría, y distribuídos entre todos los manjares de los dos religiosos, abastecieron colmadamente a los pasajeros por todo el tiempo que permanecieron en el mar. No les fué difícil con esto persuadirse que sólo merced al siervo de Dios habían escapado de tan inminente peligro de muerte, y como quien ha temblado y vacilado delante del encrespado furor de las ondas del mar y *ha visto las obras y maravillas de Dios en el profundo*, dieron gracias a Dios omnipotente, que siempre hace ostentación de su grandeza, bondad y poderío, en sus siervos.

Cuando desembarcó anduvo por aquella comarca recorriendo pueblos y aldeas, y a su paso sembraba rica simiente de eterna salud, que al punto cosechaba en ópimas gavillas. Pero habíale ganado tan fuertemente la voluntad el ardor del martirio y estimaba en tan poco los mayores sacrificios comparados con dar la vida por Cristo, que se decidió a emprender el camino de Marruecos

para ver si predicando a Miramamolín y a sus súbditos las verdades evangélicas lograba, al cabo, conquistar la corona codiciada.

Dios, que tenía reservada otra que la del martirio á nuestro bienaventurado, no permitió que el Santo realizase sus designios, y al pisar el suelo de España le sobrevino una grave enfermedad que le dió a conocer que si para él era el morir ganancia y lauro, en cambio para la prole que en Dios había engendrado importaba aún mucho que viviera, y así pensó en volver a su Patria para apacentar las ovejas a sus desvelos encomendadas.

No por eso le dejó en sosiego una oculta esperanza, que en realidad sólo sus vivos deseos alumbraban, de conseguir el tan suspirado martirio. Se decidió intentar por tercera vez ir a tierras de infieles, llevar la semilla de la fe evangélica a tan numerosas gentes sentadas en tinieblas de error, y sus tierras regarlas con la sangre. Era ya el año trece de su vida religiosa cuando tras muchos peligros y azarosas aventuras logró pisar las comarcas de la Siria, y no sin graves riesgos de su vida, llegar hasta la presencia del denominado Sultán de Babilonia.

Ardía entonces entre las huestes cristianas de los cruzados y los sarracenos la guerra en su más álgido período, y los dos ejércitos se hallaban acampados en una basta llanura y frente a frente, esperando el momento de entrar en batalla; pero señalando cada día con sangre el odio que unos a otros se tenían, por lo cual era lanzarse a una muerte segura pasar del uno al otro campo con cualquier motivo que fuese.

A más de esto, el Sultán había publicado un bando prometiendo gran recompensa a quien le presentase la cabeza de un cristiano cualquiera; pero lejos de amedrentarse el Santo por ello, arrostró sin vacilar el peligro encomendándose a

Dios con fervorosa y larga oración, de la que salió confortado y dispuesto a seguir adelante con su empresa.

Era su compañero a la sazón Fray Iluminado, a quien por virtudes y por alteza de espíritu iluminadísimo, el nombre cuadraba perfectamente, y con él tomó el camino del campo del moro.

Al traspasar la línea divisoria, como encontrasen dos corderillos, pareciendo esto al Santo feliz presagio, dijo al compañero:

—Confíe, hermano, en el Señor, pues se cumple aquella evangélica sentencia: «He aquí, Yo os envío como ovejas en medio de lobos.»

Llevaban muy adelantado el camino, cuando divisados de unos satélites sarracenos, corrieron hacia ellos como lobos a la vista de mansas ovejas; les prendieron sañudamente, y entre escarnios, baldones, afrentas y toda suerte de malos tratos, incluso despiadados golpes, les maniataron con durísimas y fuertes amarras.

Después de no pocos padecimientos, quiso la divina Providencia que fuesen llevados a la presencia del Sultán, conforme a los deseos del Santo, pero, sobre todo, porque despertó en los soldados codicia el pensamiento y la esperanza del premio.

El príncipe se extrañó al verlos, y les preguntó quiénes eran, quién les enviaba, para qué fines y cómo y por qué medios habían logrado penetrar en el campo sarraceno.

Con varonil y alentado pecho habló Francisco, diciendo, entre otras cosas, que no le enviaba un hombre mortal, sino que iba en nombre de Dios Omnipotente para enseñarle a él y a los suyos las vías de salud, anunciándoles el Evangelio; tales fueron la novedad de su doctrina, la elocuencia de su palabra y la unción y fervor de espíritu con que habló al Sultán, que éste, mudo y absorto ante aquel prodigio de ciencia y virtud, no sólo le es-

cuchó con deleite, sino que le rogó con vivas instancias que prolongase su estancia entre los sarracenos.

El siervo de Dios le contestó:

—Si tú y tu pueblo os convertís a la fe de Cristo, yo, por su amor, me quedaré entre vosotros

gustosamente; y si titubeas en dejar la ley de Mahoma por la fe de Cristo, haz que enciendan una gran hoguera, y yo y tus sacerdotes entraremos en ella para que el resultado de esta prueba te descubra cuál de entrambas religiones ha de ser tenida por verdadera.

A lo que el Sultán replicó:

No creo yo que, para testimonio y defensa

de su religión, quiera ninguno de mis sacerdotes aventurarse a esta prueba, ni arrojarse a padecer tormento alguno.

El Sultán había observado que, mientras el Santo hablaba, un sacerdote mahometano, ya anciano y muy respetado entre todos, había vuelto las espaldas, desapareciendo de su vista, y esto, sin duda, dictó su respuesta. Pero el Santo insistió, diciendo:

—Si me prometes que tú y tu pueblo creeréis en la verdad de mi fe si salgo ileso del fuego, yo sólo penetraré en él. Si las llamas me devoran, atribúyelo a mis pecados; pero si me escudara la virtud de lo Alto, confesad a Cristo, potencia y sabiduría de Dios, por Dios verdadero y Salvador de los hombres.

Tampoco aceptó el Sultán esta propuesta, diciendo que temía levantamientos entre sus gentes. Quiso, sin embargo, cargarle con preciosas dádivas, que el varón santo, ávido, no de mundanales tesoros, sino de la salud de las almas, despreció como si fuesen lodo.

Al Sultán maravilló y dejó tan estupefacto esta alteza de ánimo y este despego de las cosas del mundo, de Francisco, que el entusiasmo y la devoción no le cupieron en el pecho. Y aunque no quiso pasarse a la fe cristiana, rogóle con insistencia que se llevasen consigo los tesoros que le había ofrecido y los repartiese, para salud y bien de su alma, entre iglesias pobres o cristianos menesterosos.

Mas el Santo, fuese porque en su ánimo causaba siempre hastío y pesadumbre el dinero, fuese porque no veía en la donación la raíz de una piedad verdadera, con diversas excusas rehusó aceptarlo.

XII

Del espíritu de oración de San Francisco de Asís.

La ardiente caridad del Santo de Asís le hacía estar siempre ocupado en la meditación y contemplación del Señor y viviendo de la oración, porque el que mucho ama mucho desea tratar con la persona amada, y todos sus tesoros y su bienaventuranza pone en aquel que tiene por sumo bien.

Así lo hacía San Francisco, el cual, para mostrarnos este afecto, repetía muchas veces la oración *Deus meus et omnia:* Mi Dios y todas las cosas; porque en El veía y hallaba todas las cosas, y fuera de El ninguna estimaba.

Por esta causa, cuando su pensamiento, remontándose y sosegando en las más sublimes y serenas mansiones angélicas, y todo su espíritu penetrando hasta las esferas misteriosas que hinche la majestad divina, hacía en ellos morada como ciudadano, o cuando, vuelto en sí, amartelada el alma por el amor divino, corría con encendidos deseos tras las huellas de su Amado, de quien no le separaban más que los deleznables muros de este cuerpo.

Era también la substancia y el enérgico incentivo de sus portentosas obras; que no en industria humana, sino en clara e íntima confianza de la piedad suprema tenían su raíz y su suelo, pues en las manos de Dios ponía perpetuamente todos los intentos y anhelos.

Doctrina suya, siempre imbuída a sus discípulos, era que el varón religioso ha de colocar por cima de cualquier otro pensamiento y deseo un secreto e incesante afán de estar unido con Dios en todo tiempo mediante la oración, firmemente

persuadido de que sin ella no es posible progresar y crecer en el divino servicio.

En toda coyuntura, y con ardiente y sincero acento, solicitaba y enamoraba las voluntades de sus religiosos a la hermosura y suavísima virtud de la oración. Mientras él, como perfecto maestro, de camino o recogido en un convento, en su

interior y en su exterior, en el trabajo y en el descanso, tan entregado, tan embebido estaba perpetuamente en la oración, que ésta se transparentaba por defuera como hartura y henchimiento de su corazón y de su cuerpo, de todos sus sentidos y potencias, y de todas sus obras y de todo su tiempo.

Cuando conseguía disfrutar en la soledad del suspirado reposo que muchas veces le estaba vedado por la incesante actividad a que le obligaban sus tareas apostólicas, corría a ocultarse a

los más espesos bosques, y haciéndoles testigos de sus gemidos y regando con sus lágrimas las veredas, dejaba correr libres los afectos más hondos de su corazón, impacientes ya por salir de él.

Con palabras de encendido amor conversaba familiar y dulcísimamente con Dios, y ya le consideraba y respondía como a Juez, ya le rogaba como a Padre, ya discurría con El como con el amigo más íntimo, o intercedía con tiernas palabras y fuertes sollozos y gemidos ante la divina clemencia por la muchedumbre de pecadores, o bien daba lastimeras muestras de agudísimo dolor recordando y meditando la Pasión de Cristo nuestro Señor.

A veces, orando en lo más profundo de la noche, extendía insensiblemente sus brazos en forma de cruz, y caída sobre el pecho la cabeza, todo su cuerpo se erguía y se desprendía del suelo y se elevaba poco a poco. Una nube toda traspasada de claridad envolvía su cuerpo, como pronóstico y sombra de las purísimas iluminaciones que henchían, depuraban y sublimaban el interior de su alma.

A veces también, según lo dejaban adivinar con certeza numerosos y señalados indicios, Dios descorría piadosamente a sus ojos el velo de las cosas por venir y el del santuario de los más recónditos arcanos de su sabiduría, bien que él no lo divulgase nunca, si no le obligaban caridad manifiesta o notable provecho para el prójimo. Pues solía decir:

—Fuera temerario por el azar de leve ganancia arriesgar negocio de tan alta monta y perder la voluntad de quien tan piadosamente nos lo confió.

Cuando salía de sus oraciones privadas, en donde recibía con la mayor frecuencia tales divinas mercedes, hasta quedar trocado en otro hombre, cuidaba en gran manera de ajustar y componer al tenor y nivel de los demás religiosos la

compostura de su rostro, el orden de sus palabras y todas sus obras, no fuese que, perdiéndose por las obras exteriores, menguara adentro el hervor del espíritu, o que la alegría derramada por el rostro sembrara en el ánimo lobreguez y vaciedad.

Si a través de una palabra, o súbitamente herido por un recuerdo, percibía mientras se hallaba

con otros el rumor de los pasos del Esposo acercándose, o le llegaban unos primeros destellos del calor de su inflamado aliento, para que o el semblante, o las palabras, o las obras no pusieran en descubierto la intensa acción del divino Espíritu y los suavísimos y familiares abrazos del celestial Esposo, tomaba cualquier pretexto para robarse a los ojos de los demás.

Actos tan notablemente extraordinarios, como gemidos, snspiros hondos y rumorosos, o inflamadas exclamaciones, evitábalos con sumo cuidado, fuese porque aun el aire de la ostentación le ofendía, fuese porque, retraído y estrechado todo él en su interior, estaba engolfado en Dios

profundamente; y más de una vez dijo a sus religiosos:

—Cumple al siervo de Dios, si divinamente es visitado, prorrumpir en estas o parecidas palabras: ¡Ah, Señor! ¡Ah, Señor! ¿Cómo a pecador e indigno en extremo habéis enviado celestial consuelo? Yo lo dejo a cargo y amparo vuestro, porque me reconozco ladrón de vuestros tesoros. Pero saliendo de recibir tales divinos favores, ha de reputarse y presentarse a los ojos de los demás como pobrecillo y pecador, y como quien no ha recibido jamás gracia alguna extraordinaria.

Rezaba las horas canónicas con gran devoción, y por quebrantado que le tuviesen sus habituales dolencias y achaques, nunca se apoyó en un muro, ni buscó otro apoyo cualquiera, ni consintió cubrirse con la capucha, ni permitió a sus ojos ni a su lengua faltar en una tilde a la integridad de las palabras del rezo.

Cuando iba de camino deteníase para rezar, sin omitir nunca esta reverente costumbre aunque lloviese copiosamente, y a los que le hacían alguna observación sobre esto, les decía:

—Si el cuerpo cuando come el manjar corruptible quiere estar con reposo, ¿por qué no lo ha de estar el alma cuando toma y gusta el mantenimiento celestial?

XIII

De la devoción que San Francisco profesaba a Jesucristo crucificado, y de sus sentimientos acerca del misterio de la Encarnación.

La sublime perfección de San Francisco tuvo por principio una fervorosa y tierna devoción a Jesucristo crucificado. Este adorable objeto fué para su corazón un poderoso atractivo, la fuente de todas las gracias que recibió y el modelo de todas las virtudes que practicó.

De los dolores del Salvador se formó, como otro San Bernardo, como un manojito de mirra, que llevaba siempre en el seno. Consideraba atentamente los dolores de su Amado, los concebía tan vivamente y estaba tan penetrado de ellos, que lloraba amargamente.

Deseaba que el fuego del amor divino le transformase del todo en Aquel que los había sufrido, y por recompensa de su deseo obtuvo de la admirable bondad este tan señalado favor, que confió a sus compañeros, que le parecía ver casi siempre la presencia del Salvador como si lo viera con sus propios ojos.

En los discursos, cartas y oraciones que se hallan en sus obras, se descubren los admirables sentimientos que tenía por Jesucristo crucificado y cuánto deseaba que todos le conociesen y le amasen e imitasen.

Tres años antes de su muerte propúsose, para hacer sensible a los ojos de los fieles la devoción que a la memoria del Nacimiento de Cristo Señor nuestro es debida, celebrar en Greccio con solemnidad única y extraordinaria, en la medida posible en modestos lugares, la fiesta de este misterio. A fin de que nadie lo condenara por novedad, pedida y alcanzada del Sumo Pontífice la licencia, mandó que preparasen un pesebre tan a lo vivo y natural, que en él no faltara ni el heno en abundancia, ni el buey, ni el jumento. En la hora y día señalados comparecieron los religiosos, acudieron los pueblos vecinos en tropel, llenóse de bullicio la selva, y numerosas y resplandecientes antorchas, y festivos y armoniosos cantares, hicieron espléndida y solemne aquella noche.

El siervo de Dios andaba entretanto de un lado para otro como embriagado por el ardiente vino de la caridad, y su rostro a veces se bañaba en lágrimas, y otras resplandecía con una alegría sin límites.

Sobre el mismo pesebre dió principio el sacrificio incruento, oficiando de diácono el mismo Santo, quien después de cantar el Evangelio predicó el sermón del misterio con tan dulce y persuasiva elocuencia, transportado tan al vivo su espíritu al portal de Belén, que, todo arrebatado y poseído de ternura, parecía a ratos estrechar en sus brazos, a ratos acariciar y decir sencillos y encantadores requiebros, al que no acertaba a llamar más que el *Niño de Belén*. Algo misterioso y extraordinario pasó, en efecto. Un virtuoso y veracísimo soldado, tal que, habiéndose despedido poco después por amor de Cristo de la milicia de la tierra, gozó de muy frecuente e íntima familiaridad con el varón de Dios, el señor Juan de Greccio, refirió y aseguró haber visto recostado sobre el pesebre un hermosísimo y delicado niñito, al cual tomaba varias veces en sus brazos el Santo y parecía despertarle cubriéndole de besos. La verdad de esta pasión la atestiguan por igual la probidad y acrisolada virtud del que la refirió, las acciones y gestos del Santo, que sólo de esta suerte hallan plausible comprensión, y los milagros de muy diversa índole que posteriormente sucedieron.

El misterio del Verbo divino encarnado, aquel gran misterio de piedad que se manifestó en carne, producía en el corazón de San Francisco sentimientos tan tiernos y tan devotos, que prorrumpía afuera por vía de operaciones animadas por un extraordinario fervor, como se ve en la gran solemnidad que hizo en Greccio la noche del santo Nacimiento, como ya queda dicho anteriormente.

«Considerad, decía en sus cartas, considerad que el Altísimo Padre Eterno envió desde el cielo a su arcángel San Gabriel para anunciar que su Verbo, tan digno, tan santo y tan glorioso, descendería en el seno de la beatísima Virgen María.

«Descendió, en efecto, y tomó de ella una ver-

dadera carne humana, pasible y mortal como la nuestra: «Siendo rico se hizo pobre.» Eligió en este mundo la pobreza para sí y para su Santísi-

ma Madre. De este modo se nos dió a nosotros según la voluntad del Padre, para cancelar nuestros pecados en la cruz con el sacrificio de su sangre, y para dejarnos un ejemplo para que sigamos sus

huellas, porque quiere que todos nos salvemos por su medio; pero pocos son los que quieren la salvación que les ofrecen, aunque es suave su yugo y ligero su peso.»

Hablaba de la Encarnación y Nacimiento del Hijo de Dios con muy afectuosa devoción. No podía oír las palabras *Et Verbum carum factum est* sin manifestar una alegría sensible.

Los religiosos de un monasterio en donde se hallaba, habiéndoselo observado un día, tomaron ocasión de aquí de preguntarle si era bien hecho el comer carne en el día del Nacimiento cuando cae en viernes, o si sería mejor abstenerse de ella, a lo que respondió:

—No solamente pienso que los hombres pueden comer carne en aquel día en que el Verbo hecho carne nació por la salvación del mundo, sino que deseara asi mismo que los príncipes y ricos hiciesen esparcir carne y granos por los caminos para que las aves y bestias del campo tuviesen parte, a su modo, del júbilo de una fiesta tan solemne; y quisiera, por otra parte, que se cubriesen las paredes de carne, si fueran capaces de gozar de su substancia.

Ya se puede conocer que estas son unas expresiones hiperbólicas que producía su corazón, conmovido de la alegría espiritual de que estaba lleno; pero diciendo que los hombres pueden comer carne en el día del Nacimiento cuando cae en viernes, hablaba según el uso de la Iglesia, lo que no es ley, sino un simple permiso.

Honorio III lo declaró expresamente al Obispo de Praga en Bohemia, en el rescripto del año 1222: «Nos os respondemos que cuando la fiesta de la Natividad de Nuestro Señor cae en viernes, aquellos que no están obligados a la abstinencia en fuerza de voto o de regular observancia, pueden comer en aquel día carne con motivo de la excelencia de semejante fiesta, según la costumbre de

la Iglesia universal. No obstante, no se debe reprender a aquellos que se abstienen por devoción.»

El Padre San Francisco estaba también vivamente enternecido de la bondad del Salvador, que después del Bautismo se fué al desierto y ayunó allí cuarenta días y cuarenta noches, sin comer en todo aquel tiempo, para expiar nuestras sensualidades y para darnos ejemplo del ayuno.

Honraba este santo retiro con una Cuaresma de cuarenta días, que comenzaba el día 7 de Enero, la pasaba en un lugar solitario, encerrado en una celda, observando en el comer y beber una abstinencia rigurosísima, y ocupándose únicamente en las divinas alabanzas y en la oración, y en esta Cuaresma era cuando recibía de Cristo los favores y gracias más sensibles.

XIV

De su devoción a la Madre de Dios, a los ángeles y a los santos.

El grande amor que profesaba a Jesucristo y al Sacramento que contiene su Cuerpo, Sangre, alma y divinidad, le suministraba un celo y tierna devoción a la Santísima Virgen, que, según dice San Buenaventura, no se puede explicar.

Púsose con toda su Orden bajo la protección de esta beatísima Madre de Dios, a quien tomó por abogada, poniendo en ella, después de Jesucristo, toda su confianza. Porque decía: «Esta Señora es la que ha hecho a este Dios de majestad hermano nuestro, y por su medio nosotros hemos obtenido misericordia.»

Se ha observado que hacía una Cuaresma de siete semanas en honor de su gloriosa Asunción, y la pasaba con grandes sentimientos de piedad.

Véanse los elogios y oraciones que la hacía de ordinario:

«Yo os saludo, María, Madre de Dios, siempre Virgen, Señora y Reina Santísima, en la que está y ha estado toda la plenitud de la gracia y toda especie de bienes. No ha nacido entre las mujeres otra semejante a Vos. Vos sois la hija y esclava del Padre celestial, el gran Rey de la Gloria; El os ha escogido para ser Madre de su amado Hijo, y Vos sois la Esposa del Espíritu Santo Consolador. Os saludo. ¡oh, Señora!, Vos que sois el palacio, templo y Madre de Jesucristo nuestro Señor. Yo venero todas las virtudes de que estáis llena. Vos, que sois no menos benigna que hermosa, rogad a vuestro muy amado Hijo, suplicadle por su suma clemencia, por su Encarnación santísima y por su acerbísima muerte que nos perdone todos nuestros pecados. Amén.»

Los indisolubles lazos del amor espiritual—dice el citado doctor—unían a Francisco con las jerarquías de los ángeles, a causa del fuego maravilloso de caridad que les sumerge en Dios y con que inflaman a los escogidos.

El fervoroso celo que tenía por la salvación de las almas lo tenía íntimamente unido con el arcángel San Miguel, porque su oficio es presentarlas al trono de la Majestad divina. Por esta razón, para honrar a estos bienaventurados espíritus, hacía cada año, antes de la fiesta de San Miguel, una cuaresma de cuarenta días, añadiendo al ayuno el ejercicio contínuo de la oración. Otra se había prescrito para disponerse a la fiesta de Todos los Santos, que, según la expresión de Ezequiel, le parecían piedras centelleantes a manera de fuego, cuya sola memoria excitaba a amar a Dios con más fervor. Del grande amor que tuvieron todos los apóstoles a Jesucristo se sentía movido a imitarlos con una singular devoción, principalmente a San Pedro y San Pablo, en

cuyo honor ayunaba desde Pentecostés hasta la fiesta.

Es digno de notar que, aunque este gran Santo

se veía elevado a un grado sublime de oración, no dejaba aquellos exteriores ejercicios de piedad que son comunes a los demás fieles. Esto puede servir de preservativo contra la ilusión que pudie-

se hacer creer que tales ejercicios no convienen a las personas espirituales, y que los místicos deben abandonarlos todos para atender únicamente a la contemplación.

Estaba tan lleno y tan penetrado su corazón de aquella verdadera y sincera piedad que es animada de la caridad, que parecía que tenía absoluto imperio sobre su persona. Lo tenía unido incesantemente con Dios, con los amigos de Dios y con todas las cosas santas; y como dice el Apóstol que sirve para todo, le suministraba también un fondo de bondad, un espíritu de mansedumbre, de condescendencia y de celo para comunicarse al prójimo.

XV

De su caridad para con el prójimo y para con todas las criaturas.

Todos los hombres le eran igualmente caros porque en todos consideraba la misma naturaleza, la misma gracia, la imagen del Criador y la Sangre del Redentor.

Si no hubiera tenido cuidado de la salvación de las almas, que han sido rescatadas por Jesucristo, no hubiera creído ser del número de sus amigos. «Nada, decía, nada debe preferirse a la salvación de las almas», y daba muchas razones, principalmente porque el Unigénito de Dios se dignó ser crucificado en una cruz por ellas.

Por ellas San Francisco vivía y trabajaba; por ellas combatía en cierto modo contra la justicia de Dios, y solicitaba con eficacia su misericordia; por ellas se privaba frecuentemente de las dulzuras de la vida contemplativa, emprendía viajes, predicaba en todas partes, se exponía al martirio, y la edificación suya era para él motivo de practicar la virtud.

Aunque su inocente carne estuviese perfectamente sometida al espíritu, y no necesitase ser castigada por alguna falta, no dejaba por eso de macerarla severamente por la salvación y edificación del prójimo.

Cuando le reprendían su demasiada austeridad, decía: «Yo soy enviado para dar este ejemplo. Si yo no tuviese la caridad de dar tal ejemplo, sería de poco provecho a los demás, y de ninguna utilidad a mí mismo, aun cuando hablase con el lenguaje de los hombres y de los ángeles.»

Cuando veía que una multitud de personas movidas de su ejemplo, abrazaba con todo fervor la cruz de Jesucristo, tomaba nuevo aliento para caminar a la cabeza de aquella tropa devota a manera de capitán valeroso, y para alcanzar victoria del demonio junto con ellas por medio de la práctica de una virtud perfecta e invencible.

La santidad de su vida le daba una gran libertad evangélica en el predicar. Decía con toda la franqueza la verdad, sin tener ocasión de temer los censores, porque había practicado ya y estaba penetrado en todo cuanto decía antes de enseñarlo.

Este celoso predicador no sabía adular. Lejos de mostrarse indulgente con los pecadores les hacía fuertes reprensiones, y usaba primorosas invectivas contra sus disoluciones. No se atemorizaba con la presencia de los grandes del siglo. Les hablaba con la misma vehemencia que a la plebe; y como todas las almas le eran igualmente caras, así con el mismo gusto y con el mismo fervor hablaba a los pocos que a los muchos. Veíase aquí un raro modelo de que deben aprender los predicadores a ser ejemplares, a decir la verdad sin temor, y a no descuidarse en los auditorios cortos.

La ternura de amor que San Francisco tenía por las almas rescatadas por Jesucristo, le hacía

sumamente sensible a sus males. Cuando hallaba a alguna sumergida en el seno del pecado, lloraba con tanta amargura, que era como una madre que le paría con dolores para volverla al Redentor. Su ingeniosa caridad le sugería el dar socorros temporales a los que viven mal, para hacerles entrar en el camino de la salud.

Hallándose un día en el convento de Monte-Casal, Fray Angel, que era su Guardián, le contó que en aquellos contornos había tres ladrones famosos que hacían muchos males a los labradores, y cada día iban a coger por fuerza el pan de la limosna, sin que les pudiese poner ningún obstáculo, a lo que respondió:

—Hermano, si hiciereis lo que voy a deciros, confío en la bondad del Señor que ganareis sus almas. Id a buscar a esos ladrones, los cuales, por ladrones que sean, no dejan de ser hermanos nuestros. Llevadles el mejor pan que tuviereis, con un poco de vino, extended una servilleta sobre la tierra, y con palabras de amor convidadles a comer. Entretanto que estuviesen comiendo, vos y vuestro compañero, con mucho modo, les hablaréis de cosas buenas, y después les rogaréis con mucha humildad que os prometan el no hacer injuria a ninguno. Si os lo prometieren, volved al día siguiente, llevándoles alguna cosa que comer, con pan y vino, y decidles que les lleváis esto por ser vuestros hermanos y amigos, los cuales os han concedido lo que les habéis suplicado. Si así lo hacéis la tercera vez, no dudéis nada. Dios os iluminará y tocará su corazón para hacerles entrar por buen camino.

El Guardián puso por obra su consejo y se ganó tan bien el corazón de los ladrones, que renunciando sus asesinatos, se pusieron a servir en el convento, donde llevaban leña sobre sus hombros. Su conversión fué muy completa, porque uno de ellos entró en la Orden, y los otros

dos fueron a hacer penitencia a otra parte. Fray Angel se valió del mismo medio para convertir a otros tres que solían retirarse sobre el monte, después de haber obtenido del Santo que rogase por

ellos. Los tres se hicieron frailes Menores y vivieron santamente.

Tenía San Francisco un natural y un corazón tan bueno y tan tierno, que amaba a todas las criaturas, y un sentimiento de su natural piedad le

obligaba a darles a todas el nombre de hermanos y hermanas.

Elevándose, dice San Buenaventura, hasta el primer origen de las cosas, consideraba a todas las criaturas como salidas del seno de la divinidad, y conocía que todas tenían el mismo principio que él. En efecto: en la Creación se funda una especie de fraternidad, porque siendo Dios el Padre de toda la Naturaleza, no se puede negar que en este sentido son hermanas todas las cosas que la componen. Y ¿quién podrá reprobar que un hombre tan religioso explique una cosa que está fundada sobre el primer principio de la Religión cristiana? Una expresión tal no menos denota la elevación de su alma, como la piedad de su corazón. Sólo los herejes son los que lo han censurado.

Entre los animales amaba con especialidad a aquellos que le representaban la mansedumbre de Jesucristo, o que eran símbolo de alguna virtud o que daban causa a saludables reflexiones, y Dios se dignó demostrar tal vez por vía de algún milagro cuán grato le era el motivo de tal afecto.

Iba un joven a la ciudad de Sena, a vender unas tórtolas que había cogido en el camino, cuando encontrándose a Francisco, le dijo:

—Ve aquí las aves inocentes con las que compara la Santa Escritura las almas castas y fieles; os ruego con vivas ansias que no las deis a quien las mate, sino que las fiéis a mi cuidado.

Dióselas el joven, e inmediatamente se las puso en el seno. Hablólas como si fuesen capaces de razón, no solamente por aquel instinto natural que de ordinario nos hace hablar a los animales cuando los acariciamos, sino también por un impulso particular del espíritu del Señor; porque predijo un gran milagro, prometiéndolas prepararles sus nidos donde podrían crecer y multiplicarse, según la disposición del Criador.

Habiéndolas llevado así hasta el convento de

Rivaciano, situado junto a los muros de Sena, fijó delante de la puerta su báculo, que al día siguiente se hizo una grande encina verde. Dejó subir sobre ella las tórtolas, las mandó que hiciesen allí sus nidos, como lo hicieron por espacio de muchos años, y estaban tan encariñadas con los religiosos, que iban como gallinas a picar la comida en su mano. Dice el P. Wadingo que este árbol subsiste aún.

No quedó el joven sin recompensa, porque Francisco le declaró que sería religioso de su Orden, y que ganaría en ella la gloria eterna, como, en efecto ocurrió, y vivió muy santamente para merecerla. El milagro fué motivo de su vocación, y al mismo tiempo testificó el afecto del Santo, que amando a las criaturas no amaba sino a Dios.

Así, según refiere de sí mismo San Gregorio Niceno, habiendo plantado su báculo en un sitio donde un río rompía las márgenes y causaba ruinas, el Señor, para honrar la fe de este su siervo y hacer a los infieles que creyesen en Jesucristo, formó en un instante del báculo un gran árbol, y el río no pasó más adelante.

El amor divino en que ardía el corazón de Francisco le hacía amable todo lo que podía inducirle a amar y a servir al Señor. Por esto amaba a los pájaros, cuyo cántico parece que advierte a los hombres que publiquen las glorias del Criador, los cuales, según las palabras de Jesucristo, *no siembran... y el Padre celestial cuida de ellos.*

Tenía gusto de observar en sus plumas el color pardo o ceniciento que había elegido para su Orden, para que se pensase frecuentemente en la muerte, e igualmente la disposición de las plumas en sus penachos, le parecía tener alguna semejanza con la simplicidad de su hábito. Considerando que la cogujada, luego que ha tomado el grano de la tierra para comer, se eleva en el aire y canta.

—Ved aquí—decía lleno de alegría—, ved aquí

un ejemplo que nos enseña a dar gracias al Padre común, que nos da de comer; a no hacerlo sino a gloria suya, a despreciar la tierra y a levantarnos al cielo, donde debe estar nuestra conversación.

Era más aficionado a estos pajarillos que a todos los otros, porque daban ocasión de devotos pensamientos, y tenía de ellos cuantos podía.

La ternura de corazón que San Francisco mostraba con los animales, ha sido ridiculizada por los herejes. No obstante, el Espíritu Santo nos hace saber por boca del sabio, que *el justo tiene cuidado de sus jumentos.*

Excusaba el patriarca Jacob de seguir a Esaú, su hermano, porque tenía ovejas y vacas, las cuales temía no se muriesen por hacerlas caminar demasiado de prisa. Cuando dice San Pablo: «¿Acaso tiene Dios cuidado de sus bueyes?», quiere decir tan sólo que Dios tiene más cuidado de los hombres; y aquel texto de la Ley de Moisés: «No ataréis la boca del buey que trilla», con mayor razón se debe aplicar a los ministros de Jesucristo, para probar que tienen derecho a vivir del altar.

En la antigua Ley se ven muchos reglamentos hechos por el reposo y conservación de las bestias; esto lo hacía Dios a fin de apartar a los hombres de toda crueldad para con sus prójimos; porque se ha observado en todo tiempo que aquellos que son crueles para con los animales, lo son regularmente para con los hombres.

Sin embargo, esta ternura no debe degenerar en una extravagante pasión, que forme de una bestia un ídolo, para con quien sea tal vez mayor el afecto que con las personas, a quienes debiéramos estimar, y de quienes se suele tener más cuidado que de los pobres, que son los miembros de Jesucristo. La mansedumbre natural y el espíritu de piedad mueven solamente a no hacer mal a las bestias y a hacerlas bien. Según este pensamiento, explicando San Juan Crisóstomo las

palabras del Espíritu Santo citadas arriba, dice que los Santos son cordialísimos, que aman a todos, tanto extraños como paisanos y domésticos, y que su mansedumbre se extiende hasta los irracionales.

Sulpicio Severo refiere que viendo San Martín dos perros que perseguían vivamente a una liebre, y que ya iban a coger, les mandó que se detuviesen, y que apenas había abierto la boca, cuando los perros se detuvieron y quedaron inmóviles en el puesto donde estaban, sin moverse hasta que ya la liebre estuvo segura.

Un autor de la Vida de San Bernardo, que había sido secretario suyo, refiere que no sólo los hombres, sino también los irracionales, los pájaros y demás bestias, experimentaban su ternura. Añade que viajando el Santo, y hallando una liebre seguida de unos perros, o un pájaro próximo a caer entre las uñas de un gavilán, los libraba milagrosamente con la señal de la cruz, y decía a los cazadores que eran vanos sus esfuerzos y que no podían coger aquella presa en presencia suya.

Si se ha tenido por conveniente el no omitir en las Vidas de San Bernardo y San Martín esta muestra de su buen corazón, que hicieron apreciable a los ojos de Dios por medio de sus operaciones sobrenaturales y aprobada con efectos maravillosos de su omnipotencia, ¿qué razón tendrán los críticos para censurar en la Vida de San Francisco una cosa del todo semejante?

XVI

De su amor para con los pobres.

El afecto que el siervo de Dios había mostrado con los pobres desde su niñez, en los primeros años de su juventud y al principio de su conversión, se fué aumentando cada día, según que en cada ocasión se ve claramente. San Bue-

naventura dice que no omitió cosa alguna para socorrerlos; dábales las ropas, túnicas, libros, adornos inútiles de altares y cuanto podía haber.

Viósele muchas veces tomar los fardillos de la gente pobre que hallaba en la calle, y aunque débil, cargarlos sobre sus hombros. Cuando volvía de la limosna, la partía con aquellos que se la pedían, y en tanto que le quedaba algo no la negaba a ninguno.

Habiéndole dado en Sena un pobre manto, que por sus enfermedades le era muy necesario, halló al salir de la ciudad a un pobre, y compadecido de su miseria, dice al compañero:

—Démosle este manto, que es suyo: nosotros no le hemos recibido sino en empréstito hasta que hallásemos a alguno más pobre.

Viendo el compañero que el Santo le necesitaba, se esforzó en impedir que se lo diese; pero el Padre le respondió:

—Si yo no diera este manto a un pobre que tiene más necesidad que yo, creyera cometer un hurto que me imputaría el Soberano Señor, el limosnero principal.

Esta es la razón por qué cuando le daban alguna cosa, pedía de ordinario permiso para darla a otro más pobre que él, si caso le hallaba.

Según este mismo principio, hallándose en el convento de Celle, dió no obstante sus males, otro manto que le habían dado por caridad, a una pobre mujer que tenía dos hijos poco menos que desnudos. Habiendo un fraile retirado el manto prometiéndola que la haría dar otra cosa, le dijo inmediatamente Francisco:

—Hermano, póngase de rodillas y diga su culpa; restituya el manto a esa mujer: es suyo, porque es más pobre que yo.

Sus compañeros le procuraron otro, y él le dió asimismo a un pobre de la ciudad de Cortona, que fué al dicho convento a pedir limosna por amor

de Dios, diciendo que se le había muerto su mujer y que le habían quedado dos hijos sin tener con qué mantenerlos.

Díjole el Santo:

—Os doy este manto con condición que si alguno os le pide, por más cosas que os pueda dar no le deis sin recibir lo que vale.

En efecto: sus religiosos hicieron cuanto pudieron para obligar al pobre a que se lo restituyese; hiciéronle presente que no había otro más pobre que aquel que se lo había dado, y que no había otro que le nesesitase más en atención a su poca salud y a lo riguroso de la estación.

Pero aquel hombre, valiendose de las palabras de su bienhechor, respondió que no lo haría si no le daban lo que valía. Así, para rescatarle fué menester que le diese el dinero un amigo a cuya casa le llevaron.

Mientras que el Santo estaba enfermo en Monte Colombo, junto a Reate, habiéndole hablado un día el médico, durante su visita, de la extrema pobreza de una vieja que andaba pidiendo limosna, hizo llamar al Guardián y le dijo:

—Ved ahí un manto que yo usaba hasta tanto que hubiese otro que tuviese más derecho a él que yo. Suplícoos que le enviéis, junto con algunos panes, de limosna, a nuestra hermana que está muy pobre, y que le digan que no se le da sino lo que es suyo. Hago cuenta de que lo que nos dan nos debe servir solamente hasta que se presente alguno que lo necesite más que nosotros.

Para no entristecer al Santo se hizo puntualmente su encargo; pero todo el embarazo consistía en encontrarle otro manto y una túnica, porque había dado también la suya a otro pobre. Interin que el Guardián pensaba en esto, le llevaron una pieza de paño que le enviaban ciertos señores de la corte del Papa, que se hallaban en Reate, con lo cual hubo bastante para vestir a todos los frailes.

Poco tiempo después, sintiéndose Francisco algo más aliviado de sus males, fué a predicar a Celano. Allí halló una pobre mujer casi desnuda que le pidió alguna cosa con qué cubrirse, y él al

punto le dió su manto. Diciéndole ella que no le bastaba, le echó también el de su compañero, al que dijo:

—Suframos, hermano, por algún tiempo el rigor del frío por dar a esta mujer con qué vestirse. No conviene a los verdaderos pobres andar vestidos doblemente por tener calor, mientras se ven

otros a quienes obliga la pobreza a ir casi absolutamente desnudos.

Quería el Santo Patriarca que aquellos hijos suyos que no tenían estudio ni talento para predicar, se empleasen en servir a sus hermanos, y fuesen a los hospitales a hacer los oficios más humildes en servicio de los leprosos, mostrándose no menos humildes que caritativos. Por eso les llevaba a ellos, y era el primero en ponérse a hacer las camas a los enfermos, curarles sus llagas, sacarles la materia y lavarlas, y tal vez las lamía con su lengua.

Cuando pretendían algunos entrar en la Orden, les advertía que tenían que asistir a los leprosos, y muchas veces hacía la prueba en este particular; despedía a los que no se sabían resolver a hacer tales oficios, y abrazaba con ternura a los que se sometían con gusto; los animaba, y hacía amables los leprosos, diciéndoles.

—Estos son los hermanos cristianos.

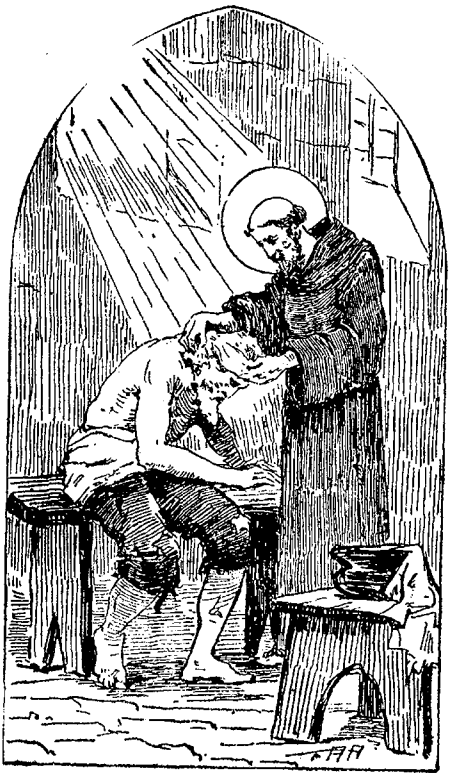
Dándoles este nombre por una singular distinción.

Había en el hospital un leproso tan colérico e impaciente, que cargaba de injurias y de golpes a los frailes Menores que le servían, y llegaba hasta a blasfemar de Dios. Informado San Francisco de cuanto sucedía, se ofreció él mismo al enfermo para servirle.

—¿Qué me habéis de hacer—dijo aquel hombre furioso—, qué me haréis más de lo que me han hecho vuestros compañeros? Después de tanto tiempo que estoy padeciendo esta inaguantable enfermedad, el Señor se ha olvidado de mí; yo estoy desesperado, no puedo vivir más; ninguno puede aliviar mis males, ni vos ni otro alguno.

Conociendo entonces el Santo que el enfermo estaba agitado del espíritu maligno, se retiró un poco, hizo oración por él y volvió a exhortarle a

la penitencia con más poderosos motivos. Cuando vió que se aquietaba, le preguntó qué cosa podía hacer por servirle que le fuese de mayor gus-



to. Habiendo respondido el enfermo que el lavarle todo el cuerpo, porque no podía sufrir su propia infección y mal olor, hizo al punto el Santo calentar agua con hierbas aromáticas, y luego se

puso a lavarle con sus propias manos, mientras el compañero echaba el agua.

Conforme le iba lavando le sanaba, y la divina gracia hacía al mismo tiempo tanta impresión en el alma del enfermo, que cayéndole el agua por el cuerpo, caían también las lágrimas de sus ojos.

Concluído el lavatorio, limpio y convertido en teramente el leproso, confesó públicamente sus pecados, pidió misericordia e hizo una rigurosa penitencia de ellos. Murió al cabo de pocos meses, y apareciéndosele al Santo, le dió gracias por el beneficio recibido, pues por su intercesión, después de un ligero purgatorio, iba a gozar de la Gloria eterna.

En otra ocasión obró Dios un milagro diferente para justificar la caridad de su siervo para con los pobres. En Alejandría de la Palla, ciudad del Milanés, donde fué recibido como un santo, fué convidado a comer por un hombre rico y muy de bien.

Mientras que estaban a la mesa, un impío envidioso de su fama, el cual por desacreditarle observaba todas sus acciones, fingiéndose pobre y estando a la puerta, pidió en alta voz limosna por amor de Dios.

Así que oyó el Santo pronunciar la palabra *amor de Dios,* le envió inmediatamente un alón de un pollo que le habían puesto delante. El fingido pobre, a quien se lo llevaron, lo guardó. Al día siguiente lo mostró a un gran concurso a quien estaba predicando el Santo, e interrumpiendo el sermón, dijo en alta voz:

—Ved aquí lo que come el predicador. ¿Y se le deberá tener y honrar como a santo?

Pero su malicia quedó confundida, porque la carne que mostraba parecía un pez a los ojos de todos, por lo que fué tenido por loco.

Advirtiendo él mismo que no tenía más que un

pez, se avergonzó de lo que decía, y quedó tan compungido, que publicó el caso como había sucedido. Después de lo cual, dando lugar una ma-

ravilla a la otra, se conoció que lo que había parecido pez era verdaderamente carne.

Así tomó el Señor la defensa de la virtud, castigó la envidia y convirtió al envidioso. Tal vez halla la malicia de la envidia su castigo en los

mismos artificios que usa para ofender a las personas buenas; pero es raro que el envidioso halle en ellos su propia conversión.

Dice San Buenaventura que San Francisco se compadecía tiernamente de toda especie de enfermedades corporales, que aunque él era naturalmente de muy buen corazón, la bondad del Corazón de Jesús, que se esparcía en el de San Francisco, lo hacía mucho mejor. Era en esto tanto más sensible, cuanto en todos los pobres y en todas las personas que padecían consideraba a su divino Maestro pobre y paciente. En lo que añade el santo Doctor: El mismo que era pobre, hacía ver que lo era como perfecto cristiano.

Cuando no podía aliviarles su indigencia, o su enfermedad, procuraba a lo menos endulzar sus penas, mostrando la compasión que les tenía.

Un día, cuando iba a predicar, le rogó un hombre pobre y enfermo que le recomendase a sus oyentes. Moviéronse a compasión sus entrañas de tal manera, que, llenos de lágrimas sus ojos, dijo al compañero que él sentía aquellos dos males como el mismo que los padecía.

El compañero respondió con términos algo agrios a aquel hombre que le pedía limosna con mucha importunidad, y para mitigar el dolor del Santo, le dijo:

—A considerar puramente lo exterior, véase aquí un hombre reducido a miseria; pero si se pudiese penetrar lo interior, se hallaría acaso que no hay en toda esta provincia otro más rico de deseos y más lleno de orgullo, porque entre los mendigos se han visto muchos de esta especie.

El Santo le reprendió muy severamente, porque después de haber despedido a aquel pobre, había juzgado mal de él, y le hizo ver que ofendía en esto gravemente a Dios.

El religioso se reconoció culpado, y puesto de rodillas, le pidió perdón.

—Yo no te perdonaré—dijo el Santo—hasta que, despojado de tu hábito y postrado delante del pobre, le confieses tu error, rogándole que te perdone y que interceda por ti.

El humilde penitente lo hizo así, después de lo cual, abrazándole el Santo, le dijo con palabras muy amorosas:

—Hijo mío, no es tanto contra el pobre lo que habéis pecado, como contra Jesucristo, porque está en los pobres, los cuales son otros tantos espejos en que nos representa su pobreza y la de su Santísima Madre. Por tanto, siempre que veáis pobres y enfermos respetadlos y humillaos en su presencia. Considerad con entrañas de piedad que el Hijo de Dios se ha hecho pobre por nosotros y se ha dignado cargar con nuestras enfermedades. Si se tuviesen estas cristianas consideraciones no se juzgaría tan temerariamente a los pobres, de los cuales no es más lícito juzgar que de los ricos, y en su pobreza se hallarían motivos no menos eficaces para amar a Jesucristo que para socorrerlos.

XVII

De su tierna caridad para con sus religiosos.

El fervoroso celo que animaba al Padre San Francisco a procurar la perfección de sus religiosos se juntaba en él con los más tiernos sentimientos de caridad. Les hablaba siempre con un modo dulce, afectuoso y persuasivo. Si corregía, lo hacía, no como juez, sino como padre, sin cólera, sin turbarse, sin alzar la voz, sino con una tranquila mansedumbre, que denotaba la grandeza de su espíritu y la paz de su alma.

La autoridad apostólica de que estaba dotado, y el afecto de padre que mostraba, le conquistaban de tal modo la veneración y amor de sus hi-

jos, que le obedecían en todo, aun anticipándosele cuando podían penetrar su voluntad.

Si alguno de ellos tenía la intención de dejar la Orden, hacía el Padre todos los esfuerzos posibles para detenerlo, y cuando movido del espíritu de penitencia volvía a ella, lo acogía con entrañas de misericordia.

Habiéndole pedido uno licencia para ir a arreglar sus asuntos, respondióle el Santo que no podía ni debía concederle semejante licencia; le representó vivamente la infelicidad a que se exponía con salir de la Religión, que esto sería abandonar el cielo por el mundo, y por los hombres al mismo Jesucristo, el cual sostuvo por amor nuestro tantos dolores, que todas las tribulaciones y las penas que podía sufrir en la Religión no eran suficientes para contrarrestarlas ni igualarlas.

Este religioso, que era sumamente tentado, se mantuvo inflexible en su mala resolución, por lo cual recurrió al Cardenal Ugolino, protector de la Orden, y al Papa; pero habiéndole negado uno y otro lo que pedía, dejó el hábito y se marchó.

No estaba lejos del convento cuando encontró a un hombre que le dijo con mofa:

—¿Adónde vas, miserable?

—¿Y qué os importa a Vos—respondió el mezquino—el meteros en los asuntos de otro?

Mostróle entonces aquel hombre los pies, las manos y el costado, en que se veían llagas recientes que destilaban sangre y le dijo al mismo tiempo:

—Tú puedes juzgar por estas llagas que he sufrido en la cruz, cuánto me importa lo que vas haciendo. Después de un amor y un beneficio de esta especie, ¿tú eres tan ingrato que me quieres abandonar por un mundo frágil y transitorio?

Espantado el fugitivo y enternecido al ver este espectáculo y oír estas palabras, se arrojó a los

pies de Jesucristo y le pidió perdón de su error. Fué después a presentarse a Francisco, el cual le recibió con mucha benignidad, advirtiéndole que tuviese siempre a la vista todo el resto de su vida el señalado beneficio de tan maravillosa aparición. En efecto: se aprovechó tan bien de ella, que fué un perfecto religioso y murió con fama de santidad.

Otro que deseaba ir a su tierra para ver a sus parientes, pidió licencia a sus superiores, y no habiéndola logrado, se marchó. Apenas estuvo en el camino, se sintió oprimido del sueño. Por esta razón se recostó debajo de un árbol, y vió en sueños a Francisco, que le hacía una severa reprensión y le obligaba a que volviese al convento. Pero resistiéndose él obstinadamente, le dió el Santo unos golpes tan pesados, que le despertaron, y halló, en efecto, las señales de ellos en su cuerpo.

Vuelto en sí con esta corrección, volvió al convento, contó lo que le había sucedido y mostró las pruebas. El rigor del Santo, que no tuvo otro principio que un gran fondo de bondad, fué también muy saludable al hijo.

La ternura de su corazón se mostraba singularmente para con aquellos que eran débiles, o estaban agitados de alguna tentación.

Habiendo ido uno a encomendársele a sus oraciones para superar una fuerte tentación contra la pureza, le dijo:

—Ten fe, hijo mío, no pierdas el ánimo, como si fueses el peor de los demás; porque si el demonio te tienta, antes por el contrario debes juzgarle por esta razón siervo de Dios. Ninguno se hace perfecto en su servicio sin haber pasado primero por esta especie de tribulaciones. Si alguno se gloría de no tenerlas, sepa que el Señor le trata así por acomodarse a su debilidad; porque siendo Dios fiel, no permite que seamos tentados sobre

nuestras fuerzas. En los arduos combates no empeña sino a aquellas almas de una virtud consumada.

Hubo uno que tenía una conciencia muy tímida y llena siempre de escrúpulos. Francisco le dió al principio una reprensión paternal porque no despreciaba con más aliento y con más serenidad de conciencia los engaños que ponía en práctica el demonio para turbarle. Mandóle después que no hiciese caso ninguno de todo lo que le era causa de tantos escrúpulos, que no se afligiese tanto para confesarlos, y que superase la vergüenza que le causaba al declararlos a diferentes confesores.

—Antes bien—añadió—, soy de parecer que, cuando no se les ha prestado ningún consentimiento, es conveniente para la tranquilidad de la conciencia el no confesarse de estas vanas sugestiones; y esto te lo digo a ti en particular.

El religioso puso en práctica este saludable consejo, y salió tan bién, que tuvo siempre en adelante una conciencia timorata y nada escrupulosa.

Los teólogos y maestros de espíritu enseñan el mismo remedio para los escrupulosos. Si esto se usara, no fastidiarían a los confesores tantas personas buenas y religiosas, contando los malos pensamientos que les han asaltado, y los pecados que creen haber cometido, porque no distinguen el sentimiento involuntario del consentimiento prestado.

Hay además otros remedios que se suelen dar para la enfermedad de los escrúpulos; pero el más eficaz, a juicio de San Antonio, Gerson y otros teólogos, es que una persona vaya siempre con un mismo confesor, que se someta enteramente a su parecer y que ejecute a la letra todo lo que le prescribiere, persuadida de que no puede pecar obrando de esta manera. Sin esta obediencia es mal incurable y puede tener consecuencias muy

malas, así para el alma como para el cuerpo. Imite, pues, al fraile Menor, que obedeciendo a San Francisco sanó.

Estando enfermo el Padre San Francisco en

Asís, sanó una llaga espiritual, que es de mayor tormento que el escrúpulo. Un religioso llamado Fray Rugero, de Bolonia, Provincial de la Marca de Ancona, hombre de santa vida, tenía embebido

en la cabeza por sugestión del demonio, que su Patriarca le aborrecía porque sabía que era del número de los réprobos.

Por esta razón se resolvió a ir a verle, con la esperanza de que si era bien recibido de él se le desvanecería este pensamiento.

El Santo, que tuvo revelación del estado y llegada de Fray Rugero, dijo a Fray Maseo y a Fray León:

—Id a recibir a Fray Rugero, que viene a visitarme; abrazadle y besadle de mi parte, y decidle que entre todos los frailes míos que hay en el mundo, es a quien yo amo más tiernamente.

Ejecutaron éstos la comisión, e inmediatamente se halló Fray Rugero confirmado en la fe y colmado de alegría, dando gracias a Dios por haber tenido tan feliz éxito en su viaje.

Francisco, no obstante estar tan débil, así que le vió llegar le salió a recibir, y echándole los brazos al cuello, le dijo con paternal afecto:

—¡Oh, Rugero, mi amado hijo, tú eres entre todos mis frailes a quien yo amo de lo más íntimo de mi corazón!

Y después de haberle hecho la señal de la cruz, se la besó muchas veces, y añadió:

—Esta tentación, mi amado hijo, te ha venido para tu mayor bien. Pero si no quieres ganar a tanta costa, de aquí en adelante no serás molestado con ésta ni con otra alguna tentación.

En efecto: la tentación cesó en aquel momento, y de allí en adelante no volvió a padecer ninguna otra.

Los autores que refieren este hecho dicen a este intento que Rugero se halló confirmado en la fe cuando los compañeros del Padre San Francisco le abrazaron de su parte, pues que la tentación de creerse del número de los réprobos llegaba a insultar la fe.

En primer lugar, la fe nos enseña que la repro-

bación, así como la predestinación, no puede ser notoria sino por medio de la revelación, y él no había tenido ningún motivo legítimo de creer que el Santo hubiese tenido revelación ninguna sobre este punto

En segundo lugar, la Iglesia nos enseña que, según la fe católica, todos aquellos que están bautizados deben creer firmemente que Jesucristo les da auxilios con los cuales pueden cumplir todo lo que corresponde a su salvación, si quieren obrar fielmente; por consiguiente, que ha muerto por ellos y Dios quiere que sean salvos.

En tercer lugar, San Agustín supone por cosa cierta que Dios no abandona a aquellos que han sido justificados una vez con su gracia, si ellos no le abandonan primero; y el Concilio de Trento ha establecido la misma verdad con los propios términos del santo Doctor.

Tenía el santo Patriarca una caridad tan tierna para con sus hijos, que no podía sufrir tampoco que se levantase en su alma niebla ninguna de tristeza, temiendo perdiesen la alegría espiritual.

Decíales:

—Mis amados hermanos: tened interior y exteriormente la santa alegría que os da el Señor. Cuando su siervo procura tener y conservar la alegría espiritual, que procede de la pureza del corazón, del fervor de la oración y de los ejercicios de virtud, no pueden los demonios hacerle mal alguno, y dicen entre sí: No se le puede hacer daño a este siervo de Dios; no hallamos entrada con él; él está tan alegre, así en la tribulación como en la prosperidad. Pero están muy contentos cuando se la pueden robar o, a lo menos, disminuír; porque si llegan a poner en él alguna cosa de su parte, llegarán pronto a formar de un cabello una viga, añadiendo siempre alguna cosa, salvo que no procuren destruír su obra con la virtud de la oración, de la contrición, de la

confesión y de la satisfacción. Por tanto, hermanos míos, ya que la alegría espiritual procede de la pureza del corazón y del ejercicio frecuente de una fervorosa oración, trabajad principalmente por conseguir estos dos bienes, para que podáis lograr esta alegría interior y exteriormente, para edificación del prójimo y confusión de nuestro enemigo. Deseo mucho que vosotros la tengáis; me regocijo mucho de verla en vosotros y de sentirla en mí mismo. Es propio del demonio y de sus miembros el vivir en tristeza; pero nosotros debemos alegrarnos en el Señor.

Aunque el santo varón tuviese, tal vez, motivos de tristeza por las tentaciones que experimentaba y por el temor de las penas del Infierno que le causaba la memoria de sus pecados, no dejaba, sin embargo, de tener siempre un semblante alegre.

Habiéndole preguntado un día las causas, respondió:

—Es verdad que mis pecados me contristan varias veces, y Satanás quisiera ponerme melancólico para hacerme perezoso y pesado; pero cuando esto me sucede, miro a mi compañero; la alegría espiritual que veo en él acrecienta la mía, y así se desvanece del todo la tentación. La alegría mía es un tormento para los demonios, porque tienen envidia de los beneficios que recibo de Dios. Sé y veo que cuando no salen con la suya, lejos de hacerme daño con la melancolía, procuran hacerlo con quitar la santa alegría a mis compañeros, y si no pueden ganar nada con ellos ni conmigo, se retiran absolutamente confusos y avergonzados.

En la respuesta del Santo se pueden observar dos especies de tristeza: la una es el dolor de los pecados, de la cual, hablando San Pablo, dice «que ella es según Dios, y hace hacer una penitencia estable por su salvación». No quita la alegría es-

piritual, sino, por el contrario, la produce. No hay cosa más dulce y de mayor consuelo que las lágrimas derramadas por una amarga contricción de corazón.

La otra tristeza es un cierto abatimiento de espíritu causado por el demonio, que procura hacernos tibios y perezosos, y fastidiarnos de los ejercicios de virtud e inducirnos, finalmente, a abandonarlos.

La buena conciencia es de la que nace la alegría espiritual. Ninguno tiene verdaderamente motivo de estar alegre, sino aquel que está bien con Dios, siendo fiel a su ley y obediente a su voluntad. El ánimo tranquilo, libre y desembarazado de la tiranía de las pasiones, «es como un continuo banquete», según la expresión del Sabio.

Esta es la verdadera felicidad, porque la vida feliz no es otra, como dice San Agustín, sino la alegría que se halla en la verdad, esto es, en Dios, que es la verdad, la suave luz de nuestras almas, nuestra salud y nuestro reposo.

Esta es la razón por qué el rey David excitaba frecuentemente a los justos del pueblo de Israel a que saliesen de sí de alegría. San Pablo decía también a los cristianos: «Alegraos siempre en el Señor. De nuevo lo digo: alegraos. El reino de Dios... se halla en la justicia, en la paz y en la alegría que procede del Espíritu Santo.»

Esta disposición del corazón pone en estado de resistir al demonio, según el dicho de Esdras al pueblo judaico: «La alegría del Señor es nuestra fortaleza.» ¿Qué más puede hacer el espíritu maligno contra un alma que pone toda su alegría en el servicio de Dios, y no halla gusto sino en amarle y alabarle? Además, no hay cosa que haga tanta impresión en la gente del mundo, como el observar el contento interior de un hombre bueno por la serenidad que se descubre en su semblante. Por esta razón los mundanos están obligados

a confesar lo que dice San Agustín, que no gozan una verdadera alegría, y que no es sino para los siervos de Dios. ¿Qué podía, pues, decirse al ver al Padre San Francisco y a sus religiosos vivir con tanta austeridad, pero siempre alegres?

XVIII

De su discreción y prudencia sobre el gobierno de la Orden.

No solamente gobernaba a sus frailes el santo Fundador con el ardor del celo y ternura de su caridad, sino que mostraba además una discreción y prudencia maravillosas en el gobierno de la Orden.

Aunque no omitía cosa alguna para impulsar a sus religiosos en observar una vida austera, quería, sin embargo, que se usase de moderación, porque le desagradaban las penitencias indiscretas.

Silvestre, primer sacerdote de la Orden, convaleciente de una enfermedad de debilidad, por sus excesivas mortificaciones, se sintió con apetito de comer unas uvas. Informado de esto Francisco, procuró inmediatamente satisfacerle. Condújole lo mejor que pudo a la viña de un amigo suyo cercana al convento, le hizo sentar junto a una cepa, que bendijo, mandóle que comiese, y él lo hizo asimismo por complacencia. Luego que comió aquellas uvas el enfermo, se halló perfectamente bueno, y después contaba con los ojos llenos de lágrimas este caso a sus hermanos, como testimonio del amor de un padre para con sus hijos.

Esto era, asimismo, un efecto de su discreción, la cual, desaprobando la excesiva austeridad de Silvestre, quiso a lo menos que tomase aquella

especie de remedio que parecía que pedía su naturaleza, y plugo al Señor hacer servir este remedio para instrumento de un milagro.

El prudente y caritativo Padre supo una noche que un hijo suyo, por haber ayunado demasiado, no podía reposar nada, porque el hambre le atormentaba en extremo. Para no dejarle en un estado tan peligroso, le llamó inmediatamente, le presentó un pan y le dijo amorosamente que comiese, y para darle confianza, él comió primero.

El religioso superó la vergüenza que tenía al principio, y tomó aquel refrigerio necesario lleno de contento por haber sido sacado del peligro de su vida por medio de la prudencia y bondad del Santo, y en mirar un ejemplo de tanta edificación.

A la mañana hizo juntar Francisco a todos los frailes, y habiéndoles contado lo que había pasado aquella noche, les dijo:

—Hermanos míos, tomad ejemplo, no de mi comer, sino de la caridad que he usado.

Después les advirtió que las virtudes deben tener por regla y por guía la prudencia, no la que sugiere la carne, sino aquella que fué enseñada por Cristo, cuya vida santísima es un completo modelo de toda la perfección cristiana.

—Cada uno—continuó—se arregla a su propio temperamento. Si alguno de vosotros está en estado de sustentarse con poco, no quiero que otro que necesite comer más le imite en este punto. Debe suministrar a su cuerpo lo que es necesario, porque así como en el comer estamos obligados a evitar lo superfluo, que es nocivo al alma y al cuerpo, así debemos guardarnos de una abstinencia excesiva, especialmente porque el Señor quiere la misericordia y no el sacrificio.

Esto es lo que dice Dios por boca del profeta Oseas, queriendo dar a entender con esto que prefiere las obras de misericordia y de caridad para con el prójimo, al ejercicio exterior de la Re-

ligión, y que este culto que se le debe no le agrada sin la misericordia.

Ahora, cuando se nos manda amar al prójimo con amor de caridad, enseña Santo Tomás con San Agustín que esta ley nos obliga a tener el mismo amor a nuestro cuerpo, de donde se sigue que no hallándose esta caridad en una abstinencia desmesurada, Dios no se da por agradado del sacrificio. Se puede añadir que el mismo demonio induce tal vez a una persona a emprender ayunos excesivos, para hacerla incapaz de los ayunos espirituales y para otros malos fines.

Acaso se pasmará alguno de que predicando el Padre San Francisco a sus frailes la discreción, hubiese usado un modo sumamente austero consigo; pero es necesario reflexionar que era un hombre guiado en todo por el Espíritu Santo, en quien quería Dios mostrar las copiosas riquezas de su gracia, y un hombre cuya prodigiosa penitencia debía atraer del cielo gran misericordia para los pecadores. Así, lo que parecía excesivo en sus mortificaciones, no procedía sino de los impulsos extraordinarios que recibía de lo Alto, y esto era obrar con una verdadera prudencia.

Las lecciones que daba el Padre San Francisco sobre la discreción, no son muy necesarias para las personas del mundo, antes bien es necesario repetir con frecuencia el dicho del Señor: «Atended bien a vosotros, para que vuestros corazones no queden agravados de la intemperancia.» Y las palabras del apóstol San Pablo: «Ofreced vuestros cuerpos como una hostia viva santa y acepta a Dios.» Aquellos que procuran mortificarse experimentan con mucha frecuencia la verdad de lo que dice el mismo Apóstol: «Ninguno jamás ha aborrecido su carne, sino que la alimenta y cuida.»

Parecía muy difícil a San Agustín el satisfacer a las indigencias del cuerpo, sin dar algo a la sen-

sualidad, y dice que tenía que combatir cada día contra esta especie de tentaciones.

San Bernardo afirma que nosotros debemos conservar la salud de nuestro cuerpo; pero añade que con la ocasión de la salud nos pone asechanzas el placer de un modo tan artificioso y sutil, que apenas podemos asegurarnos de ellas, ni aun prevenirnos. Es menester no tener, como dice el Padre San Francisco, la prudencia sugerida por la carne, que alegra y complace a los sentidos.

Parece increíble que el santo Patriarca se hubiese mostrado condescendiente aun respecto de los edificios y al vestido de los frailes, siendo así que quería sobre este punto una pobreza muy estrecha. Había encargado vivamente a sus frailes que no fabricasen sino casas pequeñas, bajas, rodeadas sólo de vallados en lugares solitarios; pero consentía, según refieren sus compañeros, que esto se practicase de otro modo en las ciudades y sus cercanías; y que en consideración al número de religiosos que vivían en ellas para el servicio de los fieles, y aun por la misma malicia de los hombres, era preciso que en tales parajes estuviesen amurallados los conventos.

Desagradábale no poco la multiplicidad de vestidos. No podía sufrir los paños finos y delicados; declaraba que lo tosco y grosero del hábito era necesario a su Instituto y a la predicación de la penitencia.

Sin embargo, además de que la Regla concede dos túnicas y la licencia de llevar calzado en caso de necesidad, manda a los Ministros que tengan cuidado de proveer a los frailes de vestido como juzgaren necesario, según los lugares, tiempos y países fríos, y recurrir por esta razón a los amigos espirituales, esto es, a personas buenas y amigas de la Religión, rogándoles que paguen el paño que no puedan haber por limosna. Este recurso era muy contrario a su inclinación, a causa

del extremo aborrecimiento que tenía al dinero, y no permitió este recurso sino por la necesidad de los enfermos y por el vestido de los frailes. De lo cual se ve bien cuál era su discreción cuando se hallaba en el mismo fervoroso amor que tenía por la estrecha pobreza. No se puede formar, ciertamente, más justa idea.

Añaden sus compañeros, que a aquellos que necesitaban de ello les permitía usar una túnica más blanda y de más abrigo, con sólo la condición de que lo exterior fuese siempre muy pobre, a fin de mantener en ellos el espíritu de humildad por medio del desprecio que reciben del mundo aquellos que van vestidos pobremente.

Afirman, en fin, los mismos autores, que aunque desde el principio de su conversión hasta su muerte hubiese observado una vida muy austera sin embargo de su delicada complexión, con todo, moderaba prudentemente las mortificaciones de los frailes, y que muchas cosas que sin compasión se negaba a sí mismo, las concedía a los demás por espíritu de discreción y caridad.

Este es el verdadero carácter de los Santos: severos e inflexibles consigo mismos, complacen a sus prójimos y los tratan con indulgencia; al paso que los hipócritas, a manera de los fariseos y de ciertos herejes muy semejantes, ponen sobre los hombros ajenos cargas insoportables, sin querer tocarlas ellos siquiera con el dedo; agravan con austeridades a las personas que gobiernan, y viven entretanto con la mayor delicadeza.

La discreción del Padre San Francisco se mostraba en todas las ocasiones. Bernardo de Besa, uno de los autores de su Vida y secretario de San Buenaventura, dice que no hablaba nunca a sus frailes sino con palabras amables y afectuosas; que se compadecía de los débiles, excitaba a los jóvenes en la práctica de las virtudes, mostraba respeto a los viejos, y si los sacerdotes habían come-

tido alguna falta, no les reprendía sino en secreto. En una palabra: que hacía gran aprecio de aquellos que eran dignos de consideración por su nacimiento, su mérito y su dignidad.

Preguntóle un religioso en su última enfermedad por qué había dejado el gobierno de la Orden, y por qué motivo había tolerado algunas cosas contrarias a lo que había enseñado a sus primeros compañeros. Esta pregunta le causó algún sentimiento, y dió esta respuesta:

—Algunos se maravillan de que no corrijo los defectos que hay en la Orden y quieren saber la causa. Dios los perdone porque me son contrarios. y pretenden encargarme de un oficio que a mí no me corresponde. Mientras yo he sido Superior de mis frailes y ellos han sido firmes en su vocación, les bastaba yo con mi ejemplo, con mis palabras y con aquel poco cuidado que yo tenía, aunque desde el principio de mi conversión he estado siempre enfermo. Pero cuando vi después que haciéndoles Dios crecer en número había algunos que dejaban el fervor y seguían otro rumbo, sin atender ni a mi ejemplo ni a sus empeños, he dejado el gobierno de la Orden en las manos del Señor y de sus Ministros. En el Capítulo general he alegado mis enfermedades como motivo de mi renuncia; sin embargo, si todos los frailes quisieran conformarse con mis deseos, fuera aún contento en que para su provecho y su consuelo no tuvieran hasta mi muerte otro Superior que yo. El provecho que sacarían ellos y yo me dejaría contento, y en el mismo lecho en que me tuvieran postrado mis enfermedades me aplicaría con gusto a todo lo que pudiera dejarlos satisfechos; cuesta poco el gobernar a súbditos bien subordinados. La superioridad es un cargo todo espiritual, que respecto del mal consiste en corregirle e impedirle con el ejemplo y con las advertencias. Si esto no basta, yo no quiero usar del poder en

el castigar, como hacen los potentados del siglo. Tengo, sin embargo, una firme esperanza de que el Señor, que castiga en este mundo y en el otro por medio de enemigos invisibles, se servirá de ellos contra los frailes tibios y perezosos, porque aquellos ejecutores de la divina justicia incitarán a la gente del mundo a darles tales reprensiones, que la misma confusión que reciban les obligue a volver a entrar en el desempeño de sus obligaciones. Yo, por mi parte, no cesaré nunca de enseñarles con mi ejemplo a caminar por el camino que me ha mostrado el Señor, como en este punto les he instruído ya con mis acciones y con mis palabras. Si no se aprovechasen serán inexcusables, y yo no tendré ya que dar cuenta de ellos delante del divino Juez.

Los lamentos del Santo caían sobre Elías, Vicario general, y algunos Ministros provinciales secuaces de Elías, en el Capítulo de relajación en materia de pobreza.

El remedio que parece se podía poner a este mal era el deponer a Fray Elías y a los Ministros sus apasionados; pero además de que el Santo estaba demasiado enfermo para poder trabajar, le había revelado Dios que se debía nombrar a Fray Elías, Vicario general y dejarle en este puesto.

Esta era una maravillosa e impenetrable conducta del Señor, que debía ser adorada y seguida de su siervo. En tal caso, la prudencia no le suministraba otro medio que el de advertir, exhortar, amenazar, dar buen ejemplo e implorar el auxilio divino.

Los autores más antiguos que han escrito la Vida del Padre San Francisco, refieren una respuesta que muestra claramente en qué grado poseía el don de buen gobierno.

Habláronle un día de algunos Ministros provinciales que animados del espíritu de Fray Elías, se

apropiaban del mando de la provincia como un bien hereditario, y pretendían el perpetuarse, de modo que no había medio de reducirlos al estado de súbditos sin causarles una gran pesadumbre y sin darles ocasión a causar tumulto.

—Vivan, pues—respondió temblando,—vivan a su capricho. Vendrá tiempo en que se arrepentirán de ello. Y menos vale la pérdida de pocos que de muchos. Si se quiere tomar a empeño el deponer a esos Ministros, suscitarían un gran tumulto, y esto serviría de escándalo a los buenos religiosos que al presente los obedecen con sencillez y con quietud.

Sin duda que la deposición era la pena que merecían estos Provinciales; porque según la máxima de los Santos Padres, basta el buscar las dignidades eclesiásticas, y aun desearlas solamente, para ser indigno de ellas. Además, afectar el tener empleos y querer perpetuarse en ellos, tomar medidas para mandar siempre, para no estar sujeto a la obediencia en una profesión de grande humildad era una cosa verdaderamente monstruosa.

No obstante, es necesario confesar que el Padre San Francisco obraba muy prudentemente dejando en el cargo a aquellos ambiciosos Ministros para evitar el tumulto y el escándalo.

San Agustín dice que se deben tolerar varios males cuando no se pueden remediar sino con un mal mayor, según la prudencia del padre de familias que no permitió arrancar la cizaña temiendo que al mismo tiempo arrancasen el trigo. Esto es lo que practican aquellas almas sublimes que siguen los dictámenes de la prudencia y se regulan con los principios del buen gobierno.

Las almas bajas que tienen celo y autoridad, quieren quitar cualquier mal a toda costa, y no contentándose con el bien, pretenden que se haga siempre lo mejor, sin considerar que hay entre los hombres ciertos males inevitables que se deben

sufrir con paciencia, y que varias veces, por el mismo deseo de procurar lo mejor, se destruye el bien.

Son muy dignas de observancia aquellas palabras del Padre San Francisco acerca de los Provinciales que querían dominar: «Vivan, pues, a su capricho; vendrá tiempo en que les pesará de ello.» Como si dijese: Los dejo obrar a su modo, porque no puedo impedirlo ni espero convertirlos. Sigan, pues, al presente los deseos de su corazón; pero algún día tendrán que presentarse delante de Dios, y la sentencia que recibirán por ello les causará un amargo, pero inútil arrepentimiento.

En efecto: la soberbia, madre de la ambición, es un vicio del alma, que, como dice el Profeta, «siempre asciende», y según dice Santo Tomás, «nos aleja extremadamente de Dios». Esta es la razón por qué las cabezas de las herejías, que esparcen sus falsos dogmas por la soberbia, no se convierten jamás.

No es menos rara la conversión de los ambiciosos. Una vez que los soberbios se aficionan a las dignidades y honores, no cesan de desearlos, de buscarlos y de retenerlos hasta el último suspiro.

El Espíritu Santo nos asegura, en general, «que los que mandan a los demás serán juzgados con extremo rigor; que a las personas bajas se tiene mayor compasión y se les perdona más fácilmente; pero que los poderosos serán atormentados poderosamente».

¡Qué motivo de espanto, particularmente para aquellos que se ponen en puestos altos por ambición, pudiéndose aplicar a sus cargos lo que dice el Concilio de Trento acerca de las iglesias gobernadas por los Obispos: «Son cargos capaces de hacer temblar a los ángeles!»

Será del todo inútil el decir en el Infierno con

los pecadores de que habla el Sabio: «¿De qué nos ha servido nuestra soberbia? Todo se ha pasado como una sombra.»

XIX

Del dón de interpretar la Sagrada Escritura que le fué otorgado, y de su espíritu de profecía.

Su continua oración y el constante ejercicio de todas las demás virtudes, fueron causa de que nuestro Francisco, aún sin tener la ciencia profunda de las Letras sagradas, discurriera con raro acierto sobre sus más elevados misterios, bañado con los resplandores de la eterna luz. Levantaba las alas de su purísimo y limpio entendimiento hasta cernerse sobre las más sublimes verdades, hasta desentrañar los más ocultos arcanos divinos, y donde se detenía la razón comenzaba el amor su libre carrera.

Deleitábase con fruición íntima y sabrosa en la lectura de los libros sagrados, y lo que los ojos escudriñaban quedaba esculpido fuertemente en la memoria; que no era posible pasaran de ligero y sin herirlo por el oído de la atención mental, cosas tan a sabor gustadas y tan a placer desmenuzadas por la devoción afectiva.

De ahí la estima por las divinas Letras, y el orden en esa estimación. Preguntado si era su voluntad que los letrados ya recibidos en la Orden prosiguieran el curso de sus estudios.

«Pláceme muy de veras—contestó—, con tal que no dejen para la ciencia humana el amor de la divina en la oración, a ejemplo de Cristo Jesús, de quien se lee que al conocimiento de las Letras humanas antepuso la oración, o el afecto de las divinas; ni sea de suerte su estudio, que sólo se propongan saber cómo han de hablar, sino que sobre todo penetren en su fruto práctico, y obran-

do ellos primero lo que entendieron, a otros sean estímulo de santas obras.

»Quiero a mis hermanos discípulos evangélicos ante todo, que aprovechando en el conocimiento de la verdad, a la par crezcan en la pureza de la inocencia y candor de ánimo, hermanando en sí mismos aquella sencillez de paloma y prudencia de serpiente que juntó y bendijo el Maestro supremo.»

Interrogado en cierta ocasión hallándose en Sena, por un religioso, maestro en Teología, sobre muy arduas materias, le respondió San Francisco desarrollando con tan elevada y clara doctrina altísimas verdades divinas, que, admirado el teólogo, no pudo menos de exclamar:

—Verdaderamente el caudal de Teología de este bendito pordiosero se remonta con las alas de la pureza y de la contemplación a cumbres tan altas, que es águila que se pierde de vista, mientras toda nuestra ciencia apenas si se levanta del suelo.

Jamás se preció de elocuente; pero su saber y su doctrina eran sólidos, escudriñadores, y se hallaba en posesión de tan recónditas y peregrinas verdades, que también de él pudo decirse *que a los ríos observó en sus manantiales, e hizo salir a luz lo escondido* (Job, XXVIII, 2).

En espíritu de profecía, en adivinar y penetrar los misterios de lo porvenir, en sorprender lo más oculto y tenue del corazón humano, fué nuestro Santo esclarecidísimo; lo ausente y remoto contempló como si estuviese presente, y a los ausentes varias veces se hizo con presencia visible manifiesto.

Refiramos por vía de ejemplo un caso por extremo notable, y en razón de sus circunstancias, harto sonado por Europa.

Asistía nuestro Santo guarnecido con la fe, que eran sus armas, al sitio que tenía puesto a Da-

mieta el ejército cruzado de los cristianos y viendo tantos preparativos y que era próximo el día señalado para librar la batalla, dando sentidísimos gemidos, dijo a su compañero:

—¡Ah, hermano, que conozco en Dios que si hoy dan la batalla no ha de pasar para los cristianos con buen suceso, sino que les espera humillante derrota! Si se lo advierto a sus caudillos tendránme por loco; mas si no se lo digo será mi conciencia mi mortal verdugo. Hermano dame luz; ¿qué me estará bien que yo haga?

Y su compañero le respondió:

—Hermano, desprecia los humanos juicios, que no será ahora la primera vez que te tengan por loco. Descarga tu conciencia y teme antes a Dios que a los hombres.

Alentado por este consejo penetró el siervo de Dios por las filas de los soldados; y llegando hasta los jefes, se esforzó en persuadirles a que aplazasen la batalla, vaticinándoles, si no desistían de su empresa, un lamentable término en aquella jornada. Todo fué inútil; juzgando el vaticinio como la visión de un alucinado, nada les hizo mudar de sus propósitos. Largo y encarnizado fué el combate; pero cerca de la puesta del Sol sólo unos pocos y destrozados restos del ejército cristiano pudieron salvar sus vidas apelando a vergonzosa fuga.

Calcúlase que pasaron de seis mil, entre muertos y prisioneros, los hombres perdidos. Evidentemente había algo divino en la palabra del pobre Francisco, y su humilde presencia ocultaba sabiduría que era menester no haber despreciado; porque, como dice el *Eclesiástico, el alma del justo a veces avisa de más cosas que siete centinelas puestos en alta atalaya.*

Un día, a la vuelta de su viaje al Oriente, se dirigía hacia la aldea de Celano para cumplir con los fieles su apóstólico ministerio, cuando acertó

a encontrarse con él un noble señor de la población, que, reconociéndole, le rogó con encarecida y cortés insistencia aceptara hospedarse en su casa, o siquiera le diese el gusto de comer una vez al menos en ella.

Accedió a esto segundo el siervo de Dios, y fué recibimiento de gran agasajo y estimación el de aquellos pobres frailes por toda la noble familia. Como solía, oró un rato Francisco antes de principiar la comida, dando a Dios alabanzas, y la oración, que fué esta vez de extraordinario fervor, terminada, llamando aparte al amable huésped, le dijo:

—Ya ves tú, ¡oh mi hermano huésped!, que vencido de tus ruegos, he venido hoy a tu casa a comer. Pero ahora tú cede a mis consejos, te ruego, porque no aquí, sino en otra parte, tienes dispuesto manjar. Y es mi consejo que te doy, que ahora mismo confieses tus pecados, purificándolos con dolor y contrición de arrepentimiento verdadero, sin dejar ningún rincón ni seno que no abras y descubras en este santo tribunal. Pues Dios se apresura a premiar con inmarcesible galardón la amable hospitalidad con que acogiste a sus evangélicos pobrecillos.

No estremecido, sino confortado y sereno el noble anfitrión, *ordenó su casa*, según la expresión del Profeta, confesando con el compañero del Santo, que era sacerdote, todos sus pecados, y preparando y enfervorizando su espíritu lo mejor que supo y pudo para llegar a la tan cercana y postrera hora de su muerte.

Sentáronse todos a la mesa, y al tomar los demás el primer bocado, el dueño acabó súbitamente su vida, cumpliéndose, en premio de esta obra de misericordia, la promesa de la Verdad infalible, según la que, *quien reciba profeta en nombre de profeta, merced de profeta recibirá*, pues el anuncio profético del Santo valió al noble varón que

no llegara sin ser sentida la muerte, para que, fortalecido con las armas de la penitencia, fuera

La bendición de San Francisco.

puerta de paso a los eternos tabernáculos y no despeñadero de condenación perpetua.

Presentóse en cierta ocasión al Santo una piadosa mujer a fin de consultarle sobre algunos tra-

bajos que padecía y pedirle remedio. Su marido era un hombre duro y cruel, que ardía en odio contra todo lo que fuera cumplir con sus deberes de cristiano, y ella solicitaba del siervo de Dios que le alcanzase de su Divina Majestad la gracia de ablandar el endurecido corazón de su esposo.

—Vete en paz —la dijo Francisco—, y no dudes que muy pronto recibirás el consuelo suspirado—. Añadiéndole:

—Di a tu marido de parte de Dios y mía, que ahora es tiempo de clemencia, mas después lo será de justicia.

Con la bendición del Santo y el alma poseída de esperanza, se volvió la mujer. Al marido, a quien halló muy pronto, notificó las palabras que había encargado Francisco, las cuales, como dardo arrojado con furia, taladraron hasta sus entrañas, abriendo paso a una tan copiosa avenida de gracia, que al mismo instante quedó trocado en otro hombre, y dijo a su esposa:

—¡Ah, señora mía! Sirvamos ambos a Dios en verdad y tratemos de la salud de nuestras almas.

Y santamente, y guardando perfecta castidad, vivieron muchos años, y ambos en un mismo día pasaron a mejor vida.

Había un religioso, al parecer en santidad preclaro y en trato insigne; pero distinguíase, observándole atentamente, por sus maneras e inclinaciones algo extrañas y singulares. Entregado perpetuamente a la oración, según decían, sujetábase con rara estrechez al silencio, tanto que no por palabras, sino sólo por señas, tenía costumbre de confesarse.

Pasó al convento en que moraba, queriendo verle el santo Patriarca, y trató de indagar el ánimo de los religiosos sus compañeros. Ponderáronle ellos y encarecieron muchísimo la virtud de dicho religioso; de su austeridad se hicieron mil

lenguas; mas el Santo les atajó por estos términos:

—Basta ya de encomendar y pregonar virtudes que son diabólicos ardides. Tened por cierto que todo en él es diabólica sugestión, todo torpísima astucia suya.

Pareció imposible a los religiosos que obras de tan rara virtud pudieran ser fingimientos o malas artes, y llevaron las palabras del Santo con harta pena y aflicción. Pero la desventurada suerte del religioso, abandonando pocos días después la Orden y el camino de la virtud, probó con evidencia a los religiosos cuán profunda y clara visión de los corazones y de sus más recónditos secretos tenía el Santo.

Desde otro punto distante habían subido hasta el convento de Greccio, en donde el Santo se hallaba, dos religiosos, sólo para verle y recibir de él la bendición, que mucho tiempo hacía anhelaban.

Pero el Santo había dejado ya el convento cuando los dichos religiosos llegaban, y recogidose a su cueva en un bosque vecino; por manera que, ofreciéndoseles dilatado y dificultoso el lograr el intento que allá les llevaba, determinaron volverse a su lugar, con pena y aflicción amarguísimas.

Sin que por conducto alguno humano pudiera el Santo tener noticia de la llegada de los religiosos, contra toda costumbre, se le vió salir en busca de ellos, ya puestos en camino, llamarlos y abrazarlos efusivamente y despedirlos con su bendición de amoroso padre.

ponder a sus dudas, y a fin de que le dijera en nombre de Dios cuáles eran los divinos designios sobre él.

También les ordenó que visitasen a la santa virgen Clara para rogarle que a la más pura y santa de las doncellas confiadas a su gobierno hiciese poner en oración para escudriñar la voluntad del Señor.

Tanto el venerable religioso como la piadosísima religiosa convinieron maravillosamente en un mismo pensamiento, inspirado por el Espíritu Santo. y que no fué otro que el ser del divino beneplácito que saliese el evangélico pregonero a predicar por los campos la divina palabra. Y como el amor no admite dilaciones, no bien conoció por esta respuesta cuál era la voluntad de Dios, puestas al pie las sandalias y en la cintura el cordón en aquel mismo instante salió de casa, y como si tuviera en los pies alas, apresuradamente emprendió el camino. Era tal su fervor en obedecer al divino mandamiento, y se daba tanta prisa, como si, a la manera de los profetas, la mano de Dios fuese sobre él o le hubiese investido desusada virtud de lo Alto.

Llevaba andado mucho camino, y distaba ya muy poco de la vecina población de Bevagna, cuando advirtió una crecida multitud de avecillas reunidas sobre las copas de los árboles. Y como si las avecillas pudieran entenderle, fué a su encuentro saludándolas con amables y corteses razones. El gorjear y jugar de aquellos animalitos a medida que el Santo les hablaba y se les acercaba, no es para ser contado.

Dejaban las copas más elevadas, bien para ponerse sobre bajos arbustos, bien para posarse sobre los hombros y los brazos del Santo; las más alejadas se acercaban con raudo vuelo y no paraban hasta tocar a sus pies, y todas fijaban en él los amorosos ojuelos o inclinaban a cada

palabra del Santo la cabecita, sin dejar un instante sus alegres y armoniosos cantares. Al fin amonestóles el Santo que callaran un poco para oír la palabra de Dios, y les habló de esta suerte:

—¡Oh, hermanas mías avecillas! Bien es razón que loen al Criador vuestras arpadas lenguas, pues os hizo vistosísimas cubriéndoos de plumas, os dió alas para volar y vivir, os abrió esos aires purísimos para morada, y largamente, sin cuidado alguno vuestro, os sustenta.

Encogidas y mudas escuchaban las aves la palabra del Santo, y a cada una de estas razones respondían con muestras de aprobación, ya alargando el cuello, ya abriendo ligeramente sus alas o levantando la cabeza, y siempre atentísimas en él las miradas. Hablaba el Santo, y juntamente las contemplaba y las acariciaba y cubría con su manto, todas recibiendo sin moverse estas caricias y estas afectuosas manifestaciones, hasta que con una bendición sublime les dió orden de partir y entregarse otra vez a sus regocijos, tan agradables a Dios y tan gratos a las criaturas todas.

Los compañeros miraban suspensos y extáticos, desde el camino, maravilla tan nunca oída ni vista.

Vuelto a ellos comenzó con gran angustia a culpar y reprender su negligencia, porque hasta entonces no había predicado a sus hermanas las avecillas, y desde aquel momento, desechado todo temor, no se dió punto de reposo en anunciar la palabra Dios, siendo su predicación acompañada de grandes prodigios.

Predicaba cierto día en Gaeta al descubierto, junto a las orillas del mar, cerrado y acosado muy de cerca por una muchedumbre de gente que porfiaba por tocarle el hábito. El aplauso y la tumultuosa demostración de afecto, creciendo por momentos, causábale ya harta zozobra y congo-

ja en el ánimo; hasta que viendo a mano una barquilla amarrada a la playa, saltó en ella y la abandonó a merced de las olas.

La barca, como si la moviese invisible piloto, o como si tuviese en sí misma la razón y la fuerza para dominar sobre las aguas, se deslizaba suavemente sobre las crestas de las olas y corría sin oscilar ni torcer el surco, mar adentro, hasta una gran distancia.

Cuando hubo llegado a un punto en que su voz podía ser oída desde tierra, siendo los vientos y las olas como ministros de Dios portadores de sus palabras, se detuvo la barquilla y permaneció inmóvil largo rato, mientras el Santo predicaba al pueblo devoto y silencioso apiñado en la playa.

Acabado el sermón, y las gentes, admiradas ya e ilustradas por el notable prodigio, se resolvieron a volverse a sus casas sin molestar otra vez al Santo, la barca se acercó por sí misma a la playa y dejó que bajara el siervo de Dios ¿Quién tan ciego o de tan duro y obstinado entendimiento había de ser que se atreviera a despreciar o siquiera a estimar en poco la predicación de este admirable y extraordinario siervo de Dios, viendo cómo por su virtud se obraban palpables y continuos prodigios, y se amansaban y obedecían las criaturas irracionales, y las mismas inanimadas le honraban poniéndose bajo su dominio?

De la misma manera que enseñaba a otros primero con obras que con palabras, así con severidad y eficacia anunciaba las verdades evangélicas, ni recelando de las lenguas de las gentes, ni encogido su ánimo de bajeza ni temor alguno.

Nunca oyó el mal de sus labios requiebros ni halagos, sino la abominación y el denuesto, ni tuvo jamás para los públicos pecadores lisonjas ni atenuaciones, sino recriminación y ardiente enojo. Con entereza y libertad iguales hablaba al

rico y al pobre, al poderoso y señor y al vasallo y desvalido; y tan serena y convencida era su palabra hablando a muchos que hablando a pocos.

La virtud del nombre del Señor daba a este misionero de la celestial doctrina el poder de arrojar a los demonios, sanar a los enfermos y lo que todavía es más admirable, el poder de ablandar los corazones más endurecidos en el pecado, re-

duciéndolos a penitencia, juntando en una misma obra la curación de los cuerpos y la salvación de las almas.

Un noble caballero de Toscanella le recibió en su casa, y le rogó que pusiera su mano sobre uno de sus hijitos, tullido de nacimiento. Lo mismo fué poner el Santo la mano sobre el muchacho, que comenzar en los miembros de esta infeliz criatura la acción y el uso, y renovándose los prodigios de los primeros Apóstoles, quedar tan curado y fuerte, que pudo dejar la camilla, y afirmados sus pies y tobillos, se puso en pie y anduvo, saltando y alabando a Dios.

En Narni hizo sobre el cuerpo de un paralítico destituído del uso de todos sus miembros, la señal

de la cruz por mandato del señor Obispo, y en el mismo instante quedó sano el enfermo.

En la diócesis de Rieti una pobre madre le presentó desoladísima un hijo suyo, tan entumecido e hinchado desde la edad de cuatro años, que había perdido por completo el movimiento en sus piernas, y el Santo, bendiciéndole, aplicó eficaz medicina a la dolencia.

En Orte había un niño de pocos años que estaba hecho un ovillo; la cabeza tocaba con los pies, y muchos de sus huesos estaban fracturados o desviados, o se le iban fracturando y desviando. A ruegos de sus tristísimos y desconsolados padres, y movido de sus lágrimas, Francisco hizo sobre él la señal de la cruz, y le dejó al punto sano, derecho y de hermoso aspecto.

De largos años tenía una mujer de Gubbio contraídas y resecadas las manos; pero bastó la oración y bendición del Santo para que cobrase en ellas el movimiento y el uso, y tan pronto tuvo agilidad, que pudo en su casa preparar ella por sí misma la comida para el siervo de Dios y sus compañeros.

Devolvió la vista a una joven en Bevagna con sólo ungirle los ojos con un poco de saliva, haciendo la señal de la cruz por tres veces en nombre de la Beatísima Trinidad.

Había quedado ciega una mujer en Perni, y anhelaba, con segura esperanza de curar, recibir la bendición del siervo de Dios; recibióla, y junto con ella, la vista por que tanto había suspirado.

Lastimaba mucho a un joven de Bolonia una herida recibida en un ojo, para cuyo alivio fueron inútiles cuantos remedios se probaron.

Por el órgano lesionado nada veía; pero hizo el Santo la señal de la cruz sobre el cuerpo del paciente desde la cabeza hasta los pies, y el dolor desapareció y recobró la vista perfectamente. Habiendo ingresado más tarde en la Orden de Me-

nores, reconocía ver más claramente por el órgano antes enfermo que por el sano.

Como esmaltasen e ilustrasen la predicación de este celestial heraldo de Cristo tantas y tan portentosas maravillas, las gentes corrían a él y escuchaban su palabra como la de un ángel del Señor. Y, ciertamente, la pureza altísima de sus virtudes, el espíritu de rica e inmensa visión pro-

J.B.C.

fética, la excelencia y eficacia de sus obras milagrosas, la orden recibida del cielo de sembrar por el mundo la semilla evangélica, las criaturas aun irracionales, aun inanimadas, obedientes al imperio de su palabra y esclavas del querer de su voluntad; la seguridad y la fuerza con que se entraba y ahondaba en los corazones y los transformaba con superior dominio; la recóndita ciencia no bebida en fuentes humanas, abundosa y pródiga en sus discursos y sermones; la autoridad para predicar, no sin divina emoción seguramente, concedida a él por el Sumo Pontífice; la

Regla misma, suma divina de la divina predicación, sancionada y ungida con la bendición del Vicario de Cristo, y, finalmente, esas señales del gran Rey esculpidas, como quien graba y cincela las armas de un sello, sobre su cuerpo, encarecen y encumbran evidentísimamente a la faz de los siglos a este inimitable servidor de Dios, al heraldo del Señor, Francisco, como venerabilísimo en su misión, auténtico en su doctrina, admirable y arrobador en la santidad, y le encomiendan por faro y lumbrera de la universal Iglesia, como habiendo anunciado y esparcido por el mundo la más pura y fiel doctrina del santo Evangelio.

XXI

Impresión de las Sagradas Llagas.

Dos años antes de morir retiróse San Francisco al monte de Alvernia, situado en la provincia de Toscana, para entregarse enteramente a la oración y ayunar, como solía hacerlo durante la Cuaresma de San Miguel

En aquella soledad fué muy regalado por el Señor. Ordenóle un día que abriese el libro de los Evangelios, porque allí le diría lo que pensaba obrar en él y por él. En cumplimiento de lo que Dios le mandaba, después de hacer oración, tomó del altar el libro de los Evangelios y dijo al religioso que le acompañaba, varón perfecto y santo. que lo abriese tres veces. Hecho así, todas las tres quedó el libro abierto por la Pasión del Señor.

Muy luego entendió el Santo que Dios quería que así como había imitado en sus acciones a Cristo nuestro Salvador en vida, asi antes que muriese se había de transformar con El en las aflicciones y dolores. Vino el día de la fiesta de la

Exaltación de la Santa Cruz, y estando orando en un lado del monte, vió la especie y forma de un serafín con seis alas tan resplandecientes como fogosas, quien con gran celeridad descendía volando hasta el hombre de Dios. Quedándose suspenso en el aire, apareció a un tiempo alado y

crucificado: brazos y pies extendidos y fijos en cruz, y las alas en disposición maravillosa, porque con las dos superiores ceñía la cabeza sin esconder la hermosura del rostro, y las dos inferiores cubrían y ocultaban como un velo todo el cuerpo, y con las de en medio volaba.

Pasmóse de admiración Francisco, y batalló entre el dolor y el gozo; lanzábale a mares de gozo la gustosa belleza de Cristo revestido en forma de serafín, pero atravesaba y laceraba con espada agudísima todas sus entrañas el cruento espectáculo del suplicio.

Tenía un algo de misterioso para él lo incomprensible de aquella visión, sabiendo que la dolorosa forma no concordaba con la impasibilidad de la seráfica naturaleza; mas por inspiración del mismo que se le aparecía, comprendió que al ofrecérsele en aquel aspecto era para darle a en tender que no con martirios de la carne, sino con incendios del espíritu, debía transformarse en vivífica imagen y semejanza de Cristo crucificado.

Desapareció la visión, y hallóse Francisco interiormente inflamado su corazón en ardor seráfico, exteriormente marcada su carne con la perfecta imagen del crucifijo, no de otra suerte que la cera blanda a los halagos del fuego fácilmente se impresiona y recibe la imagen del sello que se le aplica. Instantáneamente resaltaron en manos y pies los clavos, cuyas cabezas en las manos sobresalían de las palmas, y por la parte contraria, sus torcidas puntas; por el opuesto, en los pies sobresalían las cabezas a los empeines, y las puntas retorcidas, en las plantas; y en el lado derecho se descubría una cisura ancha y profunda, como si se hubiera formado con el hierro de una lanza, con labios siempre rubicundos de la sangre que vertían con frecuencia y en tanta abundancia, que a veces teñían su túnica y vestidos interiores.

Vehementes y amarguísimas dudas asaltaron inmediatamente al insigne amigo de Cristo, viendo, por una parte, que las huellas tan salientes del pasado insigne favor no era posible mantenerlas por mucho tiempo ocultas a sus más familiares compañeros, y por otra, pensando que no convenía a sus deseos de humillación pregonar los secretos del Rey y del Amigo. En esta zozobra llamó a sus compañeros, y en términos muy embozados expuso de sus temores aquello que bastaba para hallar un consuelo o una luz al profundo fluctuar de su espíritu. Uno de ellos, Fray Iluminano, vislumbrando por lo misterioso de sus palabras y por el asombro impreso en el rostro, que algo más singular y maravilloso que de costumbre le había sucedido, le dijo:

—Hermano Francisco, si adviertes que para provecho de muchos, y no para ti solamente, se digna Dios a veces descubrirte algunos de sus divinos secretos, es razón que temas que te sea pedida estrecha cuenta por el talento escondido, si cosas que a otros habrían de aprovechar tú las encubrieres.

Después que el amor hubo hecho su obra, y transformado en su misma imagen, según la expresión de San Pablo, al ferviente amador, éste, cumplidos ya en la soledad y en el recogimiento los cuarenta días de su Cuaresma de San Miguel, descendió del monte llevando consigo la efigie del crucifijo, no figurada en tablas de piedra o madera por mano de hábil artífice, sino delineada en su carne por el dedo de Dios vivo. Y a pesar de la amonestación de su compañero, no olvidando nunca que es honesta cosa encubrir *los secretos del Rey*, cuidadosamente procuraba Francisco celar cuanto podía las sagradas heridas, bien que Dios, con admirables prodigios, buscando el acrecentamiento de su propia divina gloria, las revelaba muchas veces a los ojos de las gentes.

Venía asolando desde largo tiempo la comarca de Rieti una cruelísima peste que se cebaba lo mismo en los hombres que en los animales, resultando infructuosos todos los medios humanos para contrarrestarla. Cierto día tuvo un sueño un modesto y sencillo campesino, pareciéndole oír una voz que le avisaba fuese hasta el monasterio de los frailes, en donde se hallaba de paso Francisco, y que hiciese por manera de recoger el agua en que éste se hubiese lavado las manos y los pies, y con ella rociase y ungiese los animales atacados por la enfermedad. No vaciló en obedecer al aviso, creyéndolo piadosamente de origen divino, y yendo muy de mañana a visitar a los religiosos, con santa industria logró el agua en que el Santo había lavado los pies y las manos, y con ella ungiendo y frotando animales enfermos, por caídos y desmayados que estuviesen, aun cubiertos de llagas y de escama, se levantaban robustosísimos y hermosos, y como sanos corrían anhelosos al pasto. Así acabó la peste, y por las llagas del Santo se cerraron otras muy dolorosas que cada día la enfermedad abría en las familias.

Como a causa de la impresión de las Sagradas Llagas y por el quebranto de su salud no podía caminar a pie, montaba en un jumentillo, unas veces prestado y otras alquilado por algún amigo o bienhechor, y guiado comúnmente por el propio dueño.

Cierto día aconteciόle en uno de sus viajes que por el rigor del tiempo y el mal estado de los caminos, cubiertos de nieve, les fué forzoso a él y a su compañero detenerse en el camino, y por todo abrigo durante la cruda noche hubieron de contentarse con el espacio que ofrecían las hendiduras de un enorme peñasco.

Si la noche fué en extremo rigurosa, para nadie tanto como para el acemilero, cuyos miembros, ora por el quebranto del camino, ora por lo

incómodo del lugar, quedaron encogidos y aterido, haciéndole exhalar profundos gemidos. Oíalo el Santo, y penaba lo que no es decible; por lo cual, movido de compasiva piedad, y queriendo aliviarle en algún modo, puso las manos sobre sus hombros como si tratase de acariciarle.

Lo mismo fué tocárselos, que circular y extendérsele por el cuerpo un calor confortante y vivo, a manera de vaho salido de un horno, que le con-

vidó al sueño con el mismo bienestar que si hubiese reposado sobre suave y blandísimo lecho. Muchas veces él más tarde recordaba con fruición aquella noche como la más deliciosa de su vida. Pues siendo tan patente y activa la virtud de estas llagas, que por ellas desaparece peste mortal, los cielos se amansan y serenan, el frío templa sus rigores y por mil formas diversas y prodigiosísimas se despliega y se deja sentir, ¿quién no infiere su origen divino, o que es labor hecha en carne de Francisco por mano de Aquel que envía sus mensajeros a purificar, iluminar y encender los corazones?

Aunque nuestro bienaventurado ponía todo su cuidado y solicitud en ocultar a los ojos de las gentes el favor insigne que había recibido del Señor, no pudo tenerlo tan secreto que alguien no pudiera descubrir las llagas, ya las de las manos, que el Santo escondía en las mangas de su hábito, ya las de los pies, que llevaba cubiertos con un calzado especial.

Viéronlas varios de sus religiosos—dice San Buenaventura en la Vida del Santo—, y así lo declararon con juramento sobre los santos Evangelios; viéronlas no pocos Cardenales a quienes unía con el siervo de Dios amistad estrechísima, que de palabra o por escrito lo atestiguaron; viéronlas y se gozaron contemplándolas, y tocándolas, y besándolas detenidamente a la muerte de Francisco, más de cincuenta religiosos, la ilustre y devotísima virgen Clara, con las demás religiosas y muchedumbre de gentes. ¿Y para qué traer testimonios, si aun la santidad del Papa Alejandro afirmó y aseguró repetidas veces, en un sermón predicado delante de los Hermanos, haber visto con sus propios ojos las Sagradas Llagas? En cuanto a la del costado, tanto se esforzaba en ocultarla, que nadie, como no fuera a hurtadillas, pudo vislumbrarla durante su vida.

Un Hermano que atendía con especial y amoroso desvelo al cuidado del Santo, se valió de un singular arbitrio. Persuadióle a sacarse el hábito para limpiarle el polvo, y ayudándole en esta operación, pudo recrear sus ojos con la vista de la llaga, y con santo disimulo, aplicar a ella tres de sus dedos, adquiriendo por la vista y por el tacto la plena certeza de su existencia y su medida.

De un medio parecido a éste usó para satisfacer la misma devota curiosidad el que era entonces su Vicario general, Fray Elías. Otro de los compañeros del Santo, de recta y sencillísima índole, solía prestar al Santo gran alivio en sus do-

lores pasando suavemente la mano por las espaldas, y al introducirla por el capucho una de las veces, la mano buscó la llaga, y al tocarla fué para el Santo causa de agudísimo dolor. Desde entonces hizo tan alto el cuerpo de su ropa interior, que le llegó hasta los brazos, cubriéndole la llaga. Y sin esto, tenían evidentísimas señales de su existencia los Hermanos que lavaban las ropas del Santo, las cuales dejaba siempre teñidas con manchas copiosas de sangre. Cuando por fin hubo dejado el espíritu esta vida mortal, los ojos de todas las gentes no se saciaron de mirarla, y los labios de besarla devotísimamente.

XXII

Instrucciones que San Francisco dió a sus frailes durante la enfermedad.—Hace escribir una carta a Santa Clara y a sus hijas.

Los violentos y continuados dolores que el santo Patriarca sufría no le impedían instruír a sus hijos, acudir a las necesidades espirituales y responder con una admirable presencia de espíritu a varias preguntas que le hicieron acerca de la observancia de la Regla y el gobierno de la Orden.

Era en el hablar sosegado y tranquilo, como si no sintiera dolor alguno; y parecía que así como su cuerpo se iba debilitando, iba recobrando su alma mayor fuerza y vigor.

Un día en que se habían acrecentado todos sus males, observó que todos los frailes estaban en movimiento, solícitos para ver si podían procurarle algún alivio; por lo cual, temiendo que esta incomodidad hiciese caer en alguna impaciencia a los que estaban con él, o que se lamentasen por no poder atender a las cosas espirituales, les dijo con mucha ternura y afecto:

—Mis amados hijos, no os enojéis por la incomodidad que os tomáis por mí; el Señor os recompensará en esta vida y en la otra todo lo que hacéis por este su más vil siervo; y si mi enfermedad os tiene ocupados del todo, creedme, que ganaréis más en este empleo que trabajando por vosotros mismos; porque la asistencia que me hacéis es por toda la Religión y por la vida de los frailes. Os he de decir, además, que Dios os será deudor de todos los gastos que hacéis por mi causa.

Cosa muy cierta es que los que asistían al Santo en su enfermedad trabajaban por toda la Religión y por la vida espiritual de los frailes, porque ayudaban a conservar lo que era tan necesario a la Orden, y le ponían en estado de instruír aún por algún tiempo a sus frailes presentes y venideros.

Tenía y explicaba juntamente en sus males el mismo sentimiento que el santo Job, y tales debían ser los de todos los cristianos en sus enfermedades y aflicciones. ¿No podremos acaso imitar en esto a los santos? Y ¿no podemos ejercitarnos, mediante la divina gracia, que ciertamente no nos falta, en aquellas virtudes por cuyo medio han llegado a ser santos?

Habiendo sabido sus hijas espirituales que su padre se hallaba en los últimos instantes de su vida, enviaron a manifestarle el sumo dolor que por ello tenían, y a suplicarle que se dignase consolarlas a lo menos con su bendición.

El santo Patriarca, todo bondad para con aquellas vírgenes del Señor, compadeciéndose del dolor que sentirían con su muerte, les envió algunos versos que había compuesto en alabanza del Señor, y añadió una carta exhortatoria, en la que les daba, sin duda, una amplia bendición, la cual carta no se halla entre sus obras.

Sólo se halla un fragmento que puede ser muy bien de la mencionada carta. Dice así:

«Yo, Fray Francisco, hombre vil, quiero seguir

la vida y la pobreza de Jesucristo, nuestro altísimo Señor, y de su Santísima Madre, y perseverar en ella hasta el fin. Os suplico asimismo a vosotras, que considero como a mis señoras, y os aconsejo que os conforméis siempre con esta vida y pobreza, cuya santidad es tan grande. Guardaos de no alejaros de ella en cosa ninguna, y de no dar oídos sobre este punto ni a los consejos ni a las máximas que se la oponen.»

Los historiadores más antiguos de la Orden observan que en la carta que les escribió poco antes de su muerte les rogaba que, ya que el Señor las había congregado en varias partes para que todas juntas atendiesen a la práctica de las santas virtudes de la caridad, de la humildad, de la pobreza y de la obediencia, hiciesen también de suyo todos los esfuerzos posibles para vivir y morir en el ejercicio de ellas.

Exhortaba, además, a las enfermas a sufrir con paciencia sus males, y a las sanas, a practicar la misma virtud en el cuidado que tenían de ellas. Porque sabía que observaban una vida muy austera, les encargaba que se sirviesen de las limosnas, que la divina Providencia les enviaba, con discreción y alegría, dando asimismo gracias a Dios por sus necesidades corporales. Prometía, finalmente, a Clara que le vería; y, en efecto, Clara y sus hijas le vieron después de su muerte.

Añaden los mismos autores que siempre había profesado singular afecto y estimación a estas religiosas, considerando que la santidad de su vida, en la que resplandecían desde el principio la pobreza y la mortificación, hacía resaltar la gloria del estado regular, y era de mucha edificación a toda la Iglesia.

Les escribió otras diferentes veces para animarlas a la virtud, y especialmente al amor a la santa pobreza, como se ve en el testamento de Santa Clara.

Aun hoy se ve por experiencia la verdad de cuanto decía, porque no hay cosa más gloriosa para el estado regular, ni de mayor edificación para la Iglesia, como el ver las hijas de Santa Clara, que observan la Regla de la Orden con todo rigor, renunciar toda posesión así en común como en particular, vivir de solas las limosnas con una austeridad tan rigurosa y continua, que el sexo más fuerte queda pasmado. Añádase que en ningún otro monasterio se ve ni mayor unión ni mayor contento y libertad de espíritu, ni más alegría de aquella de que el Señor dice «que está en el corazón, que es perfecta y que nadie puede quitarla».

Así que se supo en Asís que se hallaba el siervo de Dios en los últimos días de su vida, pusieron guardias los magistrados alrededor del palacio, con orden de que se hiciese una vigilante centinela de noche y de día, temiendo que robase alguno su cuerpo luego que expirase, y quedase privada la ciudad de tan precioso tesoro.

El médico, llamado Juan Lebón, de la ciudad de Arezzo, le advirtió que se acercaba su muerte, y lo mismo le dijeron sus frailes. Lleno de alegría, se puso a alabar al Señor; y habiendo hecho venir a los cantores, en alta voz comenzó a cantar con ellos los últimos versos que había añadido al cántico del sol: «Loado sea mi Señor por nuestra hermana la muerte corporal, de la cual no puede escapar ningún mortal», etc.

Fray Elías, que tenía siempre ideas conformes a la prudencia humana, temiendo que su canto pareciese debilidad de espíritu causada del temor de la muerte, le rogó que lo dejase.

—Hermano—le respondió Francisco lleno de fervor,—permitidme que me alegre con el Señor y le dé gracias por la suma quietud en que se halla mi conciencia. Soy tan unido a mi Dios, por su misericordia y gracia, que tengo gran motivo de hacer público el gozo que me concede el altísimo

y liberalísimo Autor de todos los bienes; y no temáis que tenga tan poco aliento que deba temblar al ver acercarse la muerte.

Hizo venir a sus hijos, y los fué bendiciendo a cada uno a manera del patriarca Job, dándoles las bendiciones que les convenían. Después, a ejemplo de Moisés, que bendijo a todos los israelitas fieles, dió bendiciones generales y muy amplias a toda la Orden. Como tenía extendidos los brazos uno sobre otro a manera de cruz, como Job cuando daba la bendición a los hijos de Joseph, se halló su mano derecha sobre la cabeza de Fray Elías, que se había arrodillado a la izquierda. Preguntó quién era, porque había perdido la vista del todo. Dijéronle que era Fray Elías.

—Así va bien -prosiguió el Santo;—mi derecha está bien sobre él, Hijo mío, te bendigo en todo y por todo. Así como Dios bajo de tu gobierno se ha dignado aumentar el número de mis frailes e hijos, así a todos los bendigo sobre ti y en ti. El soberano Señor de todas las cosas te bendiga en el cielo y sobre la tierra. Por lo que a mí hace, te bendigo en cuanto puedo, y aun más de lo que puedo; pero Aquel que lo puede todo haga en ti lo que no puedo hacer yo. Ruego a Dios que se acuerde de tus fatigas y obras, y te haga participante de la recompensa de los justos: que halles todas las bendiciones que puedes desear, y que se cumpla en ti lo que pides.

Se admirará alguno acaso de que, conociendo perfectamente el Padre San Francisco a Fray Elías, y habiendo sabido por revelación que había de morir fuera de la Orden, le diese una bendición tan amplia; pero conviene saber que el Señor, que ilumina a los Santos, les inspira una conducta conforme a la suya. Ama y favorece a las personas que están en estado de gracia, aunque prevé los enormes pecados que han de cometer en lo sucesivo. ¿Qué amor no mostró a David

y qué favores no le hizo antes del adulterio y homicidio que le hicieron tan culpable? Así a proporción, bendiciendo a Elías el santo Patriarca no considera sino las buenas disposiciones que entonces creía en él, independientemente de lo venidero, que Dios le había hecho conocer, y por lo que no debía regirse en aquella ocasión.

Además de que Fray Elías era su Vicario general, y lo era por orden del Altísimo, había trabajado con grande utilidad en servicio del Señor. Sus talentos le hacían hábil para hacer aún mucho bien; y no se puede negar que tenía un afecto muy tierno y fervoroso celo por la persona de su seráfico Padre. Todos estos motivos unidos podían empeñar al Santo a darle semejante bendición, la cual no fué sin efecto, porque Fray Elías murió con sentimientos de cristiana penitencia.

XXIII

Se hace conducir a Santa María de los Ángeles. —Escribe a una dama romana avisándola su muerte, la cual viene a verle.

Viendo el siervo de Dios que llegaba el día de de su muerte, que Jesucristo le había revelado, dijo a sus frailes, con la frase del Príncipe de los Apóstoles, «que presto se correría el velo de su cuerpo», y les rogó que le llevasen al convento de Santa María de los Angeles, queriendo, como observa San Buenaventura, rendir su espíritu en el mismo lugar en que había recibido el espíritu de la gracia. Ejecutóse como deseaba, y cuando llegó al llano que hay entre la ciudad y el convento, preguntó a los que iban con él si habían llegado al hospital de los leprosos. Habiéndole respondido que sí,

—Volvedme—les dijo—hacia la ciudad, y ponedme en el suelo.

Incorporóse entonces sobre las andas en que le

llevaban, y rogó por Asís y por todos los habitantes. Derramó algunas lágrimas, reflexionando los males que preveía que había de padecer la ciudad a causa de las guerras, y le dió esta bendición:

—Seas bendita de Dios, ciudad fiel a Dios,

San Francisco da su bendición a Asís.

porque muchas almas se salvarán en ti y por tu medio. Gran número de siervos del Altísimo habitarán en el recinto de tus muros, y no pocos ciudadanos de tu número serán elegidos para la vida eterna.

Algún tiempo después de su llegada a Santa María de los Angeles hizo que le trajesen tintero y papel para dar parte de su próxima muerte a la señora Jacoba de Settesoli, aquella viuda romana que le era tan afecta.

—Es justo—dijo—que dé al morir este consuelo a una persona que me ha dado tantos en su vida.

Véase lo que escribía a esta dama, y del texto

se colige que era un domingo, día 28 de Septiembre:

«*A la señora Jacoba, sierva del Altísimo, Fray Francisco, pobre y vil siervo de Jesucristo. Salud y comunicación del Espíritu Santo en Jesucristo Señor nuestro.*

»Sabed, mi muy amada hija, que Jesucristo, bendito para siempre, me ha hecho la gracia de revelarme el fin de mi vida, el cual está ya muy próximo. Por tanto, si queréis hallarme vivo, salid inmediatamente que hubieseis recibido la presente, y veníos a Santa María de los Angeles, porque si llegaseis pasado el sábado me hallaréis muerto. Traed con vos un paño, o, por mejor decir, un cilicio para cubrir mi cuerpo y cera para mis exequias. También os ruego que traigáis algunas pastas de aquellas que me dábais a comer en Roma cuando estaba enfermo.»

Al llegar a estas palabras se detuvo, teniendo los ojos fijos en el cielo, y dijo que ya no era necesario el concluír la carta ni enviar al mensajero, porque la señora venía y traía todo lo que le pedía. En efecto: llegó poco después con sus dos hijos y con su gran séquito, trayendo el paño, gran cantidad de cera y ciertas medicinas confortativas del corazón.

Preguntáronle los religiosos cómo sin ser avisada podía venir tan a tiempo con todo lo que hacía falta, y ella respondió que una noche había recibido orden del cielo, y que un ángel la había encargado que no omitiese cosa alguna de las que le habían pedido. En la carta que escribía el Padre San Francisco a esta piadosa viuda se deben observar tres cosas:

En primer lugar, comienza en estos términos: «Sabed mi muy amada hija.» Esta era expresión de una santa y espiritual amistad, que no tenía otro principio ni otro fin que el amor de Dios. San Pablo, escribiendo a Filemón, usa de la misma

expresión: «A la muy amada hermana Apia» y San Juan, después de haber manifestado a Electa, señora de calidad, que la amaba a ella y a sus hijos, añade: «Ahora os ruego, señora..., que nos amemos recíprocamente.» En las cartas de San Juan Crisóstomo, de San Jerónimo y de San Francisco de Sales, se ve el afecto que, movidos de la caridad, profesaban a las vírgenes, casadas y viudas cristianas que dirigían. Sin embargo, no se debe hacer norma de este ejemplo para usar siempre en semejantes direcciones los términos que le sugería la caridad; porque no todos los ministros de Jesucristo tienen la perfección y autoridad de los Apóstoles, de los Padres de la Iglesia, de los santos Obispos y de los varones apostólicos, ni todas las hijas espirituales son semejantes a aquellas grandes almas que guiaban estos excelentes maestros de espíritu por el camino de la santidad.

En segundo lugar, daba el Padre San Francisco a esta señora la última prueba de confianza y hacía favor a su piedad pidiéndole un cilicio y cera; pero al mismo tiempo practicaba hasta la muerte la pobreza, que le era tan amada, porque quería que su cadáver no fuese vestido de otro hábito, ni hubiese otras luces en su funeral sino de pura limosna.

En tercer lugar, parecerá imperceptible acaso por qué el Santo, que estaba tan perfectamente muerto a todos sus sentidos, rogase a esta dama que le trajese medicinas aptas para fortificar el corazón, de las que se había servido en otras enfermedades suyas; pero esta es la razón:

Sabía el día preciso en que había de morir; quería instruír a sus frailes hasta el último momento de su vida; le faltaban aún muchas cosas que decirles y que hacer un testamento muy prolijo.

Sus males le causaban con frecuencia varios desmayos, que le estorbaban el poder hablar, y, naturalmente, se debían aumentar conforme se fuese aproximando la muerte.

Todas estas cosas le inducían a prevenirse con medios humanos, con los cuales pudiese estar apto para ejecutar lo que sabía que era conforme con la voluntad de Dios, no atreviéndose a esperar ni a pedir milagros para su persona. ¿Podía obrar con mayor prudencia y por motivos más puros? Vino el portero a avisarle que había llegado la dama, y le preguntó si la dejaría entrar en el convento, porque había prohibido expresamente por una constitución el permitir que ninguna mujer entrase en las casas de su Orden, la que hacía observar exactamente en Santa María de los Angeles. No obstante, el Santo respondió que aquella señora no debía ser comprendida en la ley, porque estando siempre abierta su casa para los frailes Menores, era justo que se la diera entrada en su convento. Dejáronla, pues, entrar con sus dos hijos; fué a ponerse a los pies del Santo, como se pinta a María Magdalena al pie de la cruz. Besó y bañó con sus lágrimas sus preciosas llagas, e hizo asimismo el oficio de Marta, sirviendo al siervo de Jesucristo en todo lo que podía.

El miércoles por la mañana quiso enviar su comitiva, creyendo que el Santo no moriría tan pronto; pero él no lo permitió, asegurándole que no le faltaban mas que cuatro días de vida, «al cabo de los cuales, le dijo, asistiréis a mi entierro y podréis volveros después con todo vuestro séquito».

XXIV

Bendice segunda vez a los frailes, y en especial a Fray Bernardo de Quintaval, su hijo primogénito.—Órdenes que dió a sus religiosos después de recibir los Sacramentos.

El viernes, que era el día 3 de Octubre, hizo juntar a todos sus frailes, los bendijo segunda vez, y habiendo hecho la señal de la cruz sobre un pan, dió un pedacito a cada uno para

que lo comiesen como símbolo de la concordia y unión fraterna. Todos le comieron con gran devoción, representándose en aquel manjar de caridad la última cena que hizo Cristo con sus discípulos.

Fray Elías, que estaba llorando amargamente, fué el único que no comió la parte que le tocó, acaso por un triste presagio de la división que había de causar a la Orden. Es cierto que guardaba con mucha devoción la parte que había recibido de la mano del Padre; pero como si tuviese alejada la paz que se le presentaba para entrarla dentro de su corazón, en lugar de custodiar a lo menos aquel poco de pan, lo dió a Fray León, que se lo pidió. Se tuvo cuidado de conservarle, y sirvió después para sanar a muchos enfermos.

Interin que todos los religiosos estaban llorando amargamente, preguntó el santo Patriarca dónde estaba Bernardo de Quintaval, su primogénito, y habiéndose acercado éste, le dijo:

—Ven, hijo mío, para que te bendiga antes de morir.

Sintiéndole arrodillado a la izquierda, porque a la derecha estaba Fray Elías, cruzó nuevamente los brazos, y puesta su derecha sobre la cabeza de Fray Bernardo, le dió esta bendición:

—El Padre de Jesucristo Señor nuestro te bendiga con todas las bendiciones espirituales que ha derramado desde lo alto de los cielos sobre nosotros por medio de su divino Hijo. Ya que tú fuiste el primer elegido para dar en esta Orden el buen ejemplo de la vida evangélica y para imitar la pobreza de Jesucristo, a quien has ofrecido con ánimo generoso tus bienes y tu persona en olor de suavidad, seas, por tanto, bendito de Nuestro Señor Jesucristo y de mí, pobre siervo, y seáslo para siempre entrando y saliendo, velando y durmiendo, viviendo y muriendo. Seas el señor de todos tus hermanos y todos te estén sujetos. Todos los que quieras admitir en la Orden, sean admitidos, y que-

den despedidos todos los que despidieses. Ninguno tenga autoridad sobre ti, de modo que puedas ir libremente y estar en donde fuese de tu agrado.

Habiéndose retirado Bernardo, llenos sus ojos de lágrimas, dijo Francisco a los demás:

—Es mi intención, y ordeno, que cualquiera que sea Ministro general ame y honre a Fray Bernardo como a mí mismo; y que todos los Ministros provinciales, no menos que todos los religiosos, le veneren como a otro yo, y en verdad que dejo en él como la mitad de mi alma. Hay pocos que lleguen a conocer bien su virtud: es tan grande que Satanás no deja de tentarle, inquietarle y ponerle asechanzas; pero con la ayuda de Dios lo vencerá todo con gran provecho de su alma, y se hallará por medios maravillosos en una perfecta tranquilidad.

Los que se hallaron presentes y vivieron después con Bernardo, vieron efectuarse las predicciones del Santo. El sublime grado de santidad que conocía Francisco, y la gran perseverancia que preveía, fueron la causa de que ordenase a los demás que le respetasen como a su señor, y le hizo independiente, para dejarle lugar de aplicarse a la contemplación, a la que era muy inclinado. Por esta razón le dió potestad para admitir novicios y excluirlos según le dictase su prudencia, privilegio tanto mejor fundado, cuanto Bernardo había sido el primero que había entrado en la Orden.

San Buenaventura no dice nada del fervor con que el santo Patriarca recibió los Sacramentos de la Iglesia, porque sigue el método de muchos autores antiguos, que en la Vida de los Santos describen solamente las cosas admirables y particulares, pasando en silencio el cumplimiento de las obligaciones ordinarias y comunes de cada cristiano.

Sin embargo, basta considerar sólo la profunda veneración que tenía el Padre San Francisco a todas las ceremonias de la Iglesia; el espíritu de penitencia que le animaba y los vivos y tiernos afec-

tos de su corazón a la Pasión del Hijo de Dios y al misterio de la sagrada Eucaristía; su ardiente celo en hacer adorar a Jesucristo en el augusto Sacramento, y venerar todo lo que a El corresponde; su anhelo en encargar la sagrada Comunión, y el uso frecuente que hacía de ella, hasta querer que se celebrase en su aposento la Misa, temiendo el quedar privado de ella. Basta, pues, el considerar todas estas cosas, para inferir con evidencia cuáles serían las disposiciones del Santo cuando le administraron los Sacramentos.

Ordenó expresamente a todos sus frailes que tuviesen en gran veneración la iglesia de Santa María de los Angeles, porque se le había revelado que la amaba singularmente entre todas las que estaban dedicadas a su santo nombre, y acerca de ésto, les dijo con gran fervor:

«Quiero que este lugar esté siempre sujeto al que fuese Ministro general y siervo de la Orden, y que el Ministro cuide de que la familia esté compuesta de buenos y santos religiosos; que se traigan clérigos escogidos entre todos los de la Orden; que sean los más santos, los mejores y más instruidos en celebrar los divinos oficios, de modo que los seculares y demás hermanos queden edificados al oirlos y escucharlos; que se haga también elección arreglada de los frailes legos que se coloquen en esta familia, los cuales sean hombres discretos, corteses, humildes, de santa vida, y sirvan a los demás sin decir palabras ociosas y sin contar novedades del mundo ni ninguna otra cosa inútil al bien de las almas. Pretendo asimismo que no venga a este sitio ningún otro fraile que el Ministro general con sus compañeros, y que no se deje entrar a ningún seglar, para que los que aquí estuviesen se conserven mejor en pureza y santidad de vida, y el lugar se mantenga puro y santo, no sirviendo para otra cosa que para cantar las divinas alabanzas.

»Cuando el Señor llamare para sí a uno, quiero que el Ministro general envie a otro que sea asimismo de santa vida. Mi intención es que si los frailes llegasen a alejarse de la perfección, este lugar sea siempre bendito y subsista como un espejo y modelo de toda la Orden, como una especie de candelero delante de Dios y delante del altar de la Santísima Virgen, donde haya siempre lámparas encendidas para obtener de la bondad del Señor que conceda a todos los frailes el perdón de sus faltas, y que conserve y proteja siempre esta Religión, que ha sido plantada por su mano.

»Hijos míos, guardaos de abandonar jamás este lugar, y si os echaren fuera por una parte, entraos por la otra, porque este es un lugar santo, esta es la casa de Jesucristo y de su Santísima Madre. Aquí es donde el Señor nos ha multiplicado cuando éramos muy pocos; aquí con la luz de su sabiduria ha iluminado la mente de sus pobres; aquí con el fuego de su amor ha inflamado nuestros corazones; aquí cualquiera que haga devotas oraciones obtendrá lo que pidiere, y el que pecare será castigado con mayor rigor. Por tanto, tened, hijos míos, gran veneración a este santo lugar, que es verdaderamente la casa de Dios, singularmente amada de Jesucristo y de su Santísima Madre. Aplicaos con alegría y con todo vuestro corazón a bendecir en esta iglesia a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo. Amén.»

XXV

De la heroica paciencia de San Francisco y de su dichoso tránsito.

CRUCIFICADO el bienaventurado Fundador de la Orden de Menores en la carne y en el espíritu, con Cristo en cruz, como dice San Pablo, iba consumiéndose su corazón en incendios de

amor seráfico, mezclados con los más fervientes anhelos por la salvación de las almas.

Ya le era imposible andar largo rato por su pie, y tenía que recurrir a trasladarse, como queda dicho, de un lugar a otro, para avivar en las almas con su predicación el amor de Cristo, sobre los lomos de un manso jumento.

Frecuentemente decía a sus religiosos:

—¡Ah, hermanos míos! Comencemos ahora a servir a Dios.

No se cansaba de volver los ojos a los humildes principios de los primeros días de su conversión, y ardía en ansias de gustar otra vez aquellas pasadas humillaciones y denuestos, de reducir a su quebrantado cuerpo a la servidumbre de antaño, de volver a dedicarse al cuidado de los leprosos y a ejercer la caridad con los desvalidos y pordioseros. Ni desmayos, ni humanos respetos, ni languideces de ningún género hallaban lugar donde el acicate del amor divino le impulsaba cada día a mayor grado de perfección. Y para que el riquísimo cúmulo de méritos que ya tenía atesorado creciese más, sobreviniéronle tan graves, tan numerosas y tan diversas dolencias, que ningún miembro dejó por lastimar y taladrar, hasta los más hondos tejidos, la carcoma del dolor.

Por manera que, consumidas y derretidas todas las carnes en el fuego de dolencias muy dolorosas y continuadas, se redujo la figura del cuerpo a un esqueleto, a un cadáver que anduviera con sólo la piel y los huesos. Nadando entre tantos dolores, no vertían sus ojos una lágrima, no despedían sus labios una queja, no se levantaba el pecho más que para arrojar por el rostro un velo de amor y de alegría, y por dar un nombre a sus padecimientos los llamaba hermana enfermedad.

Un día, porque era muy visible y más abrumadora la punzante acción del mal, cebado voraz-

mente en un cuerpo decaído y macilento, un Hermano, con sencilla piedad, le dijo:

—¡Oh, hermano Francisco! Pídele al Señor que levante un poco su mano, que harto parece que pesa sobre ti.

A lo que el Santo respondió, irguiéndose como movido por un resorte, y con voz vibrante de emoción:

—¡Hermano, hermano! Si no conociere tu cándida y pura intención te despediría ahora mismo de mi presencia, alejándote para siempre de mi compañía, porque has puesto tacha y has murmurado de los divinos designios acerca de mí.

Y sin miramiento alguno a sus dolores, haciendo un violento esfuerzo, se arrojó al suelo con ímpetu, y pegada la boca al suelo, exclamó:

—Gracias os doy, ¡oh Señor Dios mío!, por estos mis dolores y por las congojas con que me cercáis y abren paso a vuestra mano hasta tocar mis huesos. Yo os ruego, Señor, que acrecentéis mis dolores hasta hartaros, si pluguiese hacerlo a vuestro divino querer, porque sería aún gustosísimo para mí si me asaltaseis con dolor sin dar más tregua.

Los religiosos y cuantos le visitaban, viendo robustecerse poderosamente y luminosamente resplandecer el espíritu inalterable de aquella criatura, cuando se hacía o más numerosa o más intensa la roedora labor de la enfermedad, creían, entre espantados y edificados, estar en presencia de un segundo Job, en padecer acaso no menos ejemplar que el primero. La hermana enfermedad daba tan recias aldabadas a la puerta del edificio corruptible y terreno, que hacía presentir que no estaba lejana la hora de su derrumbamiento. Mas el hombre de Dios tuvo mucho antes noticia cierta de que se acercaba su tránsito, pues con no encubiertas palabras hizo saber a los religiosos que brevemente tenía que abandonar este taber-

náculo y este destierro, como Nuestro Señor Jesucristo se lo había declarado.

Así, aniquilada casi aquella mortal levadura por el recio trabajo de tantas enfermedades, depurado y sublimado el espíritu que le animaba, y todo él pulimentado y bruñido en su más alta perfección al golpe durísimo y persistente de tales dolencias, hasta tener el ajuste y el brillo conveniente para ser piedra de gran valía en el eterno santuario de la celeste Jerusalén, dos años después de haber sido favorecido con la impresión de las Sagradas Llagas, y a los veinte de su conversión, o sea el año 1226, pidió ser trasladado, como antes dijimos, a Santa María de la Porciúncula, a fin de entregar a Dios el espíritu de la vida terrena donde había recibido de Dios el espíritu de la gracia celeste.

Llegó, en fin, el día fijado por la divina Providencia para terminar y recompensar las fatigas de Francisco. Era sábado, día 4 de Octubre. San Buenaventura, que le considera cercano a la muerte como una obra bien acabada con el crisol de las enfermedades, como una piedra cortada y pulida para ser colocada en el edificio de la celestial Jerusalén, refiere que viéndose cercano el fin, y animado de un nuevo fervor, se tendió desnudo sobre la tierra, para dar a conocer, dice el santo Doctor, que no tenía nada de común con el mundo y practicar la pobreza en los últimos momentos de su vida, en los cuales podía aún darle batalla el demonio, según dice San Gregorio: «Que es necesario estar desnudo para llegar a los brazos del adversario, que están desnudos, porque no poseen cosa ninguna en este mundo.»

Los efluvios de su virtud corrieron en aquel lugar de predestinación en caudalosas derivaciones, y para enseñar y poner de manifiesto por actos típicos de virtud su resignación y conformidad en dolencia tan pavorosa y tan álgida, que acabó

con el mismo padecer, y sin otro impulso que el de su inflamado espíritu, por eso se hizo colocar sobre el desnudo suelo, desnudo también él de toda prenda de ropa no indispensable para la modestia, anhelando en aquella hora suprema batallar desnudo con el desnudo, y prevenirse de posibles emboscadas del mortal enemigo.

¡Admirable espectáculo! Era hombre mortal, y parecía flotar en derredor suyo algo impalpable, divino y misterioso. Recostado en tierra su cuerpo ahilado, en casi completa desnudez, pero al parecer como velado por un fino cendal, las consumidas carnes de sus miembros, blancas como el mármol, una mano puesta sobre el costado izquierdo ocultando a los ojos de los presentes la vista de la llaga, en el rostro mezclándose colores de púrpura y colores de azucena, vuelto siempre de cara al cielo, habríase dicho que nimbos de gloria se habían anticipado a robar y hacer suyo aquel espíritu perpetuamente celeste. A los Hermanos decía palabras entrecortadas y preñadas de hondo sentido y ardorosa emoción, tales como éstas:

—Llené mi obra y cumplí mi predestinación; de lo que a vosotros ahora cumple, sea Dios guía y Maestro.

Grande era el dolor de los religiosos que le rodeaban, hasta el punto de que para proporcionar algún alivio a su amado Padre les faltaba tino y acierto. El que hacía las veces de Guardián para el Santo, algo más sereno, y movido de divina inspiración, tomó una cuerda, ropas interiores y un hábito, y acercándose al Santo, le dijo:

—Hágote, como a pobre y mendigo, limosna de estas prendas; acéptalas tú por mandato de santa obediencia.

El Santo, enajenado de júbilo, considerando que habiendo amado tanto en vida a su dama la pobreza, hasta en la muerte le amaba, dando muestras de su inalterable fidelidad, levantó al

cielo los brazos y magnificó con amorosas y encendidas palabras a Dios y a Cristo Jesús, porque le permitían despedirse de la mortal vida enteramente desprendido y desasido de las cosas de este mundo pasajero.

Al principio de su conversión se despojó delante del Obispo de Asís para imitar la vida pobre del Salvador y para asemejársele más en el estado de pobreza, desnudez y sufrimiento sobre la cruz; se despojó a la hora de la muerte delante de sus frailes y quiso salir desnudo de este mundo, o a lo menos morir con un hábito que le habían dado de limosna. Tanto era lo que amaba la pobreza.

Evidentemente era eso la satisfacción de las ansias supremas de toda una vida heroica: quedar parecido y conformado por completo a Cristo crucificado, el cual, pobre, cercado de angustias, presa de dolores incomprensibles y desnudo, expiró en el santo madero.

Despojándose hasta la afrenta había comenzado la nueva vida; recibiendo como limosna hasta las prendas del vestuario más indispensables para cubrirse, y despojándose aún de los frutos modestísimos de la mendicidad, anheló entrar en la eterna mansión.

Aun en el cadáver buscó humillación y resplandores de pobreza, pues ordenó a sus religiosos que en acabando de expirar le dejaran desnudo sobre el desnudo suelo tanto tiempo cuanto fuese menester para que un caminante hiciese el recorrido de una milla.

Esta era otra semejanza con el Salvador, el cual quedó expuesto en la cruz algún tiempo antes de ser bajado para ser puesto en el sepulcro.

—¡Oh! Bien puede decirse con verdad—exclama San Buenaventura,—que era un cristiano muy excelente, porque procuró hacerse perfectamente conforme a Jesucristo vivo, al morir y después de muerto, mereciéndose el honor de una conformi-

dad tan señalada como la de la impresión de las cinco llagas.

No es menos digno de observarse que, habiéndosele preguntado en qué lugar quería que se le enterrase, respondió:

—En el sitio más vil, al pie del collado del Infierno, en la parte donde se suele ajusticiar a los malhechores.

Este sitio estaba fuera de la ciudad, próximo a los muros, llamado vulgarmente el collado del Infierno, acaso porque en él se ajusticiaba a los reos.

Deseaba el siervo de Dios ser enterrado en él a fin de conformarse con su divino Maestro, que quiso, como dice San Jerónimo, ser crucificado en el patíbulo, como un malhechor entre los malhechores, por la salvación de los hombres, y ser depositado en un sepulcro cercano.

Este deseo era asimismo una profecía, porque dos años después de su muerte fué construída en honor suyo una iglesia en el collado del Infierno, que por esta razón ha sido llamado después collado del Paraíso; y se dispuso el edificio de tal manera, que fué colocado su cuerpo en el mismo sitio en donde estaba antes la horca.

Acercábase la hora, para él venturosa y para los demás aciaga, de romper las ligaduras de la carne, y convocando a todos los religiosos de la casa, después de suavizar como prudente médico y cariñoso padre la herida abierta por aquel doloroso inminente trance, les encaminó y alentó al amor divino, encomendándoles encarecidamente la paciencia, la mansedumbre, la pobreza y la sumisión a la santa Iglesia. Después, haciendo un esfuerzo para incorporarse, quiso darles su postrera bendición, extensiva a los ausentes, y tendidos los brazos, pero cruzado el derecho sobre el izquierdo, les bendijo en nombre y por la virtud de Cristo, añadiendo en seguida:

—Guardad, hijos míos, el temor del Señor, y en

él permaneced perpetuamente. No está lejos el día en que se levante furiosa tribulación y os cerquen pavorosas asechanzas; dichosos aquellos que perseveraren en el camino comenzado. Yo me voy a Dios, en cuya gracia os encomiendo.

Después de estas palabras, de esta admonición suavísima, pidió que le trajeran el códice de los santos Evangelios, y que le leyeran de San Juan

la historia de la Pasión del Señor, desde las palabras *Antes de la fiesta de la Pascua.*

La vida iba extinguiéndose en la memoria de la Pasión de Cristo, y al llegar a las últimas palabras, a la muerte del Salvador, concentrando sus escasas fuerzas, prorrumpió en un grito diciendo estas palabras del Salmo: «Con mi voz clamaré al Altísimo, con mi voz pediré al Señor misericordia,» siguiendo en alta voz. y muy conmovido, hasta el postrer versículo: «Saca mi alma de la cárcel para que alabe tu nombre; me rodearán los justos, porque Tú me serás propicio.» Al pronunciar la última de las anteriores palabras, sus labios cárdenos se cerraron y su cabeza se inclinó al frío ósculo de la muerte.

El religioso Fray Jacobo vió la venturosa alma de Francisco como estrella refulgente remontarse con raudo y poderoso vuelo sobre una blanca nubecilla, flotando entre muchas aguas hasta el cielo, imagen del resplandeciente candor, de la santidad sublime y de la colmada hartura de gracia y de santidad que empujaban el alma del santo varón hasta los más elevados sitiales de aquella morada de eterna paz y vivífica lumbre en que es rey y sol Cristo Jesús.

Fray Agustín, Provincial de Calabria, batallaba en lejano convento con las postreras ansias de la muerte, y ya su lengua había enmudecido para la tierra y sus ojos se habían apagado; los religiosos esperaban doloridos recoger su postrer aliento. De repente abre los ojos, y en alta voz exclama:

—¡Oh, mi Padre; espérame, me voy contigo!

Asombrados todos, y dudando entre la estupefacción y el terror, le preguntaban:

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

El enfermo, sereno y alegre el rostro, respondió:

—¡Ah! ¿No véis a nuestro Padre Francisco que sube al cielo?

Y al momento cayó, dobló la cabeza, y el alma santa, emigrando de este mundo, voló a las eternas moradas en pos del alma santísima del Padre.

Habíase ausentado de Asís el Obispo de la ciudad. En la misma noche de su tránsito se le apareció el Santo, y le dijo: «Héme que dejo el mundo y me voy al cielo.» El Obispo, vuelto a la ciudad, inquiriendo la hora y el día de la muerte de Francisco, pudo comprobar cuán cierta era la visión.

XXVI

El testamento de San Francisco.

HASTA ahora hemos tenido motivo de admirar la maravillosa presencia de espíritu y la fuerza que el Santo mostró en medio de los dolores y desvanecimientos que le conducían a la muerte. Pero hay mucho más motivo de pasmarse de que, después de todo lo que se ha visto, se hubiese hallado en estado de dictar un testamento tan largo con la mente clara, lleno de sentimiento y de vigor.

Era necesario, sin duda, que Jesucristo, que hasta el último momento habló con tranquilidad y grandeza de ánimo que mostraban su divinidad, hubiese comunicado su aliento a Francisco para hacerle capaz de una cosa que tenía tan poco de natural. Se ha creído que no será fuera de intento el referir su testamento del mismo modo que lo dictó a Fray Angel, uno de sus compañeros. El es todo espiritual, porque el santo Patriarca no dejaba a sus hijos sino bienes espirituales, esto es, según San Buenaventura, la pobreza y la paz.

El testamento era así:

«Dió el Señor a mí, Fray Francisco, la gracia de comenzar a hacer penitencia de esta manera: Cuando yo me hallaba en estado de pecado, me era muy amargo el ver los leprosos. Pero después que el mismo Señor me condujo entre ellos, ejercité con ellos la misericordia; y retirándome de ellos, sentí que lo que me había parecido tan amargo se había convertido en dulzura de cuerpo y alma.

»Poco después salí del siglo, y Nuestro Señor me dió tal fe en las iglesias donde está presente, que yo le adoraba simplemente en ellas diciendo: «Os adoramos, Santísimo Señor Jesucristo, aquí »y en todas las iglesias vuestras, que se hallan en

»todo el mundo, y os bendecimos por haber redi-»mido al mundo con vuestra santa cruz.»

»Dióme el Señor después tanta fe en los sacerdotes que viven según la forma de la Santa Iglesia romana, por la Orden que tienen, que si me persiguieran quiero recurrir a ellos. Y aun cuando tuviera tanta sabiduría como tuvo Salomón, y hablase a los pobres sacerdotes del siglo, no quisiera predicar contra su voluntad en las iglesias donde moran. A éstos y a todos los demás quiero temer, honrar y amar como a mis señores. No quiero considerar en ellos ningún pecado, porque veo en ellos al Hijo de Dios, y son mis señores. Lo hago así porque en este mundo no veo otra cosa sensible del Altísimo Hijo de Dios más que su Santísimo Cuerpo y Sangre, que consagran y reciben y sólo ellos administran a los demás.

»Estos santísimos misterios quiero honrar y venerar sobre toda otra cosa, y colocarlos en lugares preciosos. Doquiera que hallare en lugares indecentes los santísimos nombres y palabras del Hijo de Dios, quiero recogerlas, y ruego que se recojan y coloquen en algún lugar honesto. Debemos honrar asimismo a todos los teólogos y a los que dispensan la palabra de Dios, como a aquellos que nos suministran espíritu y vida.

»Después que el Señor me hubo encargado la dirección de los frailes, ninguno me enseñaba lo que había de hacer, sino que el Altísimo Dios me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio; lo hice escribir en pocas y simples palabras, y el Papa me la confirmó.

»Aquellos que venían a abrazar esta vida, daban a los pobres cuanto podían haber: se contentaban con sola una túnica, y remendada, los que querían, por dentro y por fuera con la cuerda y paños menores, y no queríamos haber más. Los clérigos decíamos el Oficio como los demás clérigos, y los legos decían el *Pater noster*; vivía-

mos de buena voluntad en las iglesias pobres y desamparadas, y éramos idiotas y sujetos a todos.

»Yo trabajaba con mis manos, y quiero trabajar, y es mi firme voluntad que todos los demás frailes se empleen en algún honesto trabajo; los que no sepan, apréndanlo, no por la codicia de ser recompensados, sino por dar buen ejemplo y por huír de la ociosidad. Cuando no nos dieren la recompensa de nuestro trabajo, recurramos a la mesa del Señor, pidiendo la caridad de puerta en puerta. El Señor me ha revelado que debemos usar este modo de saludar: *El Señor os dé la paz.*

«Guárdense los frailes de no recibir ni iglesias ni casas y todo lo que sea fabricado para ellos, si no son conformes a la santa pobreza que prometimos en la Regla; y habiten en ellas como forasteros y peregrinos. Mando firmemente por obediencia a todos los frailes, en cualquier parte que se hallen, que no se atrevan a pedir letra ninguna en la Corte romana, ni por sí, ni por medio de otro, ni por la Iglesia, ni por otro lugar, ni bajo pretexto de predicación, ni tampoco por seguridad de sus personas en caso de persecución, sino que cuando no fueren recibidos en un lugar, huyan a otro, para hacer allí penitencia con la bendición de Dios.

«Yo quiero obedecer en todo al Ministro general de esta fraternidad, y a aquel Guardián que le pluguiese el darme, y quiero estar tan ligado en sus manos, que no pueda yo andar ni ir contra su voluntad, porque él es mi señor. Aunque soy un hombre simple y enfermo, quiero, sin embargo, tener siempre un clérigo que me diga el Oficio, según lo prescribe la Regla. Todos los demás frailes estén obligados a obedecer a sus Guardianes y a rezar el Oficio según la Regla. Si hubiese algunos que no rezaren el Oficio según la Regla, o que quisiesen hacer imitaciones, o que no fuesen católicos, deban todos los frailes, doquiera

que se hallen, y donde hallaren algo de ellos, estén obligados a presentarle al Custodio que hubiere más cercano; y el Custodio esté obligado por obediencia a custodiarle de día y de noche como a hombre preso, de modo que nadie pueda libertarle de sus manos hasta que en propia persona le ponga en manos de su Ministro; y éste esté también fuertemente obligado por obediencia a hacerle conducir por frailes que le custodien día y noche como a preso, hasta que le presenten al Cardenal Ostiense, el cual es señor protector y corrector de esta fraternidad.

«Y no digan los frailes: Esta es otra Regla; porque no es otra cosa que un recuerdo, una advertencia, una exhortación, y éste mi testamento que yo, Fray Francisco, vuestro más vil siervo, os dejo a vosotros, mis hermanos benditos de Dios, para que observemos más católicamente la Regla que hemos prometido al Señor el observar. El Ministro general y todos los demás Ministros y Custodios estén obligados por obediencia a no añadir nada a estas palabras ni disminuirlas, sino que siempre tengan este escrito unido con la Regla. Y en todos los Capítulos que tuvieren, lean también estas palabras. Mando asimismo, por obediencia, a todos mis frailes, clérigos y legos, que no pongan glosa en la Regla ni en este escrito, diciendo: Así o así se deben entender, sino que así como el Señor me ha hecho la gracia de dictármelas pura y simplemente, así quiero que las entendáis, pura y simplemente, sin glosa, y que con santas obras la observéis hasta el fin de vuestra vida.

«El que estas cosas observare sea colmado en el cielo de la bendición del Altísimo Padre celestial, y en la tierra sea lleno de la bendición de su amado Hijo y del Santísimo Espíritu consolador, con la asistencia de todas las virtudes celestiales y de todos los Santos. Y yo, Fray Francisco, pe-

queñuelo siervo vuestro, en cuanto puedo os confirmo dentro y fuera esta santa bendición. Amén.»

Tales fueron las últimas disposiciones del Padre San Francisco, las que llamó su testamento. En la historia eclesiástica se llaman con el mismo nombre las instrucciones dadas por San Efrén cuando estaba en el artículo de la muerte, y bien puede darse el mismo nombre a las exhortaciones que hacían los Santos a sus discípulos cuando iban a dejarlos.

Imitaban los ejemplos de los Patriarcas, de Tobías y de Matatías, pero en especial el del Hijo de Dios, el cual antes de su Pasión hizo a sus discípulos un discurso lleno de ternura, como testamento de caridad, que concluyó en la cruz a favor de su Santísima Madre y de su amado discípulo.

Ahora, así como todos los cristianos deben ejecutar fielmente lo que les enseñó Jesucristo antes de dejar este mundo, así es necesario que los hijos de los Santos fundadores de las Ordenes religiosas, que estaban animados del espíritu del divino Maestro, sean fieles en cumplir lo que les dijeron sus moribundos Padres.

Bien explicó esto un escritor antiguo, hablando del testamento de San Francisco: «¡Oh, testamento de paz! Testamento que no se debe olvidar jamás, que se debe respetar en todo, contra el cual no conviene establecer cosa ninguna nueva. Testamento válido, no por la muerte del testador, sino por la inmortal gloria que ha recibido. Feliz el que no desprecia ni desecha este incorruptible testamento de caridad, este fondo fértil de humildad, este deseable tesoro de pobreza, que ha dejado un tan grande e ilustre Padre.»

XXVII

De la canonización de San Francisco y traslación de sus reliquias.

QUEDÓ el cuerpo del Santo Fundador de la Orden de Menores muy hermoso y resplandeciente, y sus miembros tan flexibles y blandos, que más que los del cadáver de un hombre consumido por largas y dolorosas enfermedades, parecían los de un tierno infante. En aquellos miembros preciosísimos resaltaban como cuatro perlas los clavos labrados en su carne por divina virtud, que de tal suerte eran adheridos y confundidos con la estructura del cuerpo, que si se oprimía por uno de sus extremos, salía el otro, a manera de unos nervios prolongados y duros.

Los ojos de la multitud pudieron cerciorarse y alegrarse contemplando a su sabor la llaga de la herida del costado, no hecha por industria o arte humana, sino por la misteriosa mano del amor, a semejanza de aquella otra herida abierta en el costado de Cristo para puerta de vida, para manantial de purificación y de gracia, y para sacramento de redención y regeneración humana.

Si el color de los clavos era color plomizo, el de la llaga del costado era de subido carmín; y como por la contracción de la carne había sufrido una pronunciada dilatación por la parte central, su forma redonda parecía en el pecho como hermosísima rosa plantada por el amor.

El color del semblante y de todo el resto del cuerpo, que antes por su natural y por las mismas enfermedades era moreno tirando a negro, quedó como cándido mármol bañado por los suaves y blanco rayos del alba primaveral, y todo él destellando nítida refulgencia, como trasunto de una bellísima segunda estola, o como un manojo de

resplandores de gloria que de la abundancia del alma alcanzaban al cuerpo.

El dolor por el desamparo de tal Padre llenaba el pecho de los religiosos hasta el rebosamiento, y no lograban desfogarlo las lágrimas abundantes, ni lo endulzaba el pensamiento de los opimos frutos de su misión. Sólo las maravillas que a cada instante brotaban de los yertos despojos, y el piadoso bullir del pueblo, trocaba en alegría las lágrimas y en admiración y holgura la opresión de sus corazones.

Los moradores de los pueblos vecinos acudian a la humilde capilla donde yacían los sagrados restos del humilde Francisco, y en todos los semblantes se veía el deseo de bañarse en aquellos aires de santidad, de confortar su fe con la clara visión de los divinos portentos, y de beber arroyos de alegría y de afecto evangélicos.

Pero nadie tuvo tanto afán ni descolló en hacer gala de su devoción como los magnates y primeros caballeros de Asís, que querían tocar, besar y hartarse de contemplar las Sagradas Llagas. Y también de esto se valió el Señor para resplandor de la verdad.

Uno de ellos, por nombre Jerónimo, ilustre entre los demás así por su nobleza como por su aventajado entendimiento y muchas letras, que titubeaba, o no daba crédito a las llagas, como otro Tomás, ahora con mayor fervor y audacia que otros tocaba y volvía a tocar con sus propias manos, ora los pies, ora las manos, y en ellas y en el costado acercaba los labios para besarlas, y con el beso apuraba la fe y la gracia, para que a él primero, y por él a todos, fuese el hecho testimonio irrefragable.

Tales eran los fulgores de santidad, tal la atracción suave y fuerte a la vez que todos experimentaban, que religiosos y pueblo pasaron reunidos la noche junto a aquellos sagrados despojos, más en

honda contemplación que en lágrimas y suspiros.

A la mañana siguiente aquellas benditas gentes que habían acudido en gran multitud con ramas desgajadas de los árboles en las manos, y con antorchas en gran cantidad, formaron el solemne acompañamiento en el traslado del santo cadáver a la ciudad de Asís.

El cortejo se detuvo ante la iglesia de San Damián, donde moraba la santa virgen Clara con otras vírgenes consagradas a Dios, y ahí estuvo un largo rato para que esas almas puras pudieran satisfacer su devoción y besar y ver por vez postrera al puro y angélico hombre que las había engendrado en la gracia, y aquel frío cuerpo esmaltado con tan singulares piedras preciosas.

Llegaron a la cumbre de la ciudad dominados de misterioso recogimiento. En la iglesia dedicada a San Jorge depositaron con reverencia, y renovada en los religiosos y en todos la llaga del dolor por la separación de un tal Padre, aquel precioso tesoro.

En el mismo lugar donde había aprendido las primeras letras, en donde había anunciado al pueblo la divina palabra por vez primera, allí tuvo también su descanso y su primera sepultura.

Pasó de este mundo proceloso al otro de paz y bienaventuranza perpetua el venerable e insigne Padre en el año mil doscientos veintiséis de la Encarnación del Señor, día cuatro de Octubre, un sábado al anochecer. Su entierro fué al siguiente día, domingo.

Ya revestido con el manto de la inmortalidad, descorrido a sus ojos el velo de los divinos misterios, que sólo a través de sombras y enigmas, por vislumbres y luces quebradas, antes podía conocer, brilló enseguida el claro mérito de sus insignes virtudes con milagros y obras portentosas, que por su número y grandeza llegaron a oídos del Papa Gregorio IX.

No dudaba este soberano Pontífice, por haber percibido muy de cerca el perfume de la gloria del Santo; mas viéndole hacerse ilustre después de muerto, por los insignes prodigios que pregonaba la fama, resolvió prolongar en la tierra, como Vicario de Cristo, lo que desde el cielo obraba el mismo Cristo para celebridad, honra y glorificación de este varón incomparable.

Y para que la claridad y la certidumbre de los hechos hiciera más viable y más duradera esta acción, ordenó que cuidadosamente fuesen todos recogidos y debida y puntualmente anotados, cercenados y discutidos, y a probos y doctos varones entregados para su más maduro exámen, todos bien corroborados con el juramento sagrado de los declarantes, de los testigos y de los interesados. En tal estado hacía pasar, para un ulterior y definitivo examen, cuantos hechos milagrosos fueron obrándose en gran abundancia, a una Comisión de Cardenales, compuesta de aquellos miembros del Sacro Colegio que pudieron parecerle menos inclinados en favor de Francisco.

Depurada y puesta en evidencia la obra de Dios en la glorificación de su siervo, unánimemente concordes el sentir de los miembros del altísimo Senado romano y el de los Prelados presentes en la Curia, visto el justo deseo de los hijos y el universal clamor de los pueblos, decretó la canonización del gran taumaturgo. En el año de la Encarnación del Señor mil doscientos veintiocho, día diez y seis de Julio, con festejos y pompa tan solemne que es imposible describir, el dicho Papa Gregorio IX inscribió en el catálogo de los Santos al bienaventurado Padre en la propia patria del Santo, la ciudad de Asís, a la que con este fin acudió personalmente.

Tres años después, o sea en el año del Señor de 1231, convocados los religiosos en la ciudad de Asís en Capítulo general, fué trasladado aquel

cuerpo dedicado al Señor, el día 25 de Mayo, a la basílica levantada en su honra y gloria. Al paso por las calles del rico tesoro, bula marcada con el sello del Rey altísimo, dignóse obrar un sinnúmero de prodigios aquel cuya figura traían esculpida los felices despojos, para que al olor de esos buenos ungüentos despertaran los fieles y corrieran en pos de Cristo. No era posible otra cosa.

En vida la hermosura de su eximia virtud había robado el corazón a Dios, y había merecido los favores de amigo escogido; como Enoch, había sido transportado al Paraíso por los vuelos de una contemplación sublime; como a Elías, la llama de amor le había servido de carro de fuego para volar por los aires y hasta las nubes, y ya era flor celeste en los eternos prados del Edén divino.

La bendición que con tan larga mano echó el Señor desde el cielo a San Francisco, ha caído sobre toda su Orden y la ha dado tantos Santos, tan doctos, admirables y ejemplares hijos, tantos mártires, doctores, confesores, Pontífices, Cardenales y Prelados, que con su vida, doctrina y Gobierno han sustentado a la Iglesia.

Tengamos todos gran devoción a tan glorioso Patriarca; imitemos en la medida que nuestra flaqueza pudiere sus heroicas virtudes; seamos humildes; estimemos las cosas de la tierra, no en lo que parecen, sino en lo que son; arda nuestro corazón en el amor del Señor, y quede llagado con la memoria de sus llagas.

El Señor nos lo conceda por las oraciones del mismo santo Patriarca y de los otros hijos suyos que están en el cielo.

Así sea.

ÍNDICE

Páginas

I.—Su nacimiento, infancia y juventud..... 5
II.—Sus progresos en el camino de la perfección.—Pruebas que sufrió..... 12
III.—Funda la Orden de Frailes Menores.—Es aprobada su primera Regla..... 20
IV.—Crecimiento prodigioso de la Orden Franciscana.—Nueva confirmación de su Regla..... 30
V.—La segunda Orden.—Santa Clara..... 39
VI.—Origen y fundación de la Orden Tercera. Luquesio y Bonadona..... 43
VII.—Vida austera de San Francisco.—Medios de que se valía para su aprovechamiento espiritual..... 47
VIII.—De la humildad y obediencia de San Francisco, y extraordinarios favores que por ello recibió del Señor..... 56
IX.—Del amor de San Francisco a la pobreza, y caudal que hizo de la penuria..... 62
X.—De la gran piedad de San Francisco, y del dominio que ejercía sobre los mismos seres irracionales..... 66
XI.—De la caridad de San Francisco.—Indulgencia de la Porciúncula.—Su ardiente deseo de padecer el martirio..... 78
XII.—Del espíritu de oración de San Francisco de Asís..... 89
XIII.—De la devoción que San Francisco profesaba a Jesucristo crucificado, y de sus sentimientos acerca del misterio de la Encarnación..... 93
XIV.—De su devoción a la Madre de Dios, a los ángeles y a los Santos..... 98

Páginas

XV.—De su caridad para con el prójimo y para con todas las criaturas..... 101
XVI.—De su amor para con los pobres..... 108
XVII.—De su tierna caridad para con sus religiosos..... 117
XVIII.—De su discreción y prudencia sobre el gobierno de la Orden..... 126
XIX.—Del don de interpretar la Sagrada Escritura que le fué otorgado, y de su espíritu de profecía..... 135
XX.—De la eficaz predicación de San Francisco, y curaciones que obró milagrosamente..... 142
XXI.—Impresión de las Sagradas Llagas..... 150
XXII.—Instrucciones que San Francisco dió a sus frailes durante la enfermedad.—Hace escribir una carta a Santa Clara y a sus hijas..... 157
XXIII.—Se hace conducir a Santa María de los Ángeles.—Escribe a una dama romana avisándola su muerte la cual viene a verle..... 162
XXIV.—Bendice segunda vez a los frailes, y en especial a Fray Bernardo de Quintaval, su hijo primogénito. — Ordenes que dió a sus religiosos después de recibir los Sacramentos..... 167
XXV.—De la heroica paciencia de San Francisco, y de su dichoso tránsito..... 171
XXVI.—El testamento de San Francisco..... 179
XXVII.—De la canonización de San Francisco y traslación de sus reliquias..... 184